

Español



ÍNDICE

“DÉMONOS LA MANO Y CAMINEMOS JUNTOS HACIA LA PATRIA CELESTIAL” <i>Directorio de la Tercera Orden, 119</i>	131
INTRODUCCIÓN <i>Los temas de las conferencias plenarias</i>	135
EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN Y NUESTRA ÉPOCA	145
EL CARISMA DEL INSTITUTO DEL VERBO ENCARNADO	157
REALEZA SOCIAL DE CRISTO — FORMACIÓN DE DIRIGENTES LAICOS	179
LA TERCERA ORDEN SECULAR DEL VERBO ENCARNADO	193
LA VIDA Y LA FAMILIA: CONCRETOS Y URGENTES PUNTOS DE LA EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA	207
EL AMOR POR LA IGLESIA	225
LA EXTENSIÓN DE LA ENCARNACIÓN	229
VER A LA VIRGEN COMO JESÚS Y AMARLA	233
SANTA MISA EN SAN PEDRO EN EL VATICANO <i>Ser un laico del IVE es ser alguien que ama y sirve de verdad a la Iglesia</i>	237
SANTA MISA CONCLUSIVA <i>Lo que será la Iglesia en el futuro depende de su libre colaboración con la gracia de Dios</i>	241

Español

Prólogo

“DÉMONOS LA MANO Y CAMINEMOS JUNTOS
HACIA LA PATRIA CELESTIAL”¹

Directorio de la Tercera Orden, 119

Autor: P. Gustavo Nieto, IVE

Lengua original: español

Roma (Italia) 30 de julio de 2019

Español

Muy queridos miembros de la Tercera Orden y amigos:
¡Bienvenidos a todos!

Bendito sea Dios que nos concede este gozoso encuentro con Ustedes, los laicos y amigos del Instituto del Verbo Encarnado ¡venidos de más de 58 países diferentes! Es inmensa la dicha de poder recibirlos y expresarles personalmente nuestro aprecio y gratitud por su magnífica contribución a la causa de Cristo.

Hace más significativo nuestro encuentro el hecho de que estamos aquí en Roma, sede del Vicario de Cristo en la tierra, como «una única Familia, unidos por la misma fe, los mismos fines, la misma misión, el mismo carisma, la misma índole y el mismo espíritu»². Lo cual representa una ocasión sin par para testimoniar juntos nuestra perfecta comunión con la Iglesia y confesar que nuestro lema es «con Pedro y bajo Pedro»³ y que no tenemos mayores aspiraciones que la de servir a la propagación del Reino de Cristo⁴.

¹ SAN LUIS ORIONE, *Carta a los Hijos de la Providencia 25 de Julio de 1936*, 151 y 152.

² *Directorio de la Tercera Orden*, 5.

³ *Directorio de la Tercera Orden*, 218; op. cit. *Constituciones*, 211; cf. *Ad Gentes*, 38.

⁴ *Directorio de la Tercera Orden*, 236.

Ustedes –que han elegido ser la levadura que renueve a la humanidad desde dentro– son la respuesta de Dios, siempre cercano a los hombres, a las innumerables necesidades de evangelización de este mundo y un apoyo insustituible para la misión de nuestro Instituto.

Porque lo nuestro es llevar al Verbo Encarnado a todos los hombres, es impregnar con el aroma de Cristo los valores de la sociedad, transformar con su Presencia adorable los corazones de los hombres, emprender obras épicas por su causa, es el hacer reinar el amor de Cristo en las familias, es el encender la lámpara ardiente de la verdad del Verbo Encarnado en las cuatro esquinas de este mundo; aún en las situaciones más difíciles y en las condiciones más adversas. Y son Ustedes, los testigos valientes y coherentes del deber y de la misión de evangelización de las culturas, quienes nos ayudan a llevar a Cristo a los lugares más lejanos; a enseñorear la realidad para el Señor, inculturando el Evangelio en los lugares más recónditos de la vida humana.

La colaboración de todos Ustedes, terciarios y amigos, en todas nuestras misiones representa una ayuda importantísima y eficaz para que la misión que nos ha sido encomendada dentro de la Iglesia se expanda y llegue a aquellos lugares y ámbitos más recónditos de la sociedad (y propios de la vida laical) a los cuales nos sería muy difícil llegar de otra manera. Les aseguro que su ayuda en nuestras misiones es vital.

Sin lugar a duda, estos son días de bendiciones especiales para todos. Es mi oración fervorosa por cada uno que este primer encuentro internacional de los miembros de la Tercer Orden y amigos del IVE acreciente el espíritu de familia entre nosotros y sirva de estímulo para que al volver a sus países continúen trabajando con gran empeño por «ordenar los asuntos temporales según Dios»⁵⁶, sabiendo que no están solos en la misión sino que tienen toda una Familia Religiosa que los respalda y que espera grandes cosas de Ustedes. Porque créanme, que de laicos comprometidos como Ustedes, «depende en gran parte la extensión del Reino de Dios y la misión de nuestra Familia Religiosa en el mundo»⁷. Puesto que la estrecha unión de las fuerzas es la única que vale para lograr plenamente todos los fines del apostolado de nuestro Instituto y proteger eficazmente sus bienes⁸.

5 Cf. *Lumen Gentium*, 31

6 *Directorio de Tercera Orden*, 7.

7 *Directorio de Tercera Orden*, 369.

8 Cf. *Directorio de Tercera Orden*, 236; op.cit. *Apostolicam Actuositatem*, 18.

Como decía Don Orión a los suyos: «démonos la mano y caminemos juntos hacia la Patria Celestial. Edifiquémonos con el recíproco buen ejemplo»⁹. Los animo de todo corazón a continuar testimoniando a Cristo, el Verbo Encarnado, siempre y en todo lugar.

No podría concluir sin antes expresar mi gratitud profunda y sentida a todos los que organizaron este evento: sacerdotes, religiosos, hermanas Servidoras, benefactores, y por supuesto, una vez más: nuestros queridos laicos y amigos.

A todos les agradezco el gran esfuerzo que han hecho por venir. Les ruego tengan a bien que al volver a sus casas lleven mis palabras de aliento y grandísimo aprecio a todos los miembros de la Tercera Orden que no pudieron venir y mi más sincero agradecimiento por el apoyo a nuestras misiones.

Invocando sobre cada uno la protección de María, Reina de los Apóstoles y Estrella de la nueva evangelización, les deseo todo bien en el tiempo y en la eternidad.

En Cristo, el Verbo Encarnado.

9 SAN LUIS ORIONE, *Carta a los Hijos de la Providencia 25 de Julio de 1936*, 151 y 152. Citado en Directorio de la Tercera Orden, 119.

Español

Introducción

INTRODUCCIÓN

Los temas de las conferencias plenarias

Autor: P. Andrés José Bonello, IVE

Lengua original: español

Español

La comisión que ha determinado los temas a tratar en las conferencias plenarias ha estimado que los mismos son de esencial importancia para que nuestra Familia Religiosa reúna en su seno a nuestros religiosos y laicos bajo el noble estandarte de la urgente y apasionante misión de la Evangelización de la cultura.

Si bien hemos pedido a cada expositor de tratarlos libremente, según la perspectiva y tono que cada uno prefiera, creímos que sería muy conveniente establecer, antes y por escrito, los motivos que nos llevaron a darle tal centralidad a los temas tratados.

Este escrito es el texto que ofrecemos a continuación, el cual, a pesar de encontrarse ya en el “libro-guía” del *IVE Meeting*, sea quizás aún más útil ofrecerlo ahora para introducir estas “Actas”, dando la posibilidad de ver la conexión que existe entre un tema y otro, y pudiendo ser, en los próximos *IVE Meeting* que aspiramos a realizar cada tres años, motivo de reflexión, discernimiento y examen acerca de nuestro carisma.

Podríamos reducir a dos los objetivos a alcanzar en este encuentro: reflexionar sobre *lo que debemos ser* para, desde aquí, reflexionar sobre *lo que debemos hacer*. De ambos nacen los temas elegidos para las conferencias plenarias.

1. Vivir y anunciar el misterio de la Encarnación del Verbo

El IVE meeting es un medio para concretar lo que verdaderamente es nuestro fin: profesar, a una sola voz, nuestro convencido y ardiente deseo de que Jesucristo, Único Salvador del hombre, esté explícitamente presente en todo hombre y en todos los ámbitos de la realidad humana¹, pues *no hay otro Nombre bajo el cual podamos salvarnos*². Ya en 1925, el Papa Pío XI notaba que el gran «cúmulo de males que ha invadido la tierra, se debe a que la mayoría de los hombres se han alejado de Jesucristo y de su ley santísima, así en su vida y costumbres como en la familia y en la gobernación del Estado»³. Declaraba severamente el Papa que «nunca resplandecerá una esperanza cierta de paz verdadera entre los pueblos mientras los individuos y las naciones nieguen y rechacen el imperio de nuestro Salvador»⁴. Jesucristo quiere reinar pues *para eso vino al mundo*⁵. Eso es lo que nosotros le suplicaremos en estos días: «¡Reina, Señor, sobre todo hombre y toda realidad humana!». Con este deseo queremos, aquí, «ofrecerle nuestras personas al trabajo... y señalarlos en su servicio»⁶ *para que Él reine*⁷. Y lo hacemos con la confianza total y con el ánimo que nos brinda saber que es Él quien llama *a todos*⁸ a «seguirlo ahora en la pena, para luego gozar con Él en su victoria»⁹.

A una sola voz, como una sola Familia, tanto laicos como consagrados, «comprometemos todas nuestras fuerzas para inculturar

1 «Comprometemos todas nuestras fuerzas para inculturar el Evangelio, o sea, para prolongar la Encarnación en todo hombre, en todo el hombre y en todas las manifestaciones del hombre, de acuerdo con las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia» (*Constituciones IVE*, n. 5).

2 Cf. *Hch*, 4, 12.

3 Pío XI, carta encíclica *Quas Primas*, intr.

4 Pío XI, carta encíclica *Quas Primas*, intr.

5 Jn 18,37.

6 Cf. SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales* n. 97.

7 Cf. 1Cor 15,25.

8 «Dijo [Jesús] a todos: «El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga» (Lc 9,23).

9 Cf. SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales* n. 95.

el Evangelio, o sea, para prolongar la Encarnación en todo hombre, en todo el hombre y en todas las manifestaciones del hombre»¹⁰. Estos días han de ser testimonio público de que sólo declarando abiertamente la urgente necesidad del Reinado de Jesús en el mundo de hoy, el hombre podrá encontrar el rumbo hacia una esperanza que ya no desilusione¹¹, y colme el vacío y angustia que deja en su alma el dramático ateísmo de nuestro tiempo.

En un mundo sordo a la voz de Jesús queremos que nuestra profesión *resuene por toda la tierra*, y para ello debemos realizarla unidos en el estrecho vínculo que es Cristo, hermanados en Él los consagrados y los terciarios y laicos amigos de nuestra Familia Religiosa.

Debemos pasar coherentemente de *lo que debemos ser*, contemplando e imitando el misterio de la Encarnación, a *lo que debemos hacer*, es decir, evangelizar la cultura. Para ello, fueron elegidos los siguientes temas como reflexión de las conferencias plenarias.

2. «Focalizar nuestro apostolado en el misterio de la Encarnación»: *Los temas de reflexión sobre la esencia, medios y urgencia de la Evangelización de la cultura*

Preguntándonos acerca del «*estilo particular* de nuestro apostolado»¹² recordamos que si bien es cierto que «en nuestro apostolado no hay nada que sea estrictamente nuevo»¹³, sino que «es algo propio nuestro el haber re-propuesto obras que son también de otras congregaciones, como los Ejercicios Espirituales, los oratorios, las misiones, etc»¹⁴, de todos modos no debemos olvidar que «lo propio está en la focalización en el misterio de la Encarnación»¹⁵. Para verdaderamente focalizarnos en este misterio, se establecieron los temas de las conferencias plenarias de la siguiente manera:

10 Cf. *Constituciones*, n. 5

11 Cf. C. FABRO, *Introduzione all'ateismo moderno*, ED.IVI, Segni 20, introduzione.

12 *Directorio de Vida Consagrada*, 2. Cf. también la carta circular del P. Nieto del 1 de septiembre del 2017 (edición italiana en G. NIETO, *Custodite il Carisma*, ED.IVE, Montefiascone 2019, p. 197).

13 Notas del V Capítulo General (2007), n. 8. Citado por G. NIETO, *Custodite il Carisma*, ED.IVI, Montefiascone 2019, 203.

14 Notas del V Capítulo General (2007), n. 8. Citado por G. NIETO, *Custodite il Carisma*, ED.IVI, Montefiascone 2019, 203.

15 *Ibidem.*

Primera conferencia**El misterio de la Encarnación y nuestra época**

Motivo y fin de esta plenaria (encomendada al P. Miguel Ángel Fuentes, IVE)

Mientras, en tiempos remotos, los intentos por negar la Encarnación eran veraces aunque más bien aislados¹⁶, San Juan Pablo II considera que nuestra época, en cambio, está señalada por tal negación¹⁷. La estrechísima unión entre lo humano y lo Divino realizada en la única Persona de Jesucristo, es hoy negada en el intento continuo por separar a Dios de la realidad del hombre, como si se tratase de opuestos. De este modo, el mundo sobrenatural, del cual la realidad humana depende en modo absoluto, queda «relegado a un pasado remoto o a un cielo lejano»¹⁸ y, por más admiración que algunos contemporáneos profesen por Jesús, «Él sigue lejos»¹⁹. En verdad —considera el Papa Magno—, Jesucristo no es conocido, ni amado, ni obedecido.

El rechazo de la unión entre Dios y el hombre operado en la Encarnación, trajo «consecuencias inquietantes». Somos testigos de la campante *cultura de la muerte*, ante la que se confirman las palabras proféticas de Chesterton: «quítad lo sobrenatural y solo quedará lo que no es natural»²⁰. La degradación de la familia y la sexualidad, el aborto, la eutanasia son fruto de tal negación. A ello se agrega que, «cuando se excluye o se niega a Cristo, se reduce nuestra visión del sentido de la existencia humana; pues cuando esperamos y aspiramos a algo inferior, la esperanza da paso a la desesperación, y la alegría a la depresión»²¹. Consecuencia también inquietante de negar la Encarnación, es el «considerar la relación individual con Dios como exclusivamente personal y privada, de manera que se lo aparta de los procesos por los que se rige la actividad social, política y económica»²².

16 Cf. S. AGUSTÍN, *Explicación de la Epístola a los Partos, Homilía VI*.

17 JUAN PABLO II, *Mensaje con motivo del Capítulo General de la Orden de los Frailes Predicadores* 28/6/2001.

18 *Ibidem*.

19 *Ibidem*.

20 G.K. CHESTERTON, *Heretics, Chapter 6*.

21 JUAN PABLO II, *Mensaje con motivo del Capítulo General de la Orden de los Frailes Predicadores*, 28/6/2001.

22 *Ibidem*.

Es preciso no acostumbrarse a la cultura de la muerte, de la destrucción de la familia, de las sociedades políticas ajenas al Evangelio. Debemos declarar batalla ante estas realidades, y para ello es necesario alzar las banderas de la Encarnación del Verbo. Pues sólo Cristo puede levantar al hombre, y a toda la realidad del hombre, de la miseria que le trajo como consecuencia la negación de Su Misterio y de Su realidad de verdadero Dios y verdadero Hombre.

Habiendo establecido esta convicción urgente de afirmar y anunciar la Encarnación del Verbo, podemos comprender mejor la esencia de lo que nuestra Familia Religiosa está llamada a ser.

Segunda conferencia plenaria **El carisma del Instituto del Verbo Encarnado**

Motivo y fin de esta plenaria (encomendada al P. Gonzalo Ruiz Freites, IVE)

Reafirmar la Encarnación del Verbo es lo que Dios quiere al suscitar nuestra pequeña Familia Religiosa del Verbo Encarnado. Ante la dramática negación de la Encarnación del Verbo, el Espíritu Santo concede un *carisma*, una gracia especial recibida por el Fundador y ordenada para edificación de toda la Iglesia, a fin de que quienes la reciban testimonien con su vida las virtudes propias de Cristo al encarnarse: viviendo nosotros las virtudes del anonadamiento, de la trascendencia, siendo esencialmente marianos como Cristo al encarnarse. De este modo, siendo «cálices llenos de Cristo que derraman sobre los demás su superabundancia»²³, podremos impregnar de Él a los demás hombres y a toda la realidad del hombre. A este carisma, que se realiza primero en la propia persona para luego poder ofrecerlo a los demás, están llamados todos los religiosos y también, en modo particular y según la propia condición, *los laicos de nuestra Tercera Orden Secular* y, en general, *todo aquel que comparte la urgente tarea de la Evangelización de la cultura*. Y como parte esencial de este carisma incluye a los laicos, es que se tendrá la siguiente conferencia plenaria

23 *Constituciones*, n. 7.

Tercer conferencia
**Formación de dirigentes laicos para el
 Reinado social de Cristo.**

Motivo y fin de esta plenaria (encomendada al P. Daniel Cima, IVE)

Debemos estar ciertamente «convencidos del inmenso valor que tiene para la vida de la Iglesia la santificación de los laicos»²⁴. De tal convencimiento se desprende, naturalmente, que el Instituto deba «*prioritariamente* dedicarse a la formación de dirigentes laicos»²⁵, «para que ellos traten y ordenen, según Dios, los asuntos temporales»²⁶, porque no se puede llevar a cabo la evangelización de la cultura si se descuidan aquellos ámbitos que a ellos les son propios.

El hombre busca vivir en sociedad por naturaleza²⁷. Es, precisamente, «su esencia social la que exige que manifieste externamente los actos internos de religión, que se comunique con otros en materia religiosa, que profese su religión de forma comunitaria»²⁸. La religión no puede ser un hecho privado, sin incidencias en lo social²⁹, y Jesucristo no es Rey sólo de la esfera personal, sino de toda la creación. Esto comporta contar con laicos, verdaderamente líderes en el ámbito temporal, que sepan dirigirlo y elevarlo al sobrenatural.

La fidelidad a nuestro fin específico, por lo tanto, exige que los religiosos trabajemos juntos con nuestros terciarios y, en general, con todos aquellos amigos laicos que estén convencidos de la urgente tarea de la inculturación del Evangelio. Este aspecto común no puede sernos *opcional*, sino que es «parte esencial y constitutiva del Instituto... del cual no puede prescindir, en cuanto que es la prolongación del accionar del Instituto en los ámbitos propios de la vida laical»³⁰.

24 *Constituciones*, n. 176.

25 *Constituciones*, n.172.

26 *Constituciones*, n.11.

27 Cf. Santo TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 95, a. 4.

28 *Dignitatis humanae*, 3.

29 A modo de ejemplo, la misma institución de la fiesta de Cristo Rey, nació como efecto necesario de la devoción al Sagrado Corazón: «¿Y quién no echa de ver que ya desde fines del siglo pasado se preparaba maravillosamente el camino a la institución de esta festividad? Todos saben que la autoridad y la realeza de Cristo han sido ya reconocidas por las piadosas prácticas de las consagraciones y homenajes al Sagrado Corazón de Jesús, dirigidos por innumerables familias, y no solo familias, sino también de los Estados y Reinos, que han cumplido el mismo acto» (Pío XI, *Quas Primas*, 26).

30 *Directorio de Tercera Orden*, n.5.

Los laicos, a su vez, no deben olvidar su vocación al apostolado. A ellos se refiere la Constitución dogmática *Lumen gentium* en un texto de notable contundencia: «A los laicos corresponde, por propia vocación, *tratar de obtener el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios*. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida. *Allí están llamados por Dios*, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo *como desde dentro* (... y) así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad. Por tanto, de manera singular, *a ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que sin cesar se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y del Redentor*»³¹.

Decía Don Orión que «hoy, quien no es apóstol de Jesucristo y de la Iglesia, es apóstata»³². Por ello queremos que estos días sean de una profunda oración y reflexión acerca del deber apostólico de los seglares, teniendo muy presente que, más que nunca, «es preciso que los laicos tomen como obligación suya la restauración del orden temporal, y que, conducidos por la luz del Evangelio y por la mente de la Iglesia, y movidos por la caridad cristiana, obren directamente y en forma concreta en dicho orden»³³.

Cuarta conferencia

La tercera Orden secular del Instituto del Verbo Encarnado

Motivo y fin de esta plenaria (encomendada a la Hermana Mary of Faith, SSVM)

Los desafíos nacidos de la convicción de inculturar el Evangelio eficazmente en la realidad temporal hacen necesario el trabajo comunitario, directo y explícito, del terciario laico del IVE. Su vocación laical lo hace llegar a ciertos ámbitos temporales que a veces son ajenos al consagrado: debe ir «allí donde los sacerdotes y religiosos no pueden llegar o entrar sea porque sus fuerzas no son suficientes para cumplir tantas obligaciones sea

³¹ *Lumen Gentium*, n.31. El cursivo es nuestro.

³² SAN LUIS ORIONE, *Cartas de Don Orión*, 02/08/1935, Edit. Pío XII, Mar del Plata, 1952, p. 89. Citado en el *Directorio de Espiritualidad del IVE*, n. 126.

³³ *Apostolicam Actuositatem*, 7.

porque no son lugares congruentes o dignos de una persona consagrada, procurando de esa manera llevar la redención hasta los ámbitos más bajos y ocultos de la realidad»³⁴. De aquí, la absoluta necesidad de contar con los laicos para realizar la evangelización de la cultura: «Es parte esencial y constitutiva de la familia del “Verbo Encarnado”, de la cual la familia religiosa del Verbo Encarnado no puede prescindir, en cuanto que es la prolongación del accionar de ambos Institutos en los ámbitos propios de la vida laical»³⁵. Deberán nutrirse espiritualmente, a la luz del misterio de la Encarnación, para que, con su vida y apostolados concretos, puedan impregnar del Evangelio todas aquellas realidades de las que forman parte, como la familia, la sociedad política, la educación pública, el trabajo, etc. Y no se trata sólo de una identificación meramente exterior con la misión de los religiosos, sino que el terciario del IVE vive también en comunión de gracia a través del carisma al cual está unido, participando de este modo de los bienes espirituales comunes a todos los miembros del Instituto del Verbo Encarnado.

Si bien no todos los participantes en este encuentro forman parte de nuestra Tercera Orden, esta conferencia les será útil para comprender mejor su esencia, y los orientará además en su misma vocación laical cristiana y en el modo de dar testimonio de Cristo en el mundo.

Quinta conferencia

La vida y la familia: concretos y urgentes puntos de la evangelización de la cultura.

Motivo y fin de esta plenaria

(encomendada a Eduardo y Clara Maggiora, terciarios IVE)

Ante la cultura de la muerte, la proclamación de la Encarnación del Verbo opone la cultura de la vida. El terciario del IVE tiene como deber principal, hoy en día, el proclamar con su vida y obras la defensa de la familia como un valor inestimable, y de toda vida humana desde su concepción hasta su muerte natural. Estas verdades, admitidas en sí mismas, resultan aún más convincentes si las vemos puestas en práctica por los otros. «En cuanto vital y esencial para su existencia, la verdad se logra no sólo por vía racional, sino también mediante el abandono confiado en otras personas,

³⁴ Directorio de Tercera Orden Secular, 91.

³⁵ Directorio de Tercera Orden Secular, 5.

que pueden *garantizar la certeza y la autenticidad de la verdad misma*»³⁶. Por ello, a través del propio testimonio de familia, el matrimonio Maggiora junto a su hijo Javier, tratarán del valor de la familia y de la vida según lo viven concretamente.

Sexta conferencia

Las misiones de la Familia Religiosa del Verbo Encarnado

Motivo y fin de esta presentación

(encomendada al P. Jesús Segura, IVE

y a la Hermana Maria Stella del Mare, SSVM)

«La misión, recibida del fundador, y sancionada por la Iglesia, es llevar a plenitud las consecuencias de la Encarnación del Verbo, que “es el compendio y la raíz de todos los bienes”³⁷, en especial, al amplio mundo de la cultura, o sea, a la “manifestación del hombre como persona, comunidad, pueblo y nación”³⁸»³⁹.

La Evangelización de la cultura debe comprender precisamente *toda manifestación del hombre*, es decir *toda cultura*... Esto exige que quienes fueron llamados a tal vocación «no sean esquivos a la aventura misionera», sino que habrán de *ir por todo el mundo*⁴⁰, anunciando el Evangelio a todo hombre.

Por eso, se concluirá con una presentación de la actividad misionera que nuestra Familia Religiosa desarrolla en los cinco continentes. Además de intentar ser también formativa, esta exposición tiene como objetivo el compartir todos juntos, como Familia Religiosa que somos, todo el bien que Dios derrama a través de nuestros misioneros, a los cuales irá nuestro mayor reconocimiento por la tan noble labor de evangelización que realizan, algunos en tierras muy lejanas y en situaciones muy difíciles.

³⁶ JUAN PABLO II, *Fides et ratio*, n. 33.

³⁷ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Matt. Hom.*, II, 3.

³⁸ JUAN PABLO II, Discurso a los hombres de la cultura con ocasión del jubileo de la Redención (15/12/1983), 3; OR (25/12/1983), p. 6.

³⁹ *Constituciones IVE*, 32.

⁴⁰ Mc 16, 15.

3. Conclusión

Brevemente descrito, el “recorrido temático” de nuestras conferencias ha sido: comenzando por una verdadera convicción acerca de la *necesidad* de afirmar la Encarnación en nuestro tiempo (1ª conferencia), debemos tomar conciencia de que *para ello* Dios suscita una Congregación, inspirando un carisma a un fundador para *prolongar el misterio de la Encarnación* (2ª conferencia). Carisma que si bien consista esencialmente en la propia identificación con el Verbo Encarnado, no puede limitarse sólo al ámbito privado o de oración, sino que el ámbito social debe ser explícitamente guiada por el Evangelio contando para ello con verdaderos líderes católicos (3ª conferencia) entre los cuales se encontrarán algunos que querrán señalarse más directamente formando parte como miembros de la Tercera Orden (4ª conferencia). Ellos, unidos guiados e iluminados espiritualmente por los religiosos, deberán llevar adelante la evangelización de los asuntos temporales, lo cual es hoy urgente específicamente en dos ámbitos cuales son la vida y la familia (5ª conferencia), hoy apresados por una verdadera cultura de la muerte. No siendo estos los únicos ámbitos, sino que toda manifestación auténticamente humana debe ser elevada al Evangelio, una última conferencia estará dirigida a presentar como nuestra pequeña Familia Religiosa lleva adelante la obra de evangelización en sus misioneros presentes en los 5 continentes (6ª conferencia).

Estos temas, sostenidos por los sermones de las misas basados en el amor por las «tres cosas blancas»⁴¹ (Eucaristía, Virgen María, el Papa), deben ser luz que nos guíe en esta maravillosa llamada recibida, tanto por religiosos como por laicos, a ser «una nueva Encarnación del Verbo»⁴².

41 «Íntimamente unido... a nuestro amor, están las tres cosas blancas de la Iglesia: la Eucaristía que prolonga, por obra del sacerdocio católico, la Encarnación bajo las especies de pan y vino; la Santísima Virgen María, que dio el sí para que de su carne y sangre el Verbo se hiciera carne; y el Papa, presencia encarnatoria de la Verdad, de la Voluntad y de la Santidad de Cristo» (*Constituciones IVE*, n. 12).

42 BEATA ISABEL DE LA TRINIDAD, *Elevaciones*, Elevación n.º 33. Citada en *Constituciones IVE*, n. 31.

Conferencias

EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN
Y NUESTRA ÉPOCA

Español

Autor: P. Miguel Ángel Fuentes, IVE

Lengua original: español

Roma (Italia) 30 de julio de 2019

San Pablo afirma que “Todo fue creado por él y para él” (Col 1,16). Este “Él” se refiere a Jesucristo. Él es el Centro del Universo y de la Historia.

La Historia de los hombres se dividió en dos partes el día de la Encarnación. Desde el momento en que la Virgen de Nazaret dijo “Sí” al ángel que le pedía, en nombre del Padre eterno, que fuera la Madre de su Hijo, la historia de los hombres se mide por un antes y un después. Antes de Cristo; Después de Cristo.

Pero, además de este, hay otro corte en la Historia. Es un corte transversal. Una línea que arranca en el Paraíso, donde Dios creó a Adán y Eva, y llega hasta el final de la Historia con la muerte del último hombre. Este corte transversal también divide la historia en dos partes: los que están con Cristo y los que están sin Él o contra Él.

Tenemos así dos incisiones, que forman una cruz: una transversal u horizontal; la otra perpendicular o vertical. Cristo está presente en toda la Historia, pero de manera diversa.

Antes de su Encarnación solo estaba *prefigurado y profetizado*. Solo se lo podía entrever, vislumbrar, presentir, soñar, desear.

Después de ella está *encarnado*: tiene cuerpo y alma humana. Se lo puede ver, tocar, oír, palpar, besar, abrazar, y también herir, golpear y matar. San Juan apóstol recordaba en su vejez que él y los demás discípulos del Señor habían “tocado” al Verbo de Vida, hecho carne; lo habían visto y oído. Hablaban, por eso, de lo que conocían por propia experiencia.

Pero tanto antes como después de la Encarnación se lo puede *poseer* en el corazón por la fe y el amor; o se lo puede rechazar por la incredulidad, la indiferencia, e incluso el odio.

Estas dos coordenadas nos dan, pues, una situación compleja a la hora de distinguir a los hombres. Están los que vivieron antes y los que vivieron después de la Encarnación y Nacimiento de Cristo. Pero están también los que estuvieron ya unidos a Él por la esperanza y una fe que se manejaba todavía entre nubes y tinieblas, como los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento; y los que están unidos a Él por la fe luminosa del Nuevo Testamento y la caridad ardiente que brota del Corazón eucarístico del Señor. Y están los que rechazaron y mataron a los profetas que les hablaban de ese Mesías-Cristo que iba a venir y profanaban los sacrificios antiguos que lo prefiguraban y desobedecían los mandamientos que preparaban los corazones para poder recibirlo cuando viniera; y están los que ahora le dan la espalda a ese Cristo patentemente presente en sus vidas, ese Cristo que les dice, como dijo a sus adversarios: “vosotros no queréis venir a mí para tener vida (...) [Vosotros] no me aceptáis” (Jn 5, 40.43).

San Agustín, tratando de desentrañar este misterio que nos configura y envuelve, dice que en este mundo solo existen *Dos Ciudades, Dos Pueblos*. La *Ciudad de Dios* y la del *Mundo*. La de los hombres de Dios y la de los mundanos. La de los que pertenecen a Cristo y la de los que están contra Cristo.

La Ciudad de Dios comenzó en Cielo, con los Ángeles que permanecieron fieles a Dios, y echó raíces en esta tierra cuando Abel, el primer mártir, murió por amar a Dios y ofrecerle sacrificios puros; ofrendas que, por su limpieza y frescor, despertaba la envidia y el rencor de su hermano homicida. A esa ciudad o pueblo han pertenecido todos

los que son de Dios, antes de la Encarnación y después de ella, pero siempre mirando a Cristo encarnado. Antes de encarnarse lo miraban entre velos, en los vaticinios y figuras proféticas, y lo esperaban, deseaban, suspiraban y buscaban. ¡Cuántos nombres de estos ilustres ciudadanos hemos oído a menudo: Abel, Henoc, Noé, Abraham, Sara, Isaac, Moisés, los profetas...! ¡Y tantísimos otros santos del Antiguo Testamento: reyes, caudillos, heroínas, reinas, simples pastores y amas de casa cuyos nombres nos han transmitido los libros sagrados! ¡Y muchos más que solo Dios conoce, incluso de otros pueblos -como Job- a los que, por canales que solo Dios sabe, hizo llegar su gracia, que es siempre gracia de Cristo! Estos, dicen san Agustín y santo Tomás de Aquino, ya poseían la fe en Cristo, solo que era fe en el *Cristo que iba a venir*. Con la Encarnación, a esa Ciudad de Dios entraron ríos de hombres y mujeres que creen, ahora, en el *Cristo ya vino, ya dio su vida por nosotros y resucitó, y volverá al fin de los tiempos para culminar su obra juzgando a los vivos y a los muertos*. Hasta que todo sea puesto bajo sus pies, como dice san Pablo (Ef 1,22), es decir, hasta que reine sobre todos y sobre todo.

La Ciudad Mundana comenzó con los Ángeles que se rebelaron contra Dios, volviéndose demonios, y siguió con todos los que se han preferido a sí mismos por encima de Dios. Los que antes de la Encarnación cerraron sus oídos a los profetas que les anunciaban al Mesías que iba a venir, y los persiguieron y mataron. Los que se rebelaron una y otra vez contra los patriarcas y contra todos aquellos que en nombre de Dios trataban de guiarlos hacia la patria del cielo. Son aquellos de los cuales dice Dios en el Salmo: “Este pueblo me ha asqueado; es un pueblo de corazón torcido que no conoce mis caminos” (Sal 95,10). Esta Ciudad sigue teniendo hoy sus ciudadanos: son todos aquellos que, aun conociendo a Cristo, e incluso estando algunos de ellos bautizados, viven como si Él no fuera Dios, o como si no se hubiera encarnado, o como si su ley no tuviese un valor absoluto.

San Agustín dice que la Ciudad del mundo la ha construido el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios (*amor sui usque ad contemptum Dei*). A ella pertenecen, pues, todos los que antes y después de la Encarnación se amaron más a sí mismos que a Dios. Los que vivieron antes de la Encarnación, trataron -consciente o inconscientemente- de impedir su venida. Los que nacieron después de su Encarnación, tratan de frustrar la transformación y divinización del mundo que es la obra salvífica de la Encarnación.

La Ciudad de Dios, en cambio, la ha construido el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo (*amor Dei usque ad contemptum sui*). A ella pertenecieron y pertenecen todos los que aman a Dios más que a sí mismos y se guían por el amor y la ley de Dios. Los que vivieron antes de la Encarnación trataron de prepararla y acelerarla con sus sacrificios y oraciones, como los que rezaban gimiendo con Isaías: “Destila, cielo, tu Rocío, derramad, nubes, al Victorioso. Ábrete, tierra y brota al Salvador, germínanos al Justo” (Is 45,8). Los que han nacido después de la Encarnación luchan para que Ella transfigure todas las realidades humanas hasta que todo refleje a Cristo y su gracia.

La Encarnación, pues, es el centro de todo. Es el ojo de la tormenta. Es el campo de todas las batallas. Es “la bandera de contradicción”, como la llamó Simeón al recibir al Niño de brazos de María. La “piedra de tropiezo”, según las palabras del anciano, en la que se dividen las aguas de los hombres. Unos se levantan sobre ella, y otros tropiezan con ella. Más adelante el mismo Jesús diría: “El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama” (Mt 12,30). Los ojos de María se nublaron con lágrimas al oír las palabras pronunciadas sobre su Hijo por el viejo Simeón, pero como madre joven y valiente, lo apretó fuerte contra el pecho y se aprestó a ser despreciada con Él y a ser atravesada por la misma espada que se alzaría contra Él. Reina de las Siete Espadas. Corredentora. Escudo del Hijo Encarnado.

Cuando decimos “Encarnación”, decimos que el Verbo de Dios se ha hecho hombre verdadero. Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. La Segunda Persona de la Santísima Trinidad ha asumido una naturaleza humana para ofrecerla en sacrificio voluntario, hasta la última gota de Sangre, por los pecados de los hombres; para que esa Sangre purifique las conciencias de todos los hombres, no importa cuántos ni cuáles pecados hayan cometido. Por tanto, para redimir a los hombres de la esclavitud del pecado, del demonio y de la muerte en que sus culpas los han aprisionado.

Se comprende, pues, que quien tiene a los hombres bajo su poder, el Diablo, se oponga con todas las fuerzas posibles a la Encarnación liberadora. Porque la lucha del Verbo Encarnado es propiamente contra el Diablo y contra los que él asocia a sus tropas. A este, el Apocalipsis lo llama “el seductor del mundo entero” (Ap 12,9); y la Carta a los Hebreos “señor de la muerte” (Hb 2,14). El Apocalipsis lo describe reuniendo un ejército de

hombres y demonios para hacer guerra, poner tropiezo y aniquilar la obra del Cordero de Dios, que es el Verbo Encarnado. A los que se enrolan en este ejército opositor a la Encarnación los llama san Juan “hijos del Diablo”, y los que ellos combaten, son “los hijos de Dios”: “En esto se reconocen los hijos de Dios y los hijos del Diablo: todo el que no obra la justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano” (1Jn 3,10). Porque el Diablo es verdadero jefe. San Juan dice que son suyos todos los pecadores: “Quien comete el pecado es del Diablo, pues el Diablo peca desde el principio” (1Jn 3,8).

La frase más explícita de esta oposición a la Encarnación la he encontrado en dos de los autores más leídos de nuestro tiempo, los padres de la escuela filosófica que más ha contribuido a la revolución cultural que ha empujado nuestra civilización a la devastación cultural actual y a la agobiante situación antinatural en la que vivimos tiranizados en nuestro tiempo. Son los dos principales mentores de la escuela marxista de Frankfurt, Max Horkheimer y Theodor Adorno, quienes en su obra más emblemática afirman con toda claridad: “La humanización de Dios en Cristo es el *protón pseudos*”¹. Esta expresión está puesta así en el original, en griego. Ellos la encontraron probablemente en una obra de Freud, *Proyecto para una psicología científica* (1895), y este la tomó a su vez de quien verdaderamente la acuñó, Aristóteles². Con esta frase, el viejo filósofo griego, se refería a aquella premisa de un silogismo (razonamiento), que, siendo ella falsa, induce a conclusiones necesariamente falsas. *Protón pseudos* quiere decir, en efecto, “primera falsedad” o “falsedad original”. Es ese error, disparate o mentira que, una vez aceptado, nos llevará a engañarnos en todas las cosas que tratemos de deducir de él. Así, por ejemplo, si yo parto de una afirmación falsa como, por ejemplo, “los hombres son árboles”, todo cuanto yo intente deducir a partir de allí será falso: diré que Juan es hombre, por tanto está hecho de madera; y que María, siendo también un ser humano, debe tener ramas en vez de brazos, como todo árbol; y que Pedro, si es también

1 HORKHEIMER – ADORNO, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Ed. Trotta, Madrid (1998), 222.

2 ARISTÓTELES, *Primeros analíticos*, libro II, cap. 18, 66a, 16. Probablemente “Según Anderson (1962) (*Estudios acerca de la prehistoria del psicoanálisis*) Freud la toma del médico vienés Max Herz que había empleado esta frase, dentro de un contexto similar, en una monografía suya leída ante la “Sección de neurología” [de la que Freud era secretario] de un congreso científico celebrado en Viena en 1894 (cf. Carta de Freud a Fliess del 7 de febrero de 1894)” (Juan Bauzá).

hombre, se quebrará y arderá como todos los árboles de madera; y que Rosa, también de la raza humana, no puede tener pies sino raíces... Así, la afirmación “los hombres son árboles” es el *protón pseudos*, la falsedad original, que ha llevado a que todos mis razonamientos sobre los seres humanos sean desatinados.

Al decir, pues, que la Encarnación es el *protón pseudos*, la falsedad original, Horkheimer y Adorno proclaman que todo cuanto ha enseñado el Cristianismo, que brota de la fe en la Encarnación del Hijo de Dios, es falso y mentiroso, y que para estar en la verdad hay que negar la Encarnación y combatir todo lo que haya surgido de ella. No perdamos de vista que no hablamos de filósofos trastornados sino de dos de los autores más prestigiosos y respetados del siglo XX, en cuyas aguas han bebido, y siguen haciéndolo, los principales movimientos filosóficos y culturales del último siglo.

No debe extrañarnos. Lo que ellos dicen, estaba ya en el núcleo de la primera oposición a la Fe Cristiana, la que ya tuvieron que enfrentar en su tiempo los Apóstoles y los primeros Padres de la Iglesia: la herejía del Gnosticismo anticristiano. Lo recordó con toda valentía y claridad san Juan Pablo II, en 1986, ante el cuerpo académico de la Universidad de Lyon, muchos de cuyos catedráticos eran gnósticos: “la Gnosis (fue) una de las primeras contestaciones radicales del cristianismo”. ¡Contestación radical! Quiere decir, “oposición total”. Y añadió a continuación: “¿Quién osará decir que la tentación gnóstica ya no es un obstáculo para la Iglesia? El ensayo de interpretación del cristianismo por filósofos como Hegel fue en verdad una manera de vaciar la fe cristiana de su substancia, interpretando el anonadamiento del Hijo de Dios [*la Encarnación*] como pérdida de la identidad de Dios, y la anulación del abismo entre Dios y su creatura”³. El Papa santo veía en Hegel la continuación de esa Gnosis contraria a la Encarnación. Hegel, el más influyente de los filósofos modernos... El maestro de los antes mencionados Horkheimer y Adorno y del ejército de sus discípulos. Allí abreva el marxismo cultural, el feminismo intolerante, las corrientes materialistas de nuestro tiempo, y la *ideología de género*, que es la más radical de las subversiones antropológicas, el “no-se-puede-ir-más-allá” de los errores antihumanos y antimetafísicos.

³ Juan Pablo II, Discurso al cuerpo académico de la Universidad de Lyon, 7-10-1986, n. 5.

No debe, pues, extrañarnos que todos los combates teológicos -que son los únicos realmente importantes- pasen por la Encarnación. San León Magno decía que “casi ningún (hereje) ha sido engañado sin haber abandonado la fe en la verdad de las dos naturalezas asociadas a la única persona de Cristo”⁴, es decir, la Encarnación. Allí se cruzan todos los sables. Y esto no desde el “Sí” de María que abrió las puertas del mundo al Verbo divino, sino desde el Preanuncio de ese “Sí” al comienzo del tiempo, cuando Dios dijo: “pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar” (Gn 3,15). E incluso antes, cuando, como dice el Apocalipsis. “se entabló una batalla en el cielo: Miguel y sus Ángeles combatieron con el Dragón. También el Dragón y sus Ángeles combatieron” (Ap 12,7). Porque los Padres de la Iglesia ya afirmaron que el Dragón y sus Ángeles se rebelaron cuando Dios les reveló la futura Encarnación, esto es, que su Hijo eterno asumiría una naturaleza creada, pero una naturaleza *humana*. Algunos ángeles impugnaron adorar una naturaleza inferior a la suya, aun cuando esta estuviera hipostáticamente unida a Dios. El Apocalipsis, antes de describir la batalla entre san Miguel y el Dragón, nos dice que este está acechando a la Mujer a punto de dar a luz, para devorar a su Hijo (Ap 12,4). Ese Hijo es el Verbo Encarnado. La batalla comienza para defender al Hijo de la Mujer, al Hijo de Dios, odiado por ese Dragón, que el Autor del Apocalipsis identifica diciendo que es “la Serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero” (Ap 12,9). “Su lucha encarnizada con Cristo y contra la obra de la Redención -dijo un célebre teólogo del siglo pasado- nos permite colegir que Satanás se resistió a reconocer la supremacía de Cristo, a reconocer que Cristo, el Hijo de Dios encarnado, es el corazón y la cabeza de la Creación”⁵.

Pero si siempre ha sido así, nuestro tiempo está conociendo una intensidad inaudita. En el año 2001, el Papa Juan Pablo II recordaba a los dominicos que su orden había sido fundada por santo Domingo de Guzmán, para combatir precisamente una de las tantas formas “recurrentes” del Gnosticismo anticristiano. “La idea central” de esta herejía, recordaba el Papa, “es el rechazo de la Encarnación, al negarse a aceptar que «el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (...), lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14)”. Y un poco más adelante continuaba: “No cabe duda de que... los grandes errores no mueren jamás, sino que se mantienen en letargo

4 San León Magno, *Homilía sobre la Natividad*, VIII, 4.

5 Schmaus, M., *Teología Dogmática, II. Dios Creador*, Rialp, Madrid (1961), §123.

por un tiempo y luego vuelven a aparecer bajo otras formas... Vivimos en un tiempo caracterizado, a su manera, por el rechazo de la Encarnación. Por primera vez desde el nacimiento de Cristo, acontecido hace dos mil años, es como si Él ya no encontrara lugar en un mundo cada vez más secularizado. No siempre se niega a Cristo de manera explícita; muchos incluso dicen que admiran a Jesús y valoran algunos elementos de su enseñanza. Pero Él sigue lejos: en realidad no es conocido, amado y obedecido; sino relegado a un pasado remoto o a un cielo lejano. Nuestra época niega la Encarnación de muchos modos prácticos, y las consecuencias de esta negación son claras e inquietantes”⁶.

Entre las consecuencias de esta negación de la Encarnación, el Papa mencionaba la pérdida “del sentido de la existencia humana”, que lleva, a su vez, a la “desesperación y a la depresión”. También hablaba de la “profunda desconfianza en la razón y en la capacidad humana para captar la verdad; incluso se pone en tela de juicio el mismo concepto de verdad”. A su vez, “ya no se aprecia ni se ama la vida; por eso avanza una cierta cultura de la muerte, con sus amargos frutos: el aborto y la eutanasia. No se valora ni se ama correctamente el cuerpo y la sexualidad humana; de ahí deriva la degradación del sexo, que se manifiesta en una ola de confusión moral, infidelidad y violencia pornográfica. Ni siquiera se ama y valora la creación misma; por eso el fantasma del egoísmo destructor se percibe en el abuso y en la explotación del medio ambiente”⁷.

¿No sentimos plenamente denunciada nuestra situación actual en este cuadro poliédrico, cuyas múltiples caras son la negación de la verdad, el rechazo de la vida, la impugnación de lo natural, la repulsa de lo sobrenatural y de lo eterno, la desesperación, el relativismo, la desolación del derecho, el triunfo de la injusticia, el reinado de lo efímero y el desentendimiento de todos los compromisos?

Hace medio siglo, la revolución de la píldora separó el amor de la procreación; luego la revolución del divorcio separó el amor de la fidelidad; al mismo tiempo, la revolución sexual separó el sexo del amor; la revolución del egoísmo separó al individuo de la sociedad y sus prójimos, incluidos sus hijos, a los que asesina con el aborto, y sus padres, a los que suprime con la eutanasia o los abandona en asilos; la revolución

⁶ Juan Pablo II, Mensaje con motivo del Capítulo General de la Orden de los Predicadores, 28 de junio de 2001.

⁷ *Ibidem*.

de la prosperidad separó el enriquecimiento de la honradez y de la justicia; la revolución del feminismo radical separa a la mujer del varón y hasta de la misma feminidad; la revolución educativa trata de separar - y casi lo ha logrado - a los hijos de sus padres, para entregárselos a un Estado totalitario y distorsionador de la mente; la revolución del género, pretende - y lo está logrando - separar la identidad sexual de la naturaleza humana, la que ya no significa nada, y de la que ni siquiera se puede hablar sin ser castigado por la sociedad ideologizada y totalitaria. ¿Qué nos queda separar y aniquilar? ¿Qué sociedad estamos construyendo?

Hasta hace treinta años una sociedad como la que acabo de describir solo se encontraba en las llamadas *distopías*. Así se llaman esas descripciones fantásticas de sociedades totalitarias donde reina el terror y se impone la negación de Dios y de todo lo natural, el antihombre, la antisociedad, la antiverdad, la antifamilia, el antiamor, la antivida; una suerte de infierno instaurado en este mundo, a veces representado con rasgos apocalípticos, pero otras vestido de colores brillantes, rodeado de avances tecnológicos y de una ciencia que ha terminado por ahogar la belleza, la poesía, el amor, la inocencia, el heroísmo, la esperanza, la alegría y la risa.

Muchos de ustedes habrán leído o al menos habrán oído hablar de novelas como *1984*, de Orwell; *Un mundo feliz*, de Huxley; *Fahrenheit 451*, de Bradbury, *Nosotros*, de Yevgueni Zamiatin, *La fe de nuestros padres*, de Philip Dick. O quizá hayan visto alguna de las muchas películas inspiradas en este tipo de distopías. ¿Les suena, por ejemplo, *Metropolis* (Fritz Lang, 1927), *The Matrix* (Wachowski, 1999), *Terminator*, (Cameron, 1984), *The City of Lost Children* (*La ciudad de los niños perdidos*, Caro y Jeunet, 1995), *Twelve Monkeys* (*Doce monos*, Gilliam, 1995), *The Hunger Games* (*Los juegos del hambre*, Ross, 2012), *The Maze Runner* (*El corredor del laberinto*, Ball, 2009), *Blade runner* (Scott, 1982; 2017), etc.? Detrás de las aventuras angustiosas y de los argumentos fantásticos y a menudo banales de estos libros y filmes, se esconde una suerte de negro presagio, una advertencia desesperada sobre la dirección catastrófica que lleva nuestra civilización. Lo peor es que algunas -o quizá muchas- de las cosas que estos relatos presentan como pesadillas del futuro, ya son parte de nuestra realidad.

Lo que ninguna de estas obras dice es lo que hemos intentado explicar más arriba: que todo se origina en el rechazo de una verdad: “Y el Verbo se hizo carne”. Sí, es así, cuando se rechaza la Encarnación,

es decir, a Jesucristo, su doctrina y su ley... todo se tambalea y se reduce a escombros; y surge una sociedad diabólica. No hay intermedios. “El que no está conmigo, está contra mí; el que no recoge conmigo, desparrama” (Mt 12,30). “Desparrama”, es decir, destruye, deshace, asola. “Cuando se borra lo sobrenatural, dijo Chesterton, nos queda solo lo antinatural”⁸.

Si el rechazo de la Encarnación es el origen de todos estos males, su aceptación lo es de todos los bienes. El Verbo se hizo carne para redimir al hombre y al mundo; asumió una naturaleza como la nuestra para entrar en el mundo como señor y rey, y conquistar todas las cosas. Y las conquista en la medida en que las asume, porque como dice San Gregorio Nacianceno, y con él muchos otros Padres de la Iglesia, lo que no es asumido por Cristo no puede ser salvado⁹. Asumir significa transformar. La Encarnación debe, pues, prolongarse hasta conquistar todas las realidades humanas y todos los hombres y mujeres. La familia, la educación, la cultura, el arte, las costumbres, la política, la economía, la ciencia, el trabajo, la milicia, las ciudades, los pueblos, las relaciones humanas, la justicia, el deporte, la amistad... todo debe ser asumido por el Evangelio de Jesucristo. Esto implica que la tarea de la Encarnación no ha terminado ni puede terminar mientras quede algo por conquistar.

*¡Mientras exista un confín
de tierra, sin adorar
al que nos vino a salvar,
la tierra no tiene fin!*

Nosotros debemos prolongar la Encarnación de Cristo, dejándonos conquistar por la Persona, la doctrina y la moral de Jesucristo; y una vez conquistados, debemos conquistar todo lo que esté a nuestro alrededor. Y no desde afuera, como quien barniza las cosas con un mero lustre cristiano, sino desde adentro, dándole a todas estas cosas una nueva alma: la del Evangelio, que es la fe y la caridad que brotan de Cristo. Mientras las realidades del mundo no sean transformadas, elevadas y perfeccionadas según los principios de Cristo, nada - o poquísimo - se habrá hecho y las semillas de muerte que hemos descrito más arriba amenazarán con dominarnos y dominar el mundo.

⁸ Gilbert K. Chesterton, *Herejes*, en: *Obras Completas*, Plaza y Janés (1967), T. I., 369.

⁹ San Gregorio Nacianceno, *Epístola* 101.

Es una gigantesca tarea. Difícil. Pero posible, muy posible. Porque no es obra nuestra sino de Dios. Sabemos que será así. Está profetizado. Al final el Cordero triunfará y hará reinar esa Ciudad suya, fruto de la Encarnación. De ella nos dice el libro sagrado del Apocalipsis que “no habrá en ella maldición alguna; el trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad y los siervos de Dios le darán culto. Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente. Noche ya no habrá; no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos” (Ap 22,3-5).

Pero no todos entrarán en ella, solo “los que laven sus vestiduras [en la Sangre del Cordero], [ellos] podrán disponer del árbol de la Vida y entrarán por las puertas en la Ciudad” (Ap 22,14). Los otros quedarán afuera: “¡Fuera los perros, los hechiceros, los impuros, los asesinos, los idólatras, y todo el que ame y practique la mentira!” (Ap 22,15).

La tarea que tenemos es tratar de convertir a todos y transformar todo para que la Ciudad de Dios, el Cielo de los bienaventurados, esté abarrotado de todos los que vino a salvar el Verbo que por nosotros y ellos se hizo carne.

Esta es la misión, el objetivo, la labor para la que hemos sido llamados a esta familia religiosa, como consagrados o como laicos, como individuos y como familias.

Dios nos dé a todos la gracia de acompañarlo hasta el fin en esta empresa divina.

Español

EL CARISMA DEL INSTITUTO
DEL VERBO ENCARNADO

Autor: P. Gonzalo Ruiz, IVE

Lengua original: italiano

Roma (Italia) 31 de julio de 2019

Español

1. El carisma de un instituto religioso

Antes de desarrollar el tema del carisma de la Familia Religiosa del Verbo Encarnado es necesario explicar la palabra “carisma”¹ en sí misma.

La palabra *carisma* es a la vez una palabra antigua y nueva; se utiliza tanto en el lenguaje religioso como en el profano. Hoy en día es común en el lenguaje corriente, particularmente en el eclesiástico y en los institutos de vida consagrada. Pero lo importante es el concepto que encierra la palabra. De hecho, aunque por largo tiempo no haya sido utilizada para definir la particular vocación en la iglesia, que es la vida consagrada, la realidad ha existido siempre, porque es parte integrante de la misma naturaleza de la Iglesia.

¹ Sigo en este punto V. De Paolis, *El carisma y los carismas de la vida consagrada*; y también “Participación de los laicos al carisma de los institutos religiosos”, en *Informationes SCRIS* 24 (1998) 72-108.

La palabra “carisma” es desconocida en el lenguaje bíblico del Antiguo Testamento, pero está presente, aunque de manera limitada, en el Nuevo Testamento, particularmente en las cartas del Apóstol San Pablo, donde la utiliza dieciséis veces (y una vez en 1Pe 4, 10)².

La palabra es claramente de origen griego, proviene de *charis*, que significa “gracia”, don gratuito, don dado por benevolencia³. San Pablo la usa siempre en este sentido, pero en la gran mayoría de los casos es remarcado el aspecto esencial: el carisma es un don gratuito de Dios (del Espíritu Santo) para la edificación de la Iglesia. Es, por lo tanto, una gracia que beneficia, no solo al que la recibe, sino también y principalmente a toda la Iglesia⁴.

Al menos tres veces San Pablo presenta listas de carismas. Leamos los textos:

- **1 Cor 12,8-10:** *Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas.*

-
- 2 Los textos en los que se encuentra la palabra *carisma* en San Pablo son los siguientes: Rom 1,11: *Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados*; Rom 5, 15.16: *Pero el don no fue como la transgresión... Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó... pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación*; Rom 6,23: *Porque la paga del pecado es muerte, más la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro*; Rom 11,29: *Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios*; Rom 12,5: *De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada*; 1 Cor 1, 4-7: *Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en Él, en toda palabra y en toda ciencia; así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo*; 1 Cor 7,7: *Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo; pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno a la verdad de un modo, y otro de otro*; 1 Cor 12,4: *hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo*; 1 Cor 12,9: *a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu*; 1 Cor 12,28 *después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas*; 1 Cor 12,30.31: *¿Tienen todos dones de sanidad?... Procurad, pues, los dones mejores*; 2 Cor 1,11: *... cooperando también vosotros a favor nuestro con la oración, para que por muchas personas sean dadas gracias a favor nuestro por el don concedido a nosotros por medio de muchos*; 1 Tim 4,14: *No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio*; 2 Tm 1,6: *Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos.*
 - 3 Cf. H. ESSER, “Gracia”, en *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, Salamanca 1990, Vol. II, 236-243; A. Vanhoye, *Los Carismas en el Testamento*, Roma 2002, 18-28.
 - 4 En teología se habla de gracias “*gratis datae*”, para distinguirlas de las gracias “*gratum faciens*” (es decir, que santifican a quien las recibe).

- **1 Cor 12,28-30:** *Y a unos puso Dios en la iglesia, primero los apóstoles, luego los profetas, en tercer lugar, los maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas. ¿Son todos apóstoles? ¿son todos profetas? ¿todos maestros? ¿hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones de sanidad? ¿hablan todos lenguas? ¿interpretan todos?*
- **Rom 12, 6-8:** *De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría.*

El apóstol no ha querido ofrecer una lista definitiva y completa de estos dones. Él ve en estos carismas la manifestación de la única gracia del Espíritu, ofrecida gratuitamente a cada individuo para el servicio y la edificación de la Iglesia, para el crecimiento del Cuerpo de Cristo (Cf. 1 Cor 14, 12; Rm 12 e 1 Cor 12).

Dice De Paolis: “San Pablo distingue diversos tipos de carismas: a veces se refiere de modo general a un don gratuito de Dios, otras veces a dones muy precisos y específicos, como la evangelización, la enseñanza, el gobierno, la profecía, las curaciones, los milagros, la glosolalia. Sin embargo, *la virginidad* también es considerada por Pablo un carisma, en cuanto a don de Dios dado a algunos y no a otros. En la carta a Timoteo se le llama *carisma* a la imposición misma de las manos. Se puede revelar también que tales dones son más o menos importantes para la edificación de la comunidad. Tales dones son ofrecidos a individuos particulares, pero para el bien de la comunidad. San Pablo, además, habla de los carismas más o menos importantes, y llama *carisma*, al menos indirectamente, a la *caridad* misma (1 Cor 12,30). Es más, a menudo después de la lista de los carismas sigue la recomendación de la caridad, como realidad profunda, que da sentido y autenticidad a los carismas mismos. Más aún, la caridad es el carisma más grande que da sentido a los demás (1 Cor 13, 1ss)”.

De estas observaciones se ve que la palabra tiene una gran amplitud de significados. Todos los carismas son dones libres y gratuitos de Dios a una persona, pero algunos son dones que *Dios asegura de manera estable y permanente a su Iglesia*, justamente porque son necesarios para su edificación. Así, por ejemplo, el orden sagrado, la enseñanza y la vida consagrada, pertenecientes a la naturaleza y santidad de la Iglesia, como enseña la *Lumen Gentium* y que, por lo tanto, no faltarán nunca a la Iglesia.

De modo que estos dones de Dios no son dones para el bien privado, sino de la comunidad; de toda la Iglesia. No son talentos personales, es decir, dotes naturales inherentes a la persona, sino dones concedidos a una persona para el bien de la comunidad sobrenatural, por la tanto, la Iglesia. Concluye De Paolis: “Desde este punto de vista, la palabra *carisma* entra en el lenguaje religioso de Pablo para indicar una realidad bien precisa. Se trata de los dones dados por Dios a personas singulares para la edificación de la Iglesia. Sin embargo, no se puede negar que tales dones se insieren en la personalidad de cada individuo. Por ello, estos no se pueden obtener con el esfuerzo humano, ni siquiera de la potestad jerárquica de la Iglesia”. Vienen exclusivamente de lo alto.

2. *Carisma de la vida consagrada y carismas de los institutos.*

En los documentos del Magisterio reciente, a partir del Concilio Vaticano II, la palabra *carisma* se utiliza para designar la naturaleza de la vida consagrada, ya sea en sí misma (la vida consagrada considerada como don de Dios para la edificación de la Iglesia, don querido por Jesucristo que, así, ha dejado a la Iglesia el modo de vida que Él eligió para sí, para su Madre y para sus discípulos), como en el modo en que este carisma más universal se concretiza en los diferentes institutos religiosos a partir de la inspiración recibida por un fundador⁵. Es decir, la palabra *carisma* se usa tanto para expresar la vida consagrada misma como un don de Dios a la Iglesia, como para indicar lo que es propio de un determinado instituto, y que lo distingue de los demás institutos⁶.

5 Por ejemplo, *Mutuae Relationes* n. 11 dice: “El carisma mismo de los Fundadores se revela como una experiencia del Espíritu (Evang. nunt. 11), transmitida a los propios discípulos para ser por ellos vivida, custodiada, profundizada y desarrollada constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo en crecimiento perenne. Por eso la Iglesia defiende y sostiene la índole propia de los diversos Institutos religiosos... La índole propia lleva además consigo, un estilo particular de santificación y apostolado que va creando una tradición típica cuyos elementos objetivos pueden ser fácilmente individuados”. La exhortación apostólica *Redemptionis donum* dice: “Es difícil describir, más aún enumerar, de qué modos tan diversos las personas consagradas realizan, a través del apostolado, su amor a la Iglesia. Este amor ha nacido siempre de aquel don particular de vuestros Fundadores, que recibido de Dios y aprobado por la Iglesia, ha llegado a ser un carisma para toda la comunidad. Ese don corresponde a las diversas necesidades de la Iglesia y del mundo en cada momento de la historia, y a su vez se prolonga y consolida en la vida de las comunidades religiosas como uno de los elementos duraderos de la vida y del apostolado de la Iglesia. En cada uno de estos elementos, en todo campo - tanto en el de la contemplación fecunda para el apostolado como en el de la acción directamente apostólica- os acompaña la bendición constante de la Iglesia” (n. 15).

6 Sigo principalmente también en este punto al Cardenal Velasio De Paolis, *op. cit.* y también *La vida consagrada en la Iglesia*, Madrid 2011.

Fue San Pablo VI quien introdujo esta doble acepción en los textos magistrales en *Evangelica testificatio*: “Sólo así podréis despertar de nuevo los corazones a la verdad y al amor divino, según el carisma de vuestros fundadores, suscitados por Dios en su Iglesia. No de otra manera insiste justamente el Concilio sobre la obligación, para religiosos y religiosas de ser fieles al Espíritu de sus fundadores, a sus intenciones evangélicas, al ejemplo de su santidad, poniendo en esto uno de los criterios más seguros para aquello que cada Instituto debería emprender. El carisma de la vida religiosa, en realidad, lejos de ser un impulso nacido *de la carne y de la sangre*, u originado por una mentalidad que *se conforma al mundo presente*, es el fruto del Espíritu Santo que actúa siempre en la Iglesia”⁷.

3. *El patrimonio de un instituto religioso*

El Código de Derecho Canónico no utiliza la palabra “carisma” para indicar los institutos de vida consagrada, sea por la amplitud de su significado (como hemos visto en San Pablo) como por el uso corriente en los distintos sentidos. En cambio, utiliza la palabra “patrimonio” (c. 578) para indicar la misma realidad del carisma. En este sentido, la palabra *patrimonio* define el carisma en un sentido jurídico que la misma palabra no posee. El patrimonio es definido así: “La mente y propósitos de los fundadores, corroborados por la autoridad eclesiástica competente, acerca a la naturaleza, fin, espíritu y carácter de cada instituto, así como también sus sanas tradiciones”.

La vida consagrada, de hecho, se realiza y es vivida dentro de un instituto de vida consagrada (cf. can. 573 § 2). La profesión de los consejos evangélicos es insertada así en un proyecto de vida evangélico, y este proyecto constituye un *patrimonio o carisma* (cf. can. 578).

El carisma o patrimonio es un proyecto de vida evangélico: cada instituto de vida consagrada es un proyecto evangélico de vida; tiene su origen en Dios, que se sirve de la mediación de una persona humana, llamada fundador. Tal proyecto de vida se presenta a la Iglesia, la cual, después de haberlo examinado, lo aprueba si lo considera auténtico, y lo propone, después de que haya sido codificado como regla de vida, normalmente en las Constituciones del Instituto, como un camino seguro de santidad.

7 Exhortación apostólica *Evangelica testificatio* (29 de junio de 1971), 11.

Este proyecto de vida se llama evangélico, porque contiene y propone la forma de vida de Jesús, casta y pobre, que con su obediencia redimió al mundo; es la forma de vida que Jesús eligió para sí mismo, que quiso para su Madre e indicó a sus discípulos (Cf. LG, 44, 46). Por lo tanto, tiene como regla suprema el *seguimiento de Cristo*, según el Evangelio y las Constituciones (cf. can. 662).

Este proyecto de vida tiene, sin embargo, una originalidad propia, que viene del Espíritu Santo, una propia *finalidad*, una propia índole y espiritualidad, un propio *estilo de vida*, de *apostolado* y de *santificación*. Esto es lo que diferencia a un instituto de los demás.

El patrimonio o carisma o proyecto evangélico tiene una dimensión colectiva. Porque no es propiamente el carisma del fundador, sino el resultado del mismo, una vez que la experiencia religiosa del fundador ha sido transmitida a la comunidad querida por él; y de él participan todos los que reciben de Dios la vocación de formar parte del Instituto. Y de este punto pueden participar también los laicos, especialmente en los institutos que prevén una Tercera Orden. Es propio de los religiosos la identificación con el modo de vida de Cristo con la característica de la totalidad; mientras que los laicos pueden participar del carisma, patrimonio o proyecto de vida evangélico según grados. Participar significa justamente “tomar parte” de mayor o menor modo.

Elementos del carisma del instituto según los documentos de la Iglesia. El Código de Derecho Canónico menciona la mente y el propósito de los fundadores acerca de la *naturaleza*, el *espíritu*, la *finalidad*, el *carácter propio* o índole de cada instituto, y las sanas tradiciones como elementos del *patrimonio* espiritual de un instituto. Estos elementos, por lo tanto, constituyen el contenido de un carisma particular, y son el fundamento del sentido de identidad, que es un elemento clave para salvaguardar la fidelidad de cada instituto religioso. Son elementos que podrán desarrollarse y evolucionar, pero nunca cambiar. Son los elementos a los cuales los miembros tienen que referirse siempre si quieren mantenerse fieles al espíritu o carisma del fundador, que ha sido el mediador a través del cual el Espíritu ha suscitado una familia religiosa particular para el bien y la edificación de toda la Iglesia.

- *La naturaleza:* La naturaleza pone al Instituto en un tipo de vida consagrada: monástica, apostólica o secular, clerical o laical.
- *El fin:* viene dado por todo aquello que el fundador presenta como objetivo del Instituto, ya sea respecto a Dios, o respecto al prójimo.

El fin tiene presente principalmente a los medios que se tienen que adoptar, y no se identifica con la actividad concreta, aún si la comprende. Se trata más bien de la dirección hacia la cual se dirige toda la actividad, que puede variar según los diversos tiempos y circunstancias, pero siempre en la misma línea. El fin es fijado por el fundador en cuanto Padre o legislador⁸. Comprende tanto el modo propio de vivir los consejos evangélicos como la actividad apostólica (en un instituto de vida apostólica).

- *El espíritu*: El espíritu de un Instituto no es de fácil definición, aunque no sea difícil entender qué es⁹. Se puede decir que el Espíritu de un Instituto no es solamente su espiritualidad, a menos que se llame espiritualidad a todo aquello que anima la vida del Instituto¹⁰. El Espíritu de un Instituto es la vida que un fundador le infunde, comprendiendo también la espiritualidad¹¹.
- *El carácter* [en latín índole]¹²: Se puede decir que este término incluye los tres elementos anteriores, confiriendo al instituto una identidad particular. Se puede traducir como carácter, pero el término latino dice mucho más¹³. Cada Instituto tiene una índole y un fin propios.
- *Las sanas tradiciones*: Deben tener una relación con los elementos del patrimonio. No cualquier hábito, aun si es bueno, tiene que ser considerado como una tradición sana que forma parte del carisma. Dice un autor que se trata de la misma experiencia original vivida aún una vez, custodiada en fidelidad creadora, profundizada y ya desarrollada en la comunidad de los discípulos¹⁴. Supone, por lo tanto, un enriquecimiento, una evolución y explicitación de algunas de las virtualidades internas. En todo caso, el juicio de la Iglesia es el criterio último y decisivo en el momento de juzgar si una tradición es sana o no lo es¹⁵.

8 Cf. J. Lozano, *El fundador y su familia religiosa*, 17-18. 22: «Fijar el fin para las antiguas órdenes, fue simplemente proponer de hecho un modo de vivir cristiano. A partir del siglo XII, cuando la vida religiosa comenzó a destacarse, surgieron los diversos institutos diferenciándose en su fin específico, fijado por el fundador».

9 Cf. E. Gambari, *Los religiosos en el código*, 36.

10 Cf. J. Beyer, *El derecho de la vida consagrada*, 69.

11 Cf. J. Lozano, *El fundador y su familia religiosa*, 36.

12 Por ejemplo, en el Código de Derecho Canónico latín-español de EUNSA, en el can. 642 se traduce índole por *carácter*.

13 Cf. J. Beyer, *El derecho de la vida consagrada*, 69-70

14 Cf. E. Sastre Santos, "Sobre los *Principia Directiva*", 224.

15 Cf. V. De Paolis, *La vida consagrada en la Iglesia*, 99.

4. *El carisma o patrimonio del Instituto del Verbo Encarnado*

En el caso de nuestra Familia Religiosa, el misterio central que define nuestro *carisma* o *patrimonio* es el misterio de la Encarnación del Verbo. Siguiendo nuestras Constituciones y también aquello que fue deliberado en el V Capítulo general del Instituto (año 2007) debemos distinguir un elemento esencial central y otros elementos añadidos que nosotros consideramos “no negociables”¹⁶.

a) Elemento esencial

Este viene plasmado en los números 30-31 de nuestras *Constituciones*: “Por el carisma propio del Instituto, todos sus miembros deben trabajar, en suma docilidad al Espíritu Santo y dentro de la impronta de María, a fin de enseñorear para Jesucristo todo lo auténticamente humano, aún en las situaciones más difíciles y en las condiciones más adversas.

Es decir, es la gracia de saber cómo obrar, en concreto, para prolongar a Cristo en las familias, en la educación, en los medios de comunicación, en los hombres de pensamiento y en toda otra legítima manifestación de la vida del hombre. Es el don de hacer que cada hombre sea ‘como una nueva Encarnación del Verbo’¹⁷, siendo esencialmente misioneros y marianos”¹⁸.

Está aquí incluida, principalmente, la profesión de votos de castidad, pobreza obediencia y esclavitud mariana que constituye los miembros profesados como religiosos del Verbo Encarnado. Pero esto es también el corazón, el centro de toda nuestra espiritualidad (reproducir en nosotros el misterio del Verbo Encarnado, intentando convertirnos en otra humanidad suya para la propia santificación y para el bien de las almas), y también el centro de nuestro fin específico como Instituto, que es la evangelización de la cultura. Y es que como “cultura” significa toda actividad del hombre en cuanto tal, que lo perfecciona en cuanto hombre, sobre todo las manifestaciones de la vida del espíritu. Como miembros de esta particular familia religiosa a nosotros nos toca llevar la gracia a cada actividad del hombre, sin excluir ninguna, para que en todas las actividades del hombre reine Cristo, el Verbo Encarnado. Respecto a esto, es esencial el célebre principio de los Padres de la Iglesia, utilizado por San

¹⁶ Sigo C. Buela, *Juan Pablo Magno*, IVE Press, New York 2011, 517-540.

¹⁷ Santa Isabel de la Trinidad, *Elevación* 33.

¹⁸ *Constituciones*, 30-31.

Ireneo de Lyon, pero no solamente, y citado en el Concilio Vaticano II, en el Decreto *Ad gentes*, n°3: “no está sanado lo que no ha sido asumido por Cristo”¹⁹. El principio hace referencia a la naturaleza humana del Verbo Encarnado, que es perfectísima (Él es perfecto hombre) y fue asumida por el Verbo así, en su perfección e integridad, para ser completamente redimida. De modo que todo aquello que es auténticamente humano ha sido asumido por Dios en la Encarnación del Verbo. Del mismo modo tenemos que actuar nosotros, primero sobre nosotros mismos, dejándonos transformar por la gracia, pero después también llevando el evangelio, que es justamente la vida de la gracia de Dios, a todos los hombres, sin excluir a nadie, a todo el hombre, sin excluir nada, y a todas las manifestaciones de la vida del hombre. Citando a S. Juan Pablo II nuestro derecho propio dice: “Se ha de llevar adelante una renovada pastoral de la cultura, pues la cultura constituye el lugar de encuentro privilegiado con el mensaje de Cristo. Pues ‘una fe que no se convierte en cultura es una fe no acogida en plenitud, no pensada en su totalidad, no vivida con fidelidad’²⁰”²¹.

Los padres capitulares en el año 2007 se expresaban, al respecto, del siguiente modo: “Juan Pablo II ha dicho muchas veces que una característica del mundo de hoy es la incompreensión del misterio de la Encarnación [...]; lo propio nuestro está en la focalización en el misterio de la Encarnación: así como el Verbo, al asumir la naturaleza humana, se unió en cierto modo a todo hombre, así también nosotros queremos hacer también en nuestra vida y en nuestros apostolados, de tal suerte que ninguna obra de apostolado nos es ajena, precisamente porque nada de lo auténticamente humano nos es ajeno”²².

Por ello, tenemos que llevar la novedad de Cristo no solamente a los hombres en singular, sino también a la sociedad civil, donde Él tiene que reinar. La vida social de hecho es natural al hombre, que es un “animal social”, como ya lo definía Aristóteles²³. Un ser, es decir, que vive en sociedad.

19 En el texto conciliar se cita, en la nota 15, a estos Padres: San Atanasio, *Ep. ad Epictetum* 7: PG 26,1060; San Cirilo de Jerusalén, *Catec.* 4,9: PG 33,465; Mario Victorino, *Adv. Arium* 3,3: PL 8,1101; San Basilio, *Epist.* 261,2: PG 32,969; San Gregorio Nacienceno, *Epist.* 101: PG 37,181; San Gregorio Niceno, *Antirretheticus, Adv. Apollin.* 17: PG 45,1156; San Ambrosio, *Epist.* 48,5: PL 16,1153; San Agustín, *In Ioan. Ev. tr.* 23,6: PL 35,1585; CChr. 36,236; y otros.

20 S. Juan Pablo II, *Carta autógrafa por la que se instituye el Consejo Pontificio de la Cultura* (20 de mayo de 1982).

21 *Directorio de Evangelización de la Cultura*, 241.

22 *Notas del V Capítulo General*, 7 y 8.

23 *Política*, I, 1253.

Es un gran daño para cada hombre en particular que el cristianismo sea limitado solo al ámbito privado, a las sacristías. Cristo tiene que reinar y por ello deben estar impregnados de los valores evangélicos las sociedades intermedias (escuelas, municipios, club, asociaciones, etc.) y el estado mismo que, si bien tiene sus fines propios que tienen que ser razonables, es decir, conformes a la naturaleza humana (a la ley natural), tiene que estar también subordinado al orden sobrenatural en cuanto los ciudadanos están destinados a alcanzar su perfección y salvar sus almas.

Citando a San Juan Pablo II se dice en nuestro derecho propio: “Precisamente el fundamento de la evangelización de la cultura es el misterio del Verbo Encarnado. ‘El término aculturación o inculturación, por muy neologismo que sea, expresa de maravilla uno de los elementos del gran misterio de la Encarnación’^{24,25} .

Así el misterio de la Encarnación ilumina toda nuestra espiritualidad y actividad. Dice nuestro derecho propio que ante la humanidad de Jesús nosotros tenemos que intentar “practicar con intensidad las virtudes del anonadamiento: humildad, justicia, sacrificio, pobreza, dolor, obediencia, amor misericordioso..., en una palabra; tomar la cruz”²⁶ [...] Es decir, en el marco del anonadamiento de Cristo en su encarnación redentora: ‘Su fidelidad al único Amor (de la persona consagrada) se manifiesta y se fortalece en la humildad de una vida oculta, en la aceptación de los sufrimientos para completar lo que en la propia carne falta a las tribulaciones de Cristo (Col 1, 24), en el sacrificio silencioso, en el abandono a la santa voluntad de Dios, en la serena fidelidad incluso ante el declive de las fuerzas y del propio ascendiente. De la fidelidad a Dios nace también la entrega al prójimo’^{27,28} .

a) Elementos añadidos no negociables del carisma del IVE

Hay además numerosos elementos que consideramos como parte de nuestro carisma y que tienen que ser vividos por todos, pero por cada uno según el propio estado. En plenitud o totalidad son vividos por los religiosos que han hecho la profesión de votos justamente para imitar la vida de Jesús, el Verbo Encarnado. Pero en parte, es decir, de modo

24 S. Juan Pablo II, *Discurso a la Pontificia Comisión Bíblica* (26 de abril de 1979)

25 *Directorio de Vida Consagrada*, 336.

26 *Constituciones*, 11.

27 *Exhortación apostólica postsinodal Vita Consacrata*, 24.

28 *Directorio de Vida Consagrada*, 225.

participado, tienen que ser vividos por los miembros de la Tercera Orden. Estos elementos fueron estudiados y determinados en el Quinto Capítulo General del Instituto (año 2007). En cada elemento citaremos textos de nuestro derecho propio, que recurre mucho al magisterio de S. Juan Pablo II.

1. *La digna celebración de la Santa Misa*²⁹

“Hemos de caracterizarnos por la importancia que se le debe dar a la celebración de la Santa Misa, así como por el modo reverente de celebrarla. Por eso, el énfasis que se le debe dar a la vida litúrgica en el Instituto”³⁰. “Es una característica nuestra la marcada devoción eucarística”³¹. Nuestros sacerdotes deben ser maestros en el *ars celebrandi* (nuestros religiosos hermanos y nuestras religiosas y nuestros laicos tienen que esforzarse en vivir siempre de modo más perfecto el *ars participandi*).

Dice nuestro derecho propio, citando principalmente a S. Juan Pablo II: “Nuestras liturgias deben ser vívidas y vividas. Vívidas, o sea, vivaces, con fuerza, eficaces, brillantes. Vividas, es decir, que tengan vida, que sean una inmediata experiencia de Cristo sacramentado. En efecto, «la liturgia debe fomentar el sentido de lo sagrado y hacerlo resplandecer. Debe estar imbuida del espíritu de reverencia y de glorificación de Dios»³²³³.

“La participación de todos los bautizados en el único sacerdocio de Jesucristo es la clave para comprender la exhortación del Concilio a “la participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas”³⁴³⁵.

²⁹ *Notas del V Capítulo General*, 5.

³⁰ *Notas del V Capítulo General*, 14.

³¹ *Notas del V Capítulo General*, 14.

³² San Juan Pablo II, *Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo 1986*, 8 (16 de marzo de 1986); cf. Sínodo extraordinario de Obispos de 1985, *Relación final*.

³³ *Directorio de Vida Litúrgica*, 4; cf. San Juan Pablo II, *Carta Dominici Coenae*, 8 (24 de febrero de 1980); *Directorio de Vida Litúrgica*, 13.

³⁴ San Juan Pablo II, *Discurso a los Obispos de los Estados Unidos en visita “Ad limina Apostolorum”*, 3 (9 de octubre de 1998).

³⁵ *Directorio de Vida Litúrgica*, 25. Sobre los silencios y el comportamiento de adoración en la liturgia se vea el *Directorio de Vida Litúrgica*, 63, donde viene citado San Juan Pablo II, *Discurso a los Obispos de los Estados Unidos en visita “Ad limina Apostolorum”*, 3 (9 de octubre de 1998).

2. *Una espiritualidad seria (“no sensible”): es un hecho que nosotros deseamos una espiritualidad seria que es, por ejemplo, visible en la predicación de los Ejercicios Espirituales Ignacianos*³⁶

Nuestra espiritualidad tiene que trascender de lo meramente sensible, nuestros miembros tienen que estar dispuestos a pasar por las purificaciones del alma (las “noches oscuras”). Por ello, tenemos como maestros espirituales a los grandes Doctores y Maestros espirituales. Dicen nuestras *Constituciones*: “Queremos formar hombres virtuosos (de “vir” y de “vis”: que tengan la fuerza del varón) según la doctrina de los grandes maestros de la vida espiritual, especialmente: San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola, San Luis María Grignon de Montfort, Santa Teresa del Niño Jesús, de todos los santos de todos los tiempos que la Iglesia propone como ejemplares para que imitemos sus virtudes”³⁷.

Una espiritualidad semejante, válida en todo tiempo, lo es particularmente hoy, en un mundo y en una situación eclesial que requiere mucho discernimiento. Enseña San Juan Pablo II, citado por nuestro derecho propio: “De manera particular, vale lo dicho para la evangelización de la cultura, que exige de nosotros una espiritualidad con matices peculiares: ‘ello pide un modo nuevo de acercarse a las culturas, actitudes y comportamientos para dialogar con profundidad con los ambientes culturales y hacer fecundo su encuentro con el mensaje de Cristo. Y de parte de los cristianos responsables, esta obra exige una fe esclarecida por la reflexión continua que se confronta con las fuentes del mensaje de la Iglesia, y un discernimiento espiritual constante procurado en la oración’³⁸, no olvidando nunca que ‘la verdadera inculturación es **desde dentro**: consiste, en último término, en una revolución de la vida bajo la influencia de la gracia’³⁹⁴⁰.

³⁶ *Notas del V Capítulo General*, 5.

³⁷ Párrafo 212.

³⁸ S. Juan Pablo II, *Alocución a los obispos de Zimbabwe*, 7 (2 de julio de 1988).

³⁹ S. Juan Pablo II, *Alocución a los obispos de Zimbabwe*, 7 (2 de julio de 1988).

⁴⁰ *Directorio de Espiritualidad*, 51.

3. *La docilidad al Magisterio*⁴¹ vivo de la Iglesia de todos los tiempos

Dicen nuestras Constituciones: “Para ello tomamos, especialmente, como elementos fundamentales para impregnar con el Evangelio las culturas, las enseñanzas de la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II⁴²; las Exhortaciones Apostólicas *Evangelii nuntiandi*⁴³ y *Catechesi Tradendae*⁴⁴; el discurso del Papa Juan Pablo II a la UNESCO⁴⁵ y otros sobre el mismo tema⁴⁶; el Documento de Puebla⁴⁷, la Carta Encíclica *Slavorum Apostoli*, la Carta Encíclica *Redemptoris missio*, la Exhortación Apostólica Postsinodal *Pastores dabo vobis*, n° 55, c; y todas las futuras directivas, orientaciones y enseñanzas del Magisterio ordinario de la Iglesia que puedan darse en el futuro sobre el fin específico de nuestra pequeña familia religiosa”⁴⁸.

Es este, en parte, el objetivo por el cual muchos de nuestros sacerdotes vienen a estudiar a Roma. Así expresan nuestras Constituciones: “La formación en Roma implica alcanzar un espíritu romano, que ‘supone una corona de virtudes: apertura universal, fidelidad al magisterio, espíritu misionero, longanimidad y magnanimidad’⁴⁹. ‘Vuestra situación os permite vivir la realidad sobrenatural de la comunión con la Iglesia de Roma y con el Obispo de Roma’⁵⁰... “Significa ser testigos, día a día, de la tradición viva de la fe tal como es proclamada por la Sede de Pedro”⁵¹⁵²

41 *Notas del V Capítulo General*, 5.

42 Segunda Parte, cap. 2, 53-62.

43 Cf. San Pablo VI, *Exhortación apostólica Evangelii nuntiandi*, 20 (8 de diciembre de 1975).

44 S. Juan Pablo II, *Exhortación apostólica Catechesi Tradendae*, 53 (16 de octubre de 1979).

45 S. Juan Pablo II, *Discurso a los representantes de las Organizaciones Internacionales Católicas para la educación, la ciencia y la cultura* (2 de junio de 1980).

46 S. Juan Pablo II, *Alocución a los obispos del Zaire reunidos en Kinshasa* (3 de mayo de 1980); *Discurso a la Conferencia Episcopal en Kenia, Nairobi* (7 de mayo de 1980); *Alocución a los obispos en la Catedral de Delhi, India* (1 de febrero de 1986); *Alocución a los fieles durante la Celebración de la Palabra, en el campo de Chambacú, Cartagena, Colombia* (6 de julio de 1986).

47 Cf. III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Documento de Puebla* (1979) 385-443.

48 *Constituciones*, 27.

49 S. Juan Pablo II, *Homilía durante el rezo de Vísperas en el Colegio Capránica de Roma*, 5 (21 de enero de 1992).

50 S. Juan Pablo II, *Discurso al Pontificio Colegio Norteamericano de Roma con motivo del 125° Aniversario de su fundación*, 2 (15 de octubre de 1984).

51 *Ibidem*.

52 *Constituciones*, 265.

4. Es nuestra clara intención el seguir a Santo Tomás de Aquino, como manda la Iglesia. Y, en este marco, a los mejores tomistas, como el P. Cornelio Fabro⁵³. “Santo Tomás tiene una importancia central en nuestra formación”⁵⁴

“Buscar la verdad, descubrirla y alegrarse de haberla encontrado -decía Juan Pablo II- es una de las aventuras más emocionantes de la vida”⁵⁵⁵⁶. Pues bien, “Ejemplo de esta búsqueda y paradigma del estudioso es la vida y la personalidad misma de Santo Tomás, ‘príncipe de la filosofía y la teología, como suelen llamarlo los Papas’⁵⁷: ‘El Aquinate invita a todos los hombres a buscar incansablemente la verdad, porque sólo investigándola con insistencia se llega a la comprensión de la realidad y de aquél que es su autor: ‘y así, en efecto la mente humana debe siempre moverse más y más aún hacia el conocimiento de Dios según el modo propio’⁵⁸⁵⁹⁶⁰.

“También en este sentido Santo Tomás se presenta como ejemplo del investigador: ‘Imitando el ejemplo de aquel que se preparaba para el encuentro con su Señor a través del ayuno, la penitencia y las lágrimas, todo buscador de Dios debe avanzar por el camino de la virtud y la contemplación, ascesis necesaria para educar la inteligencia y purificar las pasiones, con fidelidad, obediencia y ‘según el sentir de la Iglesia’⁶¹⁶².

“Debemos hacer nuestras aquellas palabras que dirigía Juan Pablo II a los dominicos: ‘Aliento hoy a los hermanos predicadores (...) a convertirse en discípulos verdaderos de Santo Tomás, capaces de afrontar las *quaestiones disputatae*, y a dialogar con cuantos están alejados de la fe y de la Iglesia, sin que ello signifique reemplazar esta ciencia por excelencia, que es la teología, con una ciencia profana. Gracias al estudio asiduo de la obra monumental del Doctor angélico, el pensamiento cristiano adquiere un

53 *Notas del V Capítulo General*, 5.

54 *Notas del V Capítulo General*, 16.

55 S. Juan Pablo II, *Discurso a los jóvenes en Kampala*, (19 de febrero de 1993).

56 *Directorio de Formación Intelectual*, 5.

57 S. Juan Pablo II, *Carta con ocasión del primer centenario de la “Revue Thomiste”* (11 de marzo de 1993).

58 “[...] et sic etiam humana mens debet semper moveri ad cognoscendum de Deo plus et plus secundum modo”; *In lib. Boetii de Trinitate*, q.II, a.1.

59 S. Juan Pablo II, *Carta con ocasión del primer centenario de la “Revue Thomiste”*, (11 de marzo de 1993).

60 *Directorio di Formación Intelectual*, 8.

61 S. Juan Pablo II, *Carta con ocasión del primer centenario de la “Revue Thomiste”* (11 marzo del 1993).

62 *Directorio de Formación Intelectual*, 24.

método riguroso e instrumentos conceptuales que le permiten penetrar la profundidad de la doctrina sagrada y desarrollar una reflexión que tenga en cuenta la existencia y las perfecciones divinas, en el límite de lo que la razón humana puede llegar a conocer⁶³64.

5. “La creatividad apostólica”⁶⁵ y misionera

“Debemos acogernos de una manera particular al pedido del Papa Juan Pablo II de ‘que los fieles laicos estén presentes, con la insignia de la valentía y de la creatividad intelectual, en los puestos privilegiados de la cultura, como son el mundo de la escuela y de la universidad, los ambientes de investigación científica y técnica, los lugares de la creación artística y de la reflexión humanista’⁶⁶, llevando a cada campo peculiar mediante las riquezas originales del Evangelio y de la Fe, la Redención obrada por Jesucristo”⁶⁷.

“Para nosotros el trabajo pastoral es cruz, no motivo de escapismo; por eso nunca hay que caer en el estéril activismo: ‘la actividad para el Señor no debe hacer olvidar a Aquél que es el Señor de la actividad’⁶⁸69.

[...] La pastoral debe proponer infatigablemente a Jesucristo plenitud de toda vida y cultura auténticamente humanas. ‘Porque el Evangelio conduce la cultura a su perfección, y la cultura auténtica está abierta al Evangelio. (...) El Evangelio lejos de poner en peligro o de empobrecer las culturas, les da un suplemento de alegría y de belleza, de libertad y de sentido, de verdad y de bondad’⁷⁰71.

6. La fuerte vida comunitaria y el ambiente de alegría⁷²

La alegría es una realidad que siempre ha caracterizado nuestro modo de vivir desde los inicios, y por ello está presente ya sea en las Constituciones como en el Directorio de Espiritualidad:

63 S. Juan Pablo II, *Carta con ocasión del primer centenario de la “Revue Thomiste”* (11 de marzo de 1993).

64 *Directorio de Formación Intelectual*, 51.

65 *Notas del IV Capítulo General*, 5.

66 S. Juan Pablo II, *Exhortación apostólica postsinodal Christifideles Laici*, 44 (14 de marzo de 1997).

67 *Directorio de la Tercera Orden Secular*, 383.

68 S. Juan Pablo II, *Allocución en Roma a la Unión internacional de Superiores Generales*, 4 (22 de mayo de 1986).

69 *Constituciones*, 156.

70 S. Juan Pablo II, *Discurso a los participantes de la Asamblea plenaria del Pontificio Consejo de la Cultura* (14 de marzo de 1997).

71 *Directorio de Evangelización de la Cultura*, 242.

72 *Notas del IV Capítulo General*, 5.

“Respecto a la alegría, como fruto del Espíritu Santo y efecto de la caridad, hay que tratar, por todos los medios, que ‘nadie sea disturbado o entristecido en la casa de Dios’⁷³. Para ello es totalmente imprescindible vivir la caridad fraterna: ‘Esto es: *tengan por más dignos a los demás* (Rom 12, 10); soporten con paciencia sin límites sus debilidades, tanto corporales como espirituales; pongan todo su empeño en obedecer los unos a los otros; procuren todos el bien de los demás, antes que el suyo propio; pongan en práctica un sincero amor fraterno; vivan siempre en el temor y amor de Dios; amen a su Abad (superior) con una caridad sincera y humilde; no antepongan absolutamente nada a Cristo, el cual nos lleve a todos juntos a la vida eterna’⁷⁴. De tal modo debería vivirse la caridad fraterna que al ver nuestra vida se dijese: ‘¡Mirad cómo se aman entre sí y cómo están dispuestos a morir unos por otros!’⁷⁵ [...]”⁷⁶.

“De manera especial hay que pedir la gracia de la ciencia de la cruz y de la alegría de la cruz, que sólo se alcanzan en la escuela de Jesucristo”⁷⁷. “Y los santos nos recuerdan que la alegría es fruto de esta cruz: ‘He llegado a no poder sufrir, pues me es dulce todo sufrimiento’⁷⁸”⁷⁹.

“De aquí, también, de la resurrección del Señor, surge un elemento que debe ser esencial en nuestra espiritualidad -y en toda la espiritualidad cristiana-: la alegría que, en nuestro caso, debe manifestarse de manera especial, en la celebración del Día del Señor, el Domingo; en el sentido de la fiesta; y en la recreación, que nosotros llamamos eutrapelia.

La alegría, que es el secreto gigantesco del cristiano, es espiritual y sobrenatural, y nace de considerar el misterio del Verbo Encarnado. *Alégrate, regocíjate*, le dijo el ángel Gabriel a María; Ella diría más tarde: *exulta de júbilo mi espíritu* (Lc 1,47), habiendo, instantes antes, testificado Isabel: *exultó de gozo el niño en mi seno* (Lc 1, 44); y luego el ángel a los pastores: *Os anuncio una gran alegría, que es para todo el pueblo* (Lc 2,10); y nace de constatar el misterio de la resurrección del Señor: *llenas... de gran gozo* (Mt 28,8); como los discípulos de Emaús: ¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros mientras en el camino nos hablaba? (Lc 24, 32);

73 San Benito, *Santa Regla* XXXI, 19.

74 San Benito, *Santa Regla* XXXI, 1-12.

75 Tertuliano, *Apologética*, ML 1,534.

76 *Constituciones*, 95-96.

77 *Directorio de Espiritualidad*, 136.

78 Santa Teresa del Niño Jesús, *Historia de un alma*, cap. XII, 21.

79 *Directorio de Espiritualidad*, 145.

no creían aún *en fuerza del gozo y la admiración* (Lc 24,41), *se volvieron... con grande gozo* (Lc 24, 52); *los discípulos se alegraron viendo al Señor* (Jn 20, 20). Por eso insiste San Pablo: *Alegraos, os vuelvo a repetir, alegraos* (Flp 4, 4) [...].

En el fondo la alegría brota de considerar que Dios es⁸⁰, que Cristo es: *Ánimo, Yo soy* (Mc 6, 50), que la verdad prima sobre la mentira, el bien sobre el mal, la belleza sobre la fealdad, el amor sobre el odio, la paz sobre la guerra, la misericordia sobre la venganza, la vida sobre la muerte, la gracia sobre el pecado, en fin, el ser sobre la nada, la Virgen sobre Satanás, Cristo sobre el Anticristo, Dios sobre todo. ‘Dios es alegría infinita’⁸¹.

Del Misterio Pascual y del Día del Señor -Domingo-, que son los días de fiesta por excelencia, deben nacer entre nosotros las fiestas, ya que la auténtica fiesta debe nacer del culto, es decir, en la alabanza tributada al Creador por la bondad de la existencia, ya que el séptimo día *Dios vio que todo era bueno... y descansó* (Gen 1, 31; 2, 2-3). Y, como enseña San Agustín, el culto tiene lugar mediante ‘el ofrecimiento de alabanza y de acción de gracias’⁸² y siendo el sacrificio el acto principal de culto, se constituye así en el alma de la fiesta. ¡Cuánto más sentido tiene esto a la luz de la resurrección del Señor, y de la perpetuación de su Sacrificio en los altares!’⁸³.

7. *La eficaz inserción en el interno del ambiente en el cual estamos trabajando apostólicamente*⁸⁴: “*morder la realidad*”

Para obtener esto, señalamos dos aspectos indispensables: el primero es la fidelidad a Jesucristo; el segundo es la metafísica tomista que nos ayuda a *no dar golpes al aire*, como dice San Pablo⁸⁵: intentar ver cómo está la gente, cómo están los jóvenes, qué problemas tienen, cómo se los puede ayudar mejor, etc.”⁸⁶.

Así se expresa nuestro *Directorio de Evangelización de la Cultura*: “La pastoral de la cultura podrá ofrecer una respuesta positiva y eficaz a los grandes desafíos o incluso dramas del hombre “postmoderno”, principalmente a partir de la instancia metafísica, mediante la filosofía del ser. Pues la postura nihilista, horizonte actual de muchas filosofías

⁸⁰ Cf. Ex 3, 14.

⁸¹ Santa Teresa de los Andes, *Carta* 101.

⁸² San Agustín, *De Spiritu et littera*, XIII, 22.

⁸³ *Directorio de Espiritualidad*, 203, 204, 210, 211.

⁸⁴ *Notas delV Capítulo General*, 5.

⁸⁵ Cf. 1 Cor 9, 26.

⁸⁶ *Notas delV Capítulo General*, 9.

que se han alejado del sentido del ser, niega toda verdad objetiva y en consecuencia lo que fundamenta la dignidad y la libertad humanas⁸⁷. De aquí la urgencia de recuperar la metafísica del ser, una filosofía dinámica que permite la apertura plena y global hacia la realidad entera, hasta llegar a Aquél que lo perfecciona todo⁸⁸⁸⁹.

“Por lo tanto, al encontrarnos ‘frente al desarrollo de una cultura que se configura como escindida, no sólo de la fe cristiana, sino incluso de los mismos valores humanos, como también frente a una cierta cultura científica y tecnológica impotente para dar respuesta a la apremiante exigencia de verdad y de bien que arde en el corazón de los hombres, la Iglesia es plenamente consciente de la urgencia pastoral de reservar a la cultura una especialísima atención’⁹⁰. ‘Es ésta una exigencia que ha marcado todo su camino histórico, pero hoy es ‘particularmente aguda y urgente’⁹¹. Dicho brevemente, la fe se debe hacer cultura. Así pues, la fe debe encarnarse en la vida y en la cultura de los hombres [...]’⁹².

8. La elección de los “puestos de avanzada”⁹³

Nos referimos a aquellas misiones que llamamos ‘destinaciones emblemáticas’ a lugares que representan un sello de honor para nuestra pequeña Familia Religiosa, en cuanto se trata de lugares de misión en los cuales puede darse que los misionarios no vean frutos abundantes de su trabajo, de los cuales probablemente no surgirán vocaciones y donde quizás, si nosotros no hubiéramos aceptado ir, ninguno habría querido ir a causa de las dificultades. Igualmente, el sacrificio silencioso de aquellos que allí dan la propia vida por Cristo no quedará sin recompensa, son una enorme fuente de bendiciones para todo el Instituto y para la Iglesia universal.

Tenemos que ser siempre más conscientes de la urgencia de la misión, y de que la misión nos implica a todos: “El número de los que aún no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia aumenta constantemente; más aún, desde el final del Concilio, casi se ha duplicado.

87 Cf. S. Juan Pablo II, Carta encíclica *Fides et ratio*, 90 (14 de septiembre de 1998).

88 Cf. S. Juan Pablo II, Carta encíclica *Fides et ratio*, 97 (14 de septiembre de 1998).

89 *Directorio de Evangelización de la Cultura*, 11.

90 S. Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles Laici*, 44.

91 S. Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 52.

92 *Directorio de Evangelización de la Cultura*, 147-148.

93 *Notas del IV Capítulo General*, 4.

Para esta humanidad inmensa, tan amada por el Padre que por ella envió a su propio Hijo, es patente la urgencia de la misión^{94»95}.

“La urgencia de la evangelización misionera es que ésta constituye el primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada hombre y a la humanidad entera en el mundo actual, el cual está conociendo grandes conquistas, pero parece haber perdido el sentido de las realidades últimas y de la misma existencia^{96»97}.

Por ello, es necesario ser santos, buscar la santidad: “El renovado impulso hacia la misión *ad gentes* exige misioneros santos. No basta renovar los métodos pastorales, ni organizar y coordinar mejor las fuerzas eclesiales, ni explorar con mayor agudeza los fundamentos bíblicos y teológicos de la fe. Es necesario suscitar un nuevo ‘anhelo de santidad’ entre los misioneros y en toda la comunidad cristiana, particularmente entre aquellos que son los colaboradores más íntimos de los misioneros⁹⁸. ‘El misionero ha de ser un ‘contemplativo en acción’ que haya respuesta a los problemas a la luz de la Palabra de Dios mediante la oración personal y comunitaria^{99»100}.

9. “Las obras de misericordia, sobre todo con los discapacitados”¹⁰¹, pero no solamente

“A quien asiste con sus cuidados al enfermo: capellanes, religiosos y religiosas, médicos, enfermeros y enfermeras, farmacéuticos, personal técnico y administrativo, asistentes sociales y voluntarios, recordaba Juan Pablo II que están llamados ‘a ser generosos discípulos de Cristo, Buen Samaritano. Conscientes de vuestra identidad, descubrid en los enfermos el Rostro del Señor doliente y glorioso... [para] ser testigos creíbles del amor de Cristo^{102»103}.

94 S. Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptoris Missio*, 3.

95 *Directorio de Misiones Ad Gentes*, 20.

96 S. Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptoris Missio*, 2.

97 Instituto del Verbo Encarnado, *Directorio de Misiones Ad Gentes*, 19.

98 S. Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 90.

99 S. Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 91.

100 *Directorio de Misiones Ad Gentes*, 201.

101 *Notas del IV Capítulo General*, 4.

102 *Ibidem*.

103 *Directorio de Obras de misericordia*, 8.

Por ello está establecido que en nuestros seminarios y casas de formación se tendrá que enseñar la importancia de estas obras de misericordia¹⁰⁴.

10. La visión “providencial” de toda la vida. Un ejemplo de esto es el hecho que consideramos a nuestros enemigos como parte, espiritual, de nuestra Familia Religiosa, porque nos han hecho y nos hacen bien. Intentamos vivir en profundidad la enseñanza de San Pablo: omnia cooperantur in bonum diligentibus Deum (Rm 8, 28); todo coopera para el bien de los que aman a Dios¹⁰⁵

“¡Cuál debe ser nuestra confianza y alegría al saber que la muerte ya ha sido vencida! Y ha sido vencida gracias a la Encarnación del Verbo, y a su Sacrificio redentor. Por eso la Encarnación del Verbo es condición y garantía para todo el universo. ‘La fuente de la vida y de la salvación de la desesperación para todos los hombres, la condición *sine qua non* para todo el universo se encierran en las palabras ‘El Verbo se hizo carne’ y ‘la fe en estas palabras’¹⁰⁶. Porque ‘la Encarnación del Hijo de Dios es el fundamento, la fuente y el modelo, tanto de un nuevo orden sobrenatural de existencia para todos los hombres, que precisamente de este misterio obtienen la gracia que los santifica y los salva, como de una antropología cristiana, que se proyecta también en la esfera natural del pensamiento y de la vida con su exaltación del hombre como persona, colocada en el centro de la sociedad y -se puede decir- del mundo entero’^{107»108}.

11. “La devoción a la Virgen es algo propio del carisma, no sólo por el cuarto voto, sino también por la presencia de la Virgen en todas nuestras actividades, desde la consagración que renovamos en cada Misa hasta la terminación de todas nuestras fiestas con un canto a la Virgen”¹⁰⁹

¹⁰⁴ Cf. *Directorio de Obras de misericordia*, 9, en el cual viene citado S. Juan Pablo II, *Mensaje para la XI Jornada Mundial del enfermo*, Washington D.C., U.S.A, 5 (11 de febrero de 2003).

¹⁰⁵ *Notas del IV Capítulo General*, 11.

¹⁰⁶ S. JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes del Coloquio sobre “las comunes raíces cristianas de los pueblos europeos”* (5 de noviembre de 1981).

¹⁰⁷ S. JUAN PABLO II, *Audiencia General* (23 de marzo de 1988).

¹⁰⁸ *Directorio de Espiritualidad*, 319; *Directorio de la Tercera Orden Secular*, 324.

¹⁰⁹ *Notas del IV Capítulo General*, 15.

“Nuestra relación con la Virgen encuentra un nuevo fundamento en nuestra espiritualidad que quiere ser del Verbo Encarnado’. ‘La Virgen dio su Sí en calidad de esclava: *He aquí la esclava del Señor* (Lc 1, 38) y *miró Dios la humildad de su esclava* (Lc 1, 48), y entonces tomó el Verbo *forma de esclavo*, haciéndose semejante a los hombres (Flp 2, 7) en sus entrañas purísimas¹¹⁰111.

[...] afirma Juan Pablo II: ‘... la entrega a María tal como la presenta San Luis María Grignon de Montfort es el mejor medio de participar con provecho y eficacia de esta realidad para extraer de ella y compartir con los demás unas riquezas inefables... Veo en ello (la esclavitud de amor) una especie de paradoja de las que tanto abundan en los Evangelios, en las que las palabras ‘santa esclavitud’ pueden significar que nosotros no sabríamos explotar más a fondo nuestra libertad... Porque la libertad se mide con la medida del amor del que somos capaces’¹¹²113.

“Para alcanzar esta disposición de suma, total e irrestricta docilidad al Espíritu Santo, que es el Espíritu de Cristo, necesitamos que la Santísima Virgen sea el modelo, la guía, la forma de todos nuestros actos, por todo lo cual, con todas las fuerzas del alma, y del corazón, hoy y siempre decimos ¡‘Totus tuus’, María!’¹¹⁴115.

Conclusión

Finalizamos citando un párrafo de las *Notas del V Capítulo General*: “En efecto, el carisma es susceptible a sufrir modificaciones o encontrarse en diversas situaciones a través de la historia en una familia religiosa: puede desarrollarse en sus virtualidades, expandirse, aplicarse a nuevas situaciones, pero también contraerse, anquilosarse, por ejemplo, cuando empieza a primar lo accidental sobre lo sustancial y no hay capacidad de adaptación; desvirtuarse, cuando hay un crecimiento pero no en

110 “María Santísima es modelo de docilidad a la voluntad divina desde el ‘Fiat’ de la Anunciación hasta la maternidad dolorosa del Calvario”; S. Juan Pablo II, *Meditación del Ángelus* (22 de julio de 1990).

111 *Directorio de Vida Consagrada*, 411.

112 Citación de A. Frossard en *No tengáis miedo*, Ed. Plaza y Janes, Barcelona 1982, p. 131-132.

113 *Constituciones*, 83.

114 San Luis María Grignon de Montfort se inspira para esta fórmula en San Buenaventura, (inter opera) *Psalmus*, Canticum ad instar illius, Is 12 (*Opera omnia* - Vives, París 1868) t. 14, 221 a.b.; Cf. San Luis María Grignon Da Montfort, *Tratado de la Verdadera Devoción*, n. 216.

115 *Constituciones*, 19.

la dirección que quería el fundador; o incluso perderse totalmente. Quienes gobiernan deben aprender a ser fieles al carisma y procurar que los demás sean también fieles: de ellos depende en gran parte este carisma en el futuro. Debe ser transmitido en una tradición viva, o como expresamos en nuestras Constituciones, se debe “formar escuela”. De aquí la grave responsabilidad de quienes gobiernan un instituto: el carisma es un don de Dios a la Iglesia que está en manos de los Superiores”¹¹⁶.

Pero de este carisma participan también nuestros laicos de la Tercera Orden. Dice San Juan Pablo II en la exhortación postsinodal *Vita consecrata*: “Los *laicos*, en virtud del carácter secular de su vocación, reflejan el misterio del Verbo Encarnado en cuanto Alfa y Omega del mundo, fundamento y medida del valor de todas las cosas creadas”¹¹⁷.

Continúa San Juan Pablo II: “Uno de los frutos de la doctrina de la Iglesia como comunión en estos últimos años ha sido la toma de conciencia de que sus diversos miembros pueden y deben aunar esfuerzos, en actitud de colaboración e intercambio de dones, con el fin de participar más eficazmente en la misión eclesial. De este modo, se contribuye a presentar una imagen más articulada y completa de la Iglesia, a la vez que resulta más fácil dar respuestas a los grandes retos de nuestro tiempo con la aportación coral de los diferentes dones”¹¹⁸. La colaboración es útil o fructuosa bajo múltiples aspectos: “Debido a las nuevas situaciones, no pocos Institutos han llegado a la convicción de que ‘su carisma puede ser compartido con los laicos’. Estos son invitados por tanto a participar de manera más intensa en la espiritualidad y en la misión del Instituto mismo. En continuidad con las experiencias históricas de las diversas Órdenes seculares o Terceras Órdenes, se puede decir que se ha comenzado un nuevo capítulo, rico de esperanzas, en la historia de las relaciones entre las personas consagradas y el laicado”¹¹⁹.

Nosotros deseamos que así sea con la Tercera Orden de nuestra Familia Religiosa.

¹¹⁶ *Notas del IV Capítulo General*, 3.

¹¹⁷ Párrafo 16.

¹¹⁸ SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata*, n. 54.

¹¹⁹ *Ibidem*. En los párrafos 55-56 el santo Padre da varias precisiones sobre la participación y la cooperación de los laicos en el carisma y en el apostolado de los institutos religiosos.

REALEZA SOCIAL DE CRISTO –
FORMACIÓN DE DIRIGENTES LAICOS

Autor: P. Daniel Cima, IVE

Lengua original: italiano

Roma (Italia) 1 de agosto de 2019

Quisiera en esta conferencia simplemente recordaros cosas seguramente conocidas por la mayor parte de vosotros pero que, por la importancia que comportan, creo que siempre viene bien traerlas a la memoria. Dividiré esta conferencia en cuatro puntos y una conclusión.

1° Cristo quiere reinar, pero no sólo en cada corazón, sino también en la sociedad.

2° Derecho, necesidad y obligación de los fieles de hacer apostolado para que Cristo reine.

3° Es necesario tomar conciencia de la urgencia de esta situación y formar dirigentes laicos para hacer posible este reinado social de Jesús.

4° Medios para la formación.

Conclusión.

***1º Cristo quiere reinar, no sólo en cada corazón, sino también en la sociedad*¹**

En el momento tan esperado por Jesús, cuando debía pasar de este mundo al Padre (Jn. 13,1), Él nos dejó dones y enseñanzas preciosas: se donó a Sí mismo en la Eucaristía (su verdadero Cuerpo y Sangre), nos dejó el sacerdocio, el mandamiento de la caridad, etc. Entre los tesoros que nos dejó Cristo, tenemos aquel coloquio que tuvo con quien era el prefecto romano de la prefectura de Judea, Poncio Pilato. Nos lo dice el Evangelio de San Juan:

“... Pilato entró de nuevo al pretorio y llamó a Jesús y le dijo: «¿Eres tú el Rey de los judíos?».

Respondió Jesús: «¿Dices eso por tu cuenta, o es que otros te lo han dicho de mí?».

Pilato respondió: «¿Es que yo soy judío? Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?».

Respondió Jesús: «Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos: pero mi Reino no es de aquí».

Entonces Pilato le dijo: «Entonces, ¿tú eres Rey?» Respondió Jesús: «Sí, como dices, soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz».

Le dice Pilato: «¿Qué es la verdad?» Y, dicho esto, volvió a salir donde los judíos y les dijo: «Yo no encuentro ningún delito en él...» (Jn 18, 33-36).

¡Más claro, imposible! “Yo soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo”.

Todos aquellos que niegan la divinidad de Cristo, todos aquellos que disminuyen o fallan en el modo de concebir la Encarnación, necesariamente le negarán a Cristo su realeza; y es bien lógico que así sea: si Jesús no es Dios, o si Dios no se ha encarnado verdaderamente, o no ha asumido verdaderamente todo aquello que es auténticamente humano, ¿cómo se querrá pretender el reinado universal de Cristo? Sería ciertamente demasiado pretencioso.

¹ Lo expresa óptimamente el Papa Pío XI, en la Carta Encíclica *Quas primas*, sobre la realeza de Cristo.

Si por el contrario creemos y profesamos que “*el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros*” (Jn 1,14), y que encarnándose ha asumido todo lo que es auténticamente humano, la cosa cambia radicalmente. No sólo es posible que Él reine, sino que es debido y urgente (es necesario comprometerse a “*Instaurare Omnia in Christo*”, es decir, renovar todas las cosas en Cristo, como afirmaba el lema de San Pío X).

Son muchos los que, aunque aceptan la exigencia de una realeza de Cristo, la limitan al ámbito meramente privado, individual, al corazón, pero nunca la extienden al ámbito social. Parece ser que en nuestro tiempo esta falsedad -derivada en última instancia de una concepción errada del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios- se haya aparentemente difundida e impuesta, casi como un dogma innegable. Pío XI ya en el año 1925, con la Carta Encíclica *Quas Primas* (promulgada el 11 de diciembre de 1925), refutaba esta tendencia secularista imperante que en ese entonces ya buscaba relegar la fe y la realeza de Jesús al ámbito privado; por esta razón, el Papa instituyó la Solemnidad de Cristo Rey. Recordaba el Santo Padre cómo su reino, si bien es principalmente un reino espiritual, es también un reino universal y social:

“...erraría gravemente el que negase a Cristo-Hombre el poder sobre todas las cosas humanas y temporales, puesto que el Padre le confirió un derecho absoluto sobre las cosas creadas, de tal suerte que todas están sometidas a su arbitrio...el imperio de Cristo se extiende no sólo sobre los pueblos católicos... sino que comprende también a cuantos no participan de la fe cristiana, de suerte que bajo la potestad de Jesús se halla todo el género humano².

No hay diferencia entre los individuos y el consorcio civil, porque los individuos, unidos en sociedad, no por eso están menos bajo la potestad de Cristo de cómo lo están cada uno de ellos separadamente. Él es la fuente de la salud privada y pública³: «Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos». (Hechos 4, 12).

Por lo tanto, es un hecho que Jesús quiere reinar en los corazones de todos los hombres, tanto individualmente como en la sociedad, es decir, el ámbito de su reino es doble, personal y social.

2 Pío XI, Carta Encíclica *Quas primas* n. 15

3 Esta última realidad también se nos recuerda en el Directorio de la Tercera Orden Secular de la Familia Religiosa del Verbo Encarnado, n. 239 (de ahora en adelante vendrá citado DTOS).

Advirtamos aquí sólo una cosa, para evitar las falsas dialécticas o falsos antagonismos, frutos de un enfoque más bien ideológico de la realidad: no se trata aquí de proponer formas de *triumfalismo* o *restauracionismo* (como hoy les gusta a algunos estigmatizar sus esfuerzos para que Cristo reine en cada realidad), o de querer realizar una *Cristiandad medieval* que ya no existe (la cual, incluso con todas sus limitaciones y defectos, quizás no era tan mala ...), sino de reconocer que el señorío de Cristo sobre la sociedad lo tiene por derecho y que esa es nuestra salvación. Por lo tanto, debemos comprometernos con todas nuestras fuerzas, los talentos y el ingenio que Dios nos ha dado, para que este derecho sea reconocido y llevado a cabo en todas partes.

Del hecho mismo que el Verbo de Dios se hizo hombre sin dejar de ser Dios, debemos aprender a “estar en el mundo, sin ser del mundo”. Debemos ir al mundo para convertirlo y no para mimetizarnos con él. Debemos dirigirnos al hombre y a las culturas humanas no para convertirnos en ellas, sino para sanarlas y elevarlas con el poder del Evangelio, para hacer lo mismo que hizo Cristo: “suprimió lo diabólico, asumió lo humano y le comunicó lo divino”.

Como Cristo, que se hizo como nosotros en todo menos en el pecado⁴, no son asumibles, por lo tanto, el pecado, el error, y todos sus derivados. Antes de bautizar hay que exorcizar; sin conversión es imposible la reconciliación; sin renunciar al mal no existe redención. No puede haber unidad a costa de la verdad. No hay santidad sin limpieza del alma: «santidad, quiere decir limpieza»⁵.

2º Derecho, necesidad y obligación de los fieles laicos de hacer apostolado para que Cristo reine

Queriendo Jesús reinar siempre y en todas partes en el corazón de los hombres, no quiere imponerse en el modo que hacen la mayoría de las veces los reyes terrenos, es decir, usando la violencia, la amenaza, la presión, las medias verdades, las promesas halagadoras, los compromisos, etc. Él quiere conquistar los corazones y la entera sociedad humana por atracción, esto es, sirviéndose de hombres y mujeres valientes,

⁴ Cf. Heb 4, 15.

⁵ Cf. P. CARLOS MIGUEL BUELA, “*El Arte del Padre*”; IVE Press, New York (2015), *Epilogo*. Luego, vendrá citado como *El Arte del Padre*.

personas que estén unidas a Él mediante el bautismo, mediante una vida espiritual y sacramental activa, pero también a través de la coherencia de vida, personas que se atrevan a presentar a todos la fascinación irresistible de la persona de Cristo y de su divina doctrina, y así ganar para Él a todos los hombres. Éste es un derecho pero también un deber de los fieles. Nos lo recordaba el Concilio Vaticano II:

Los cristianos seculares obtienen el derecho y la obligación del apostolado por su unión con Cristo Cabeza. Ya que integrados por el bautismo en el Cuerpo Místico de Cristo, robustecidos por la Confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo, son destinados al apostolado por el Señor mismo.

... Se impone a todos los fieles cristianos la noble obligación de trabajar para que el mensaje divino de la salvación sea conocido y aceptado por todos los hombres de cualquier lugar de la tierra... poniendo, cada uno, al servicio de los demás el don recibido ... para la edificación de todo el cuerpo en la caridad (cfr. Ef 4,16).

... De la recepción de estos carismas, incluso de los más sencillos, corresponde a cada uno de los creyentes el derecho y la obligación de ejercitarlos para el bien de los hombres y la edificación de la Iglesia. (Apostolicam Actuositatem 3)

Viendo, por tanto, que el dominio social de Jesús depende de nuestra laboriosidad y de nuestro compromiso se puede entender mejor la gravedad y la urgencia de este derecho – obligación que tenemos todos los bautizados de trabajar por su soberanía universal, hoy más que nunca, teniendo en cuenta el tremendo y devastador proceso de secularización vigente. Hagamos nuestras las ardientes palabras de San Luis Orione a los suyos: “quien no quiera ser apóstol salga de nuestra Congregación: hoy quien no es un apóstol de Jesucristo y de la Iglesia es un apóstata”⁶. ¡Piensen cuán actuales son estas palabras que entonces –en el 1935- parecían tan lapidarias!

Esta acción apostólica, sin embargo, no puede ser de cualquier modo, ni inspirada por cualquier espíritu, sino que debe ser ordenada, bien concreta y con un espíritu bien determinado.

La preocupación de todo católico -sacerdote o laico- tiene que ser la experiencia y el testimonio del “contenido integral” de la evangelización, de esto Dios nos pedirá cuentas: “A quien se le dio mucho, se le reclamará mucho”⁷. Aquello que podemos llamar la dimensión temporal tendría que

⁶ *Cartas de Don Orione*, Carta del 02/08/1935, Ed. Pío XII, Mar del Plata, 1952, p. 89.

⁷ Lc 12,48.

ser buscada en modo secundario y no principalmente, ya que se debe buscar primero a Dios “y *todo el resto se os dará por añadidura*” (Mt 6,33).

El hombre moderno es infeliz y seguirá estando mal porque no busca primero a Dios, porque no deja el pecado que lo desordena respecto a su fin último, porque no se deja enseñorear por Cristo, porque busca primero la añadidura y no a Dios. Y así, no tiene ni la añadidura ni a Dios. Es por eso que no encontrará solución a sus problemas de falta de pan, de techo y de paz. Y esto durará hasta que no acuda primero a Dios, porque sólo Cristo puede arreglar – incluso– los problemas temporales del hombre⁸.

El compromiso de todos los fieles está dirigido a hacer que Cristo reine de modo efectivo, y para esto se necesita de una adecuada y específica formación, ya que la batalla no es fácil.

3º Es necesario tomar conciencia de la urgencia de esta situación y formar dirigentes laicos para hacer posible este reinado social de Jesús

Teniendo en cuenta lo que hemos dicho hasta ahora, vemos que no todo en la formación de los fieles puede tener la misma validez, importancia y urgencia, sino que hay en ésta una prioridad, dado que se intenta formar personas (no robots), personas que tengan en sí mismos algunos elementos que sean los más esenciales y primarios, a los cuales otros se les subordinen.

a. Elemento esencial y primario de la formación

Este elemento incluye diversas dimensiones sobre las cuales debe versar la formación.

- **Dimensión sobrenatural:** Debemos sobre todo recordar que lo primero y esencial en la Iglesia y en todo católico– tanto sacerdote como laico – es la *dimensión “específicamente religiosa” o sobrenatural*, o vertical, o teologal, o eterna, que consiste en su relación con Dios, con Cristo y con la Iglesia, en la predicación del Evangelio, en la infusión de la gracia por la digna recepción de los sacramentos, en la consecución del último fin, en el abrazar la Cruz, en trabajar para la eternidad, en amar a Dios sobre todas las cosas, en fin, en la santidad, según la enseñanza de Jesús:

⁸ Cf. *El Arte del Padre*, p. 649.

⁹ Cf. *Evangelii nuntiandi* 32.

«Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura» (Mt 6,33)¹⁰. Teniendo esto en cuenta, la primera cosa que debemos buscar en la formación de un buen cristiano es la unión con Dios, es decir, la búsqueda de la santidad en el propio estado.

- **Formación Humana:** Para hacer posible esta santidad, es necesaria también una buena formación para que la naturaleza no sea un obstáculo a la gracia ni actúe solo como sostén de la gracia (como si fuese una mera condición exterior), sino que entre en la esencia misma de la identidad cristiana y sea perfeccionada por la gracia. La formación humana de nuestra naturaleza es el “*fundamento de toda formación. La errada comprensión de la relación entre naturaleza y gracia es la raíz de muchos males. La gracia no destruye la naturaleza, sino que la sana, la eleva, la perfecciona, la dignifica y la ennoblece.*”¹¹. Por lo tanto, es necesario formar las potencias del alma, la inteligencia y la voluntad, para vivir en coherencia con los principios cristianos, firmemente arraigados, porque quien no vive como piensa, termina pensando como vive.
- **Formar la inteligencia.** Es necesario formar la propia inteligencia. Nosotros queremos terciarios que sepan pensar, con ideas claras, firmes, hombres y mujeres de principios, que siempre busquen la verdad, el bien y la belleza, que posean una inteligencia que sepa defenderse sin dejarse seducir y sin permitir que en ella anide el más mínimo germen del error¹². Todo esto no se logrará sin la familiaridad con la Sagrada Escritura, sin un amplio conocimiento de la Doctrina Católica, sintetizada en el Catecismo de la Iglesia Católica, sin el conocimiento de la Doctrina Social de la Iglesia, etc. Principalísimamente hay que apuntar a formar la conciencia, para que sea pura, sin falsedades y sin justificaciones.¹³
- **Formación de la voluntad.** En un mundo donde todo es contrario a los valores del Evangelio, debemos caminar siempre contra corriente, por eso es necesario formar adecuadamente la propia voluntad, mediante la práctica constante de todas las virtudes y el dominio de las pasiones, de manera tal que siempre y en todo se busque y elija sólo el bien mejor.

¹⁰ Cf. *El Arte del Padre*, p. 612.

¹¹ Cf. DTOS, n. 493.

¹² Cf. DTOS, n. 500.

¹³ Cf. DTOS, n. 505.

Solo así estaremos en grado de cumplir con nuestra misión de ser luz y sal del mundo. Formar la voluntad significa poseer un querer que con firmeza siga el bien de la inteligencia, sin dejarse influenciar por las pasiones¹⁴.

- **Formación en la disciplina.** Un aspecto de la formación espiritual debe ser adquirir una disciplina de vida, cuyo objetivo no es otro que captar el “estilo” de Nuestro Señor Jesucristo, lo cual no es en Él otra cosa que las actitudes que, como Hijo, tiene junto al Padre; debemos considerarnos discípulos suyos. La disciplina es la actitud fundamental del discípulo. Es la sumisión a las reglas de vida en orden a que la verdad se encarne en la vida de los discípulos. Queremos que nuestros laicos sean dóciles a la gran disciplina de la Iglesia, expresada en el Código de Derecho Canónico, en todas las demás normas y leyes eclesiales, y dóciles a la disciplina particular de nuestra Tercera Orden, recordando la enseñanza: “*aprehendite disciplinam*”: *servid a Dios con temor y con temblor besad sus pies; no se irrite y perezcaís en el camino*¹⁵.

Formación para el apostolado. Jesucristo asumió una naturaleza humana, para tener actos y operaciones humanas, para que fuese un hombre como nosotros, de la estirpe de Adán, quien pagaría la pena por el pecado y obraría la redención de los hombres. Fue la unión hipostática la que posibilitó a la persona del Verbo sufrir y padecer en su naturaleza humana para la salvación del género humano. Y nosotros queremos prolongar la Encarnación en toda la realidad, tenemos que preocuparnos por el bien de las almas. Debemos fomentar en nosotros la sed por las almas (la misma que tenía el Verbo Encarnado), comunicar a los demás el bien que hemos recibido: Jesús. Es necesario procurar ejercitarse y prepararse adecuadamente para los distintos tipos de apostolado, sabiendo que para realizar grandes obras apostólicas debemos prepararnos para sufrir. El apostolado es cruz, porque el Supremo Apóstol nos consiguió la redención por medio del dolor y del sufrimiento, y *nadie puede ser más que su maestro*. Hay que dejarse quemar para quemar, un fuego que enciende otros fuegos (San Alberto Hurtado). Por esto debemos estar dispuestos a sufrir incomprendiones, vituperios, insultos, ingraticudes, ser ridiculizados, para ser como los apóstoles

¹⁴ Cf. DTOS, n. 507-510.

¹⁵ Cf. Sal 2,11-12.

espectáculo del mundo. Es fundamental aprender a trabajar en equipo, a modo de cuerpo, donde cada miembro ocupa su lugar, sin envidias, sin mayores aspiraciones que la de servir a la propagación del Reino de Cristo. Que cada uno ponga sus dones y talentos al servicio de los demás.¹⁶

b. Elemento secundario y complementario de la formación de los fieles laicos

La formación de los laicos debe tener en cuenta la especificidad de su vocación, la cual es la secularidad. Por secularidad laical entendemos la búsqueda por parte de los laicos del Reino de Dios tratando las cosas temporales, con las que por vocación están estrechamente unidos, y ordenándolas según Dios, contribuyendo por así decirlo, desde dentro, ‘a modo de fermento, a la santificación del mundo’¹⁷.

El ámbito del orden temporal, que abarca la secularidad propia de los fieles laicos, es muy grande y hay mucho por hacer. Incluye los bienes de la vida, de la familia, de la cultura; la esfera de la economía y de la política; el mundo del trabajo, de las artes y profesiones; el campo de la ciencia, de la técnica, de la ecología, de la comunicación social; los problemas de la vida, de la ética profesional, de la solidaridad, de la paz, de las instituciones de la comunidad política; las relaciones internacionales y su evolución y progreso; la promoción de la justicia, de los derechos del hombre, de la educación y de las libertades, especialmente la religiosa¹⁸.

De la exigencia que brota del contenido integral de la evangelización de trabajar también en lo temporal, aunque siempre subordinado a lo eterno como fin último, surge el imperativo para el católico de luchar para que Cristo reine en la economía, en la política, en lo social, en la cultura, o sea, en toda la realidad humana ya que «permanece válido, en el orden pastoral, el principio de encarnación formulado por San Ireneo: “Lo que no es asumido no es redimido”¹⁹. Los fieles, sin embargo, no pueden asumir acríticamente las realidades temporales, sino que deben hacer un atento discernimiento. Después de haber exorcizado ciertas realidades temporales, la Iglesia asume todo lo que es asumible, y esto es bautizado, porque «lo que no asume Cristo, no es redimido y se constituye en un ídolo nuevo con malicia vieja»²⁰.

¹⁶ Cf. DTOS, nn. 536-542

¹⁷ Cf. LG 31b; 35b.d; 38; AA, 4a.e.g; 7e.

¹⁸ Cf. DTOS, nn. 338.

¹⁹ Citado del documento final de la Conferencia de Puebla, n. 400.

²⁰ Cf. *El Arte del Padre*, p. 652.

El cristiano en todo lugar debe ocuparse del ámbito temporal, pero no como generalmente lo hacen los demás, sino con una mirada sobrenatural, buscando ordenar todo según Cristo. Los fieles tienen que ocuparse de la realidad terrena para poder llevar a Jesús a todas partes: a los hogares, a los cuarteles, a los hospitales, a los sindicatos, a las escuelas, a las fábricas, a los barrios, a los clubs, a los municipios, a las radios, a las universidades, a las naciones, a las televisiones, al cine, a las sociedades de fomento, etc. En este campo de lo terreno les toca actuar directamente a los laicos: el laico «miembro de la Iglesia, fiel a Cristo, está comprometido a la construcción del Reino en su dimensión temporal... (allí) encuentra su campo específico de acción... su misión fundamental... su inserción en las realidades temporales y en sus responsabilidades familiares...»; los Obispos, sacerdotes y religiosos, se deben ocupar de lo temporal sólo indirectamente —a modo de consejeros y directores espirituales— no deben caer en la tentación de hacerse líderes políticos, dirigentes sociales o funcionarios de un poder temporal.

Es por ello que es inaceptable, y se excluye totalmente, que el laico se ocupe de esta realidad del modo en que lo hace el progresismo social, tanto en su variante marxista como en su variante liberal. Se deben evitar siempre cristianos con «crisis de identidad», aquellos con contestaciones estériles e ideologías extrañas al Evangelio, ideologías que tienen siempre como trasfondo la persuasión -aunque no sea así explícitamente formulada- de la insuficiencia del Evangelio de Cristo para resolver los problemas humanos (y así buscan llenar el “*supuesto vacío*” con las ideologías, que son siempre reveladas como mortíferas).

4º Medios para la formación

Los medios para educar estarán en relación directa con la persona que deberá formarse, es decir, en relación con su edad, sexo, estado, condición, capacidad, circunstancia, etc. Debemos usar de los medios más idóneos para poder crecer en edad y en gracia delante de Dios, como el Verbo Encarnado²¹.

Entonces, por los niños y los jóvenes es necesario esforzarse para que crezcan en un clima auténticamente cristiano, donde haya alegría, diversión saludable, grandes ideales, donde aprendan a comprometerse

²¹ Cf. Lc 2, 51-53.

y asumir responsabilidades de manera progresiva, experimentando la satisfacción de haber cumplido con el propio deber y siempre realizado con generosidad hacia Dios y el prójimo, y todo esto por amor a Dios. Por gracia de Dios, en la gran variedad de realidades donde está presente nuestra familia religiosa y donde trabajan nuestros misioneros, siempre tratamos de contar con oratorios festivos, con grupos de niños y jóvenes de diferentes edades, con grupos de oración, con múltiples actividades que hacen posible este tipo de entorno cristiano, entorno donde las personas se forman del mejor modo humana y espiritualmente.

En el caso de los adultos, deben esforzarse por dar un buen ejemplo a los más jóvenes y, por lo tanto, deben tratar de tener una personalidad sólida, equilibrada y libre, cosa que no se logrará sin un crecimiento real y serio en la vida espiritual: especialmente con la frecuencia de los sacramentos, poniendo la Eucaristía como el centro de la vida, con la vida de oración, con la práctica frecuente de retiros y ejercicios espirituales, con la ayuda de la dirección espiritual, etc. Pero también es necesaria una formación intelectual justa para poder estar siempre “*dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza*”²². Para poder repercutir adecuadamente en la sociedad será también necesario ser serios y bien formados en los propios deberes profesionales y laborales. En todo se debe buscar ser motivo de edificación para todos y jamás de tropiezo para nadie: “*No deis escándalo ni a judíos ni a griegos ni a la Iglesia de Dios*”²³.

Las personas mayores también deben continuar con su propia formación. Sus vidas no perderán el sentido, ni se volverán vacías, al contrario, adquirirán una mayor riqueza porque a la experiencia de sus años se le suman nuevas experiencias que los enriquecen. Por esto deben ser un claro testimonio de paciencia, sabiduría, caridad, alegría, esperanza y valor. Es necesario tener conciencia de que, aun sin darse cuenta, muchos estarán atentos a cómo será vuestro estilo de vida e incluso en aquel momento debéis dar ejemplo, como el anciano Eleazar —del cual nos habla la Biblia en el libro de los Macabeos— quien prefirió una muerte honorable a dar un mal ejemplo a los jóvenes²⁴. Las personas ancianas, con su testimonio de perseverancia en la fe, son para los más jóvenes como faros que alumbran, para que éstos no se extravíen del buen camino ni se pierdan.

²² 1 Pe. 3,15.

²³ 1 Cor. 10,32.

²⁴ Cf. 1 Mac. 6,18-31.

Conclusión

Pienso que la gran tentación ha sido y será siempre la de acomodarnos a las cosas de esta tierra y no ser responsables de las obligaciones que tenemos como cristianos en el momento histórico y en el contexto cultural en el cual Dios, en su perfecta Providencia, nos ha puesto. Cuando el católico trabaja seriamente para aplicar de modo concreto la Doctrina Social de la Iglesia, trabaja por la civilización cristiana, y trabajando por ella está trabajando por la extensión del dominio social de Cristo Rey.

Los laicos en cada materia temporal deben ser guiados por la conciencia cristiana, porque ninguna actividad humana, ni siquiera en el orden temporal, se puede extraer del imperio de Dios. Así el cristiano debe ordenar toda su vida, privada y pública, según Dios, siendo fiel a su compromiso bautismal.

Esta es la realeza social de Cristo de la cual hablaba el Papa Pío XI en la encíclica *Quas Primas* y que el valiente y enérgico San Juan Pablo II Magno, al inicio de su pontificado (el 22 de octubre de 1978), utilizó para exhortar a los fieles a tener en cuenta: “¡No temáis! ¡Abrid, es más, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo conoce «lo que hay dentro del hombre». ¡Sólo Él lo conoce!”.

Y como el mismo Pontífice reiteraba a Santo Domingo cuando, después de haber exhortado a trabajar para crear un mundo más humano, agregaba: “No os contentéis con ese mundo más humano. Haced un mundo explícitamente más divino”.

Y este trabajo debe ser animado por un verdadero espíritu sobrenatural²⁵:

1. Espíritu de gratitud: Constantemente debemos dar gracias a Dios por todos los beneficios recibidos y, en especial, por haber sido llamados por Cristo Rey a este puesto de vanguardia en la lucha para dar testimonio de Él en todo lugar, y a Él que es el único Liberador del hombre. Es una gracia de Dios inmerecida estar en este puesto de combate.

2. Espíritu de fortaleza: La vida cristiana es un combate (cfr. Ef 6,10 y ss.) contra el mal, por tanto, siempre hay que pedir la virtud, el don y el espíritu de fortaleza. Quienes se decidan a emprender esta obra

²⁵ Cf. *El Arte del Padre*, p. 683 ss.

tendrán un enemigo principal y muy insidioso: el progresismo cristiano, tanto el liberal como el marxista. Espíritu de fortaleza que se identifica con la santidad, ya que «los santos... (son) los dientes de la Iglesia que desgajan de los errores a los hombres» (San Agustín).

3. Espíritu de Fe: El importantísimo deber de «instaurar todo en Cristo» (Ef 1,10) sólo puede hacerse de verdad «de fe en fe» (Rom 1,17), teniendo la más incommovible certeza -que da la fe- que «en este camino que conduce de Cristo al hombre y por el que Cristo se une a todo hombre, la Iglesia no puede ser detenida por nadie»²⁶.

Además, hay que tener en cuenta que el Diablo, a quien no lo puede hacer malo lo hace tonto, apartándolo del gran ideal de la lucha por instaurar el Reino y también de la corriente principal de vida, comunión y participación de la Iglesia Católica, logrando así dejarlo sólo en una posición cómoda, que termina por convertirse muchas veces en un oscuro callejón sin salida, dejándolo fuera del fragor del combate.

Debemos defender nuestra fe católica y transformarla en obras: “*Hoy de la fe sólo conservamos lo que defendemos*”²⁷.

Sumémonos con todas las fuerzas de nuestra alma y de nuestro corazón a Jesucristo Nuestro Señor, «Rey de Reyes y Señor de los Señores»²⁸, porque como afirma Santo Tomás de Aquino: «Él mismo es todo el bien de la Iglesia y no hay otro mayor que Él, y ni todos juntos son más que Él sólo»²⁹, dispuestos a dar la vida para que Él reine, porque es el Único que tiene «palabras de vida eterna»³⁰.

Que la Virgen Santísima, Reina de los Apóstoles, quiera formar en su corazón materno aquellos grandes dirigentes y apóstoles de los cuales tiene tanta necesidad nuestro mundo y nuestro tiempo. Así sea.

²⁶ SAN JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptor Hominis* 13.

²⁷ CARD. ALBINO LUCIANI, *Illustrissimi*, Madrid 1978, p. 93.

²⁸ Apoc 19,16.

²⁹ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica, Suppl., Q. 95, a. 3, ad 4.*

³⁰ Jn 6, 68.

Español

LA TERCERA ORDEN SECULAR
DEL VERBO ENCARNADO

Autor: Hermana Mary Mother of Faith, SSVM.

Lengua original: inglés

Roma (Italia) 1 de agosto de 2019

Español

A veces no vemos los milagros, y no porque Dios los oculte, sino porque son demasiado grandes y nosotros estamos demasiado cerca de ellos. A veces nos olvidamos de lo sobrenatural que se ha vuelto la vida porque lo sobrenatural se ha convertido en una segunda naturaleza. Eso fue sin duda el caso del pequeño pueblo de Nazaret en los primeros años del Señor en la tierra. Creo que esto también se puede decir de la vida de nuestra pequeña Familia Religiosa, especialmente en su lugar de nacimiento: San Rafael, Mendoza, Argentina. Dejaré que una de nuestras hermanas argentinas cuente la historia:

“Esto sucedió en 1985¹: teníamos 11 maletas, 3 niños (2, 5 y 8 años), 2 perros y mis padres todavía eran muy jóvenes. Compramos una pequeña granja justo detrás de la “Finca” (el Seminario del IVE en Argentina). Así fue como conocimos a la Congregación. A veces veíamos a los seminaristas “haciendo dedo” [autostop] para que alguien los llevara y, por supuesto, papá siempre se detenía para llevarlos.

Mis padres ese año me inscribieron en un Colegio Católico. Y fue ese mismo año que en Argentina se comenzó a debatir sobre la legalización del divorcio. Mis padres no estaban viviendo una vida de gracia en ese tiempo y hacía mucho que no iban a la Iglesia, pero, afortunadamente, estaban a favor de la familia y el bienestar de los niños. Empezaron a ir a los primeros

1 El IVE fue fundado el 25 de marzo de 1984.

“Cursos de Cultura Católica” ofrecidos para nuestros padres en el Colegio Católico local. Allí, los Padres compartieron las enseñanzas de la Iglesia sobre el divorcio, la familia, etc. Y bien, la fe y la Doctrina Católica, bien explicadas, comenzaron a atraer a mis padres, poco a poco, de regreso a la Iglesia.

Finalmente fuimos a visitar a los seminaristas de la “Finca”. Dos cosas realmente impresionaron a mis padres: una fue la coherencia entre lo que ellos profesaban y cómo ellos vivían, especialmente su pobreza; la otra fue cómo ellos tan “naturalmente” ofrecían algo a Dios que, en realidad, era muy sobrenatural. Yo recuerdo que ellos siempre comentaban cómo el Padre Buela les explicaba las cosas, y hacía que las cosas espirituales fueran fáciles de entender. También recuerdo que estaban muy felices y tenían un gran espíritu de familia.

¡Pero, en los inicios, las cosas no tenían una regla aún, nada estaba escrito! Mis padres no sabían cómo se tenían que preparar para entrar en la tercera orden, o cómo convertirse en “miembros oficiales”. Era solo algo que se daba a entender, una impresión, un sentimiento. Desde entonces el Padre Buela ya decía que todos los parientes de nuestros religiosos pertenecían a la Tercera Orden. Mis padres siempre se consideraron miembros de la Tercera Orden, aunque nunca hubieran leído la fórmula escrita en un papel.”

“¡Pero, en los inicios, las cosas no tenían una regla aún, nada estaba escrito! [...] Era solo algo que se daba a entender, una impresión, un sentimiento”.

Hay muchas historias como esta. Familias que dejaron empleos cómodos en la ciudad, un futuro asegurado, su reputación ante amigos y compañeros de trabajo, para mudarse a San Rafael. Querían criar a sus hijos con estos pobres seminaristas y hermanas azules que, aunque quizás con sotanas sucias o velos descoloridos, no eran demasiado jóvenes para leer a Santo Tomás de Aquino y no eran tan viejos para jugar con los niños pobres de la calle. Estas familias fueron los primeros miembros de la Tercera Orden, sus hijos son, en este momento, misioneros en los confines más lejanos de la tierra. A veces los milagros son demasiado grandes y nosotros estamos demasiado cerca como para poder comprenderlos.

Pero esto no fue algo que pasó una sola vez. En cada nueva misión, a lo largo de los cinco continentes, perfectos extraños, de diferentes culturas, idiomas y tradiciones encuentran en esos sacerdotes y hermanas misioneros una familia, no de sangre, pero sí espiritual: una familia religiosa.

Como la familia de la hermana en San Rafael, ellos ven la necesidad de los misioneros y se sienten motivados a ayudar. Les proveen de comida, transporte, una sonrisa paciente, una comida con la familia, consejos, trabajos con la electricidad, clases en todos los idiomas imaginables... ¿Y qué piden a cambio? “*Enséñanos a orar*” (Lc 11,1). Ellos piden formación y dirección espiritual.

Todo esto nos lleva a decir: “*hay un gran motivo para regocijarnos aquí*” (1Pe 6), una razón extraordinaria para la Esperanza. Argentinos, peruanos, estadounidenses, rusos, chinos, filipinos, palestinos, egipcios, papuanos, brasileros, africanos, españoles, franceses, alemanes, holandeses, tayikos o ucranianos: todos nosotros nacemos del mismo espíritu. “*Y lo que nace del Espíritu es Espíritu*”². El entusiasmo innato y la capacidad casi connatural de adoptar nuestra espiritualidad y estilo de evangelización es un signo claro y un recuerdo constante que el trabajo es Suyo. Dios mismo ha preparado los obreros y ha plantado el campo. En cada país, estos laicos “Nuestros” son los miembros fundadores de la Tercera Orden Secular del Verbo Encarnado.

* * * *

¿Qué es la Tercer Orden Secular del Verbo Encarnado?

El Código Romano de Derecho Canónico establece que “*las asociaciones cuyos miembros comparten el espíritu de algún instituto religioso mientras se encuentran en la vida secular, llevan una vida apostólica y luchan por la perfección cristiana bajo la dirección superior del mismo instituto, se llaman terceras órdenes*”.³

La Tercera Orden Secular del Verbo Encarnado “*es una asociación de fieles cristianos, cuyos miembros, mientras viven en el mundo, desean compartir el espíritu de nuestra familia religiosa para encontrar un camino seguro y eficaz a su propia perfección cristiana en todas las áreas de vocación laica y, a través de los apóstolados, trabajan por la santificación de todos los pueblos bajo la dirección superior del Instituto del Verbo Encarnado y del Instituto Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará*”⁴.

2 Jn 3, 6

3 *Código de Derecho Canónico*, Can. Nro 303 http://www.vatican.va/archive/cod-iuris-canonici/eng/documents/cic_lib2-cann208-329_en.html#TITLE_V. Referencia: 29 de junio de 2019.

4 *Directorio de la Tercer Orden*, n. 4. (Traducción personal) Referencia: Código de Derecho Canónico, Can. N.303.

LOS MIEMBROS DE LA TERCERA ORDEN “DESEAN COMPARTIR EL ESPÍRITU DE NUESTRA FAMILIA RELIGIOSA”

Nosotros queremos que nuestra Familia Religiosa sea guiada por el Espíritu Santo, y no por ningún otro espíritu; que a través, con, en y por María, Él pueda reproducir en nosotros el verdadero Espíritu de Cristo⁵. Nuestro espíritu es un espíritu mariano, “ahí tienes a tu Madre” (Jn 19,25); un espíritu misionero “Id a todas las naciones” (Mt 28,19). Es el espíritu de caridad, porque “he venido a traer fuego sobre la tierra” (Lc 12,49). Es el espíritu de familia, “que ellos sean uno, como tú, Padre, y yo, somos uno” (Jn 17,21). Es el espíritu de príncipe porque “ya no os llamo esclavos... sino amigos” (Jn 15,15). El nuestro es un espíritu de sacrificio, “porque no hay mayor amor que dar la vida por los amigos” (Jn 15,13). Es un espíritu de Fe en la Providencia de Dios, porque “Vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis” (Mt 6,8); fe en la Eucaristía, porque “quien come mi cuerpo y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” (Jn 6,56); fe en la Iglesia, porque “las puertas del infierno no prevalecerán jamás” (Mt 16,18) y en la persona de Pedro porque “sobre esta Roca edificaré mi Iglesia” (idem); fe en la redención y la fuerza transformadora de la Cruz, porque “quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien pierda su vida por mí la encontrará” (Mt 16,25); y fe en la Resurrección de Cristo “para que donde yo estoy, estéis también vosotros” (Jn 14,4). Y por el hecho de que nuestro espíritu es todas esas cosas, es más palpable el espíritu de alegría: “alegraos y regocijaos porque vuestro premio será grande en el Reino de los Cielos” (Mt 5,12).

Nosotros compartimos este espíritu, que es y debería ser visible y evidente en todas nuestras actividades y en cada uno de sus miembros.

**EN ESTE ESPÍRITU LOS MIEMBROS DE LA TERCERA ORDEN DESEAN:
“ENCONTRAR UN SEGURO Y EFICAZ CAMINO HACIA SU PROPIA PERFECCIÓN
CRISTIANA”⁶**

Nuestra Familia Religiosa está compuesta de tres ramas: el IVE (sacerdotes y religiosos), las SSVM (religiosas) y la Tercera Orden Secular (fieles laicos). Cada rama de nuestra Familia Religiosa, fiel a su

⁵ *Constituciones IVE*, n. 17. Rom 8, 9.

⁶ *Directorio de la Tercer Orden*, n. 4. (Traducción personal) Referencia: Código de Derecho Canónico, Can. N. 303.

particular vocación, inspira a los miembros de las otras ramas a esforzarse por la santidad, propia de su estado de vida.

Nosotros, religiosos, contamos con ustedes, los laicos, por sus habilidades personales, conocimientos y colaboración en la misión, y su testimonio de Cristo nos edifica constantemente. En la familia y en la comunidad, en sus sacrificios personales diarios para el bien de los demás, muchos de ustedes nos enseñan con el ejemplo del amor, tanto el Padre como la Madre, que, cuando están arraigados en Cristo, aman lo suyo hasta el final (cf. Jn. 13,1).

Los laicos también se benefician inmensamente por el ejemplo de sus hermanos y hermanas en la vida religiosa. La Constitución Dogmática *Lumen Gentium* enseña que “*quienes entran en el estado de vida religiosa, tienden a la santidad por un camino más estrecho (es decir, a través de los votos de pobreza, castidad y obediencia), estimulan a sus hermanos con su ejemplo*”⁷. La profesión religiosa de los consejos evangélicos “*aparece como un símbolo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vida cristiana*”⁸. Inmersos en las cosas del Señor, la persona consagrada “*nos recuerda que ‘aquí no tenemos una ciudad permanente’ (Heb 13,14), porque ‘somos ciudadanos del cielo’ (Flp 3,20). La única cosa necesaria es buscar a Dios, ‘el Reino y su justicia’ (Mt 6,33), con una oración incesante por la venida del Señor*”⁹.

Los miembros de la Tercera Orden también se benefician enormemente con la regla de la Orden. La Regla, o camino de vida trazado en las constituciones de un Instituto Religioso, es un “*camino seguro y eficaz de perfección cristiana*”. San Juan Pablo Magno explicó que “*cuando la Iglesia reconoce una forma de vida consagrada o un Instituto, garantiza que en su carisma espiritual y apostólico se dan todos los requisitos objetivos para alcanzar la perfección evangélica personal y comunitaria*”¹⁰. Esto significa que, todos los que se comprometen con un cierto nivel de compromiso estable a una regla religiosa aprobada por la Iglesia, pueden esperar con certeza obtener la perfección de la caridad: en una palabra, convertirse en santos.

⁷ *Lumen Gentium*, 13.

⁸ *Lumen Gentium*, 44.

⁹ *Vita Consecrata*, 26.

¹⁰ *Vita Consecrata*, 93.

Nada podría ser posible sin el cuidado espiritual y sin la guía de los sacerdotes y religiosos del Instituto del Verbo Encarnado. Como Padres de nuestra familia religiosa y como cabeza de familia, ellos tienen “*la tarea cualificada y preferencial de ver que todos los miembros de nuestra Familia Religiosa, las Hermanas Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará y la Tercer Orden Secular, estén formados en el genuino espíritu de nuestra Familia Religiosa*”. A través del sacramento de su sacerdocio y de su fidelidad al carisma, Cristo santifica a la entera Familia Religiosa.

“VIVIENDO EN EL MUNDO, DESEAN PARTICIPAR DEL ESPÍRITU DE NUESTRA FAMILIA RELIGIOSA [DEL VERBO ENCARNADO] PARA BUSCAR DE MODO MÁS SEGURO Y EFICAZ LA PROPIA PERFECCIÓN CRISTIANA EN TODO EL AMPLIO CAMPO DE LA VOCACIÓN LAICAL”.¹¹

Dentro del estado laico existe un número de diferentes vocaciones o llamados de Dios, y cada uno indica un particular camino de santidad. El camino de la humanidad hacia la santidad fue definitivamente revelado cuando Jesucristo, el Verbo de Dios, unió nuestra humilde naturaleza humana a su Persona Divina. Cada vocación encuentra su fundamento último en la indisoluble unión de la humanidad y divinidad de Cristo.

La vocación al sacramento del matrimonio es un signo externo al mundo de la unión de Cristo con su Cuerpo Místico, la Iglesia. Cristo elevó la alianza matrimonial a la dignidad de un sacramento transformando el vínculo indisoluble de un hombre y una mujer bautizados en una fuente eficaz de gracia. En el hogar, “*los cónyuges tienen su propia vocación: el ser mutuamente y para sus hijos testigos de la fe y del amor de Cristo. La familia cristiana proclama en voz muy alta tanto las presentes virtudes del Reino de Dios como la esperanza de la vida bienaventurada. De tal manera, con su ejemplo y su testimonio arguye al mundo de pecado e ilumina a los que buscan la verdad*”¹².

Otros miembros de los fieles laicos están llamados a entrar en una unión similar, no en un compromiso de amor establecido con otra persona humana, pero sí con Dios mismo. Estos laicos se consagran ellos mismos a Dios por medio de votos u otras promesas. Estos hombres y mujeres buscan seguir e imitar a Cristo más perfectamente en una vida de castidad consagrada. Su deseo es complacerlo a Él, y sólo a Él, en todas las cosas.

¹¹ Directorio de la Tercer Orden, nro. 4.

¹² *Lumen Gentium*, 35.

Logran la perfección de la caridad a través de una vida de total servicio a la espera de la venida del Reino de los Cielos.

Lo que ambas de esas vocaciones tienen en común, y esta es la característica esencial de la vocación laical, es su naturaleza *secular*.

“El carácter secular es propio y peculiar de los laicos... A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretrejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad”¹³.

LA RELACIÓN DE LOS MIEMBROS DE LA TERCERA ORDEN DEL IVE

La hermandad del Verbo Encarnado

Nuestra Tercera Orden acoge y abraza en su tesoro espiritual estas vocaciones seculares en toda su fecundidad y diversidad apostólica. La estructura de 3 niveles de la Tercera Orden del IVE corresponde a la vocación particular de los miembros y al nivel de compromiso que desean asumir dentro de la Familia Religiosa.

La forma más amplia de asociación con la Tercera Orden del IVE se conoce como la “Cofradía” o “Hermandad” del Verbo Encarnado. Todos aquellos fieles laicos católicos o sacerdotes que, como amigos, benefactores, o familiares desean tener alguna participación en el espíritu de Nuestra Familia Religiosa, forman parte de este nivel en la Tercera Orden.

Unidos por los lazos de caridad y oración, esos miembros buscan dar individualmente testimonio del Verbo Encarnado, en el desarrollo cotidiano de la vida: en la familia, en el trabajo, en la escuela, en la parroquia y en todas las demás áreas de la sociedad a su alcance.

“Los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, son admirablemente llamados y dotados, para que en [...] todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el

¹³ *Lumen Gentium*, 31.

cotidiano trabajo, el descanso de alma y de cuerpo, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo”. [...] “Los laicos consagran el mundo mismo a Dios ”.¹⁴

Este es el primer deber y el apostolado prioritario del miembro de la Tercera Orden, porque no hay un área de nuestra vida diaria individual que no pueda ser santificada y consagrada a Dios. Dicho esto, si todos los miembros de la Tercera Orden son conscientes de su deber inalienable de “consagrar el mundo a Dios” y de “hacerlo conocer a través de una vida resplandeciente en la fe, la esperanza y la caridad”, también saben que esto es imposible a menos que permanezcan en unión con Él. “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante, porque sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5).

Esta unión se busca en 4 formas principales:

1. El cumplimiento exacto de sus deberes de estado: al buscar ser fieles en sus obligaciones con Dios, su familia, su sociedad local y el país, cueste lo que cueste.

2. Testimonio auténtico de la vida cristiana. El fiel cumplimiento de nuestras tareas en el espíritu de fe, esperanza y caridad hace que Cristo esté presente en el mundo. “Los laicos cumplen esta misión de la Iglesia en el mundo, ante todo, por aquella coherencia de la vida con la fe por la que se convierten en la luz del mundo; por su honradez en cualquier negocio, que atrae a todos hacia el amor de la verdad y del bien, y por fin a Cristo y a la Iglesia; por la caridad fraterna, por la que participan de las condiciones de la vida de los trabajos y de los sufrimientos y aspiraciones de los hermanos, y disponen insensiblemente los corazones de todos hacia la operación de la gracia salvadora”.¹⁵

3. Apostolado de la oración. En cualquiera de estas formas, la oración es la primera fuente de toda actividad apostólica. Para los miembros de la Tercera Orden, nuestra vida de oración debe incluir la frecuente y atenta participación en el Santo Sacrificio de la Misa, la devoción Eucarística, la devoción a la Pasión de Cristo, y todas las expresiones de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen María, rezando el rosario diariamente, en la medida de lo posible.¹⁶

¹⁴ *Lumen Gentium*, 34.

¹⁵ *Apostolicam Actuositatem*, 13.

¹⁶ *Directorio de la Tercer Orden*, 401-404.

4. Colaboración en los trabajos de nuestros religiosos. Los laicos de nuestra Familia Religiosa deben destacarse por su disposición a ayudar, material y espiritualmente, a nuestros misioneros en la gran obra de evangelización. De este modo, ellos buscarán la unión con Dios por medio de la participación activa en Sus obras.

Asociaciones de laicos

Más allá del compromiso de convertirse en embajadores de Cristo en su vida diaria, algunos laicos perciben un llamado a un compromiso apostólico más profundo en nuestra Familia Religiosa. El segundo grado de la Tercera Orden está formado por movimientos de laicos apostólicos. Aquí, nuestra Familia Religiosa recibe a todos aquellos fieles entusiastas que quieren cumplir el mandamiento de Cristo: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio”. Estas asociaciones de laicos están inspiradas por algunos aspectos particulares de evangelización (como educación, política, catecismo, devoción al Sagrado Corazón, obras de misericordia, etc.) y desean asumir un compromiso apostólico mayor y más centrado.

Consagración laical

Otros laicos buscan una participación aún mayor en el carisma del Verbo Encarnado. Los miembros de primer grado de la Tercera Orden se comprometen libremente a una más perfecta imitación de Jesucristo por medio de la castidad consagrada junto con otros votos privados o promesas. Por medio de esos votos, los miembros consagrados de la Tercera Orden se abren a una participación más grande e íntima en la espiritualidad y el carisma de nuestra Familia Religiosa. Fortalecidos por una gran gracia de su especial consagración, disfrutan de los derechos y deberes propios de su llamado. Esto incluye una vida de intensa oración, lectura y meditación de las Sagradas Escrituras, participación en la Santa Misa, confesión frecuente, dirección espiritual, Ejercicios Espirituales regulares, etc. Así, estos miembros contribuyen en gran medida a la fecundidad sobrenatural de la Familia Religiosa.

* * * *

La Tercera Orden es “una parte esencial y constitutiva de la Familia Religiosa del Verbo Encarnado”. Esto significa que es “parte de la más íntima naturaleza”¹⁷ de nuestra Familia Religiosa. Así como la sangre, huesos y pulmones, son esenciales al cuerpo humano, o las páginas al libro, la Tercera Orden Secular es una parte esencial y constitutiva de la Familia Religiosa del Verbo Encarnado. Dios, llamando a los hombres al sacerdocio del Verbo Encarnado y a las mujeres a consagrarse a la vida religiosa en las Servidoras del Señor, ha designado también a una parte de fieles para que vivan su vocación laical en esta Familia Religiosa. Y esta familia está incompleta sin ellos.

La fidelidad a nuestro fin específico exige que trabajemos junto con los miembros de nuestra Tercera Orden, y en general, con todos los amigos de buena voluntad que están seriamente comprometidos con la urgente tarea de evangelizar la cultura. La evangelización de la cultura es imposible si los laicos no trabajan por transformar con el poder del evangelio aquellas áreas de vida humana que son propiamente suyas.

Actualmente, los laicos católicos bautizados forman alrededor del 99.9% de los miembros de la Iglesia¹⁸. Hay cerca de 1,3 billones de laicos y solo 1,162 millones de clérigos y religiosos. Por supuesto, el impacto espiritual de la Iglesia no puede reducirse a números; el poder de Cristo está misteriosamente trabajando en las almas de los hombres. De todos modos, 1,3 billones de laicos significa al menos 1,3 billones de vecinos, compañeros de trabajo, cónyuges, hijos, padres, 1,3 billones de personas que pagan sus cuentas, esperando en la fila del supermercado, golpeando en la puerta de Departamento de Vehículos Motorizados, educando a sus hijos, rezando afuera de clínicas abortistas, diciendo “sí” a la vida y “no” a la cultura de la muerte en todas sus formas. ¿Cómo sería el mundo si solo la mitad de los 1.3 billones de católicos buscaran ser “*guiados por el espíritu del Evangelio*” para “*trabajar para la santificación del mundo desde dentro a modo de levadura*;

17 Constitutivo: Adj. “ser parte de la naturaleza más íntima de una persona o cosa.” Meriam Webster Thesaurus. <https://www.merriam-webster.com/thesaurus/constitutive>. 29 de junio de 2019.

18 En el año 2017 el *Georgetown Center for Applied Research in the Apostolate* registró 1.313 billones de católicos en el mundo, de los cuales, solo 1.162 millones pertenecen al clero o a la vida religiosa: menos que 0.1%. <https://cara.georgetown.edu/frequently-requested-church-statistics/> visitado el 30 de junio de 2019.

*dando a conocer a Cristo a los demás, por el testimonio de una vida resplandeciente en la fe, la esperanza y la caridad?*¹⁹

Su vocación laical los lleva a buscar esas realidades temporales, personas, lugares, circunstancias, que en la mayoría de los casos son inaccesibles para los religiosos. Los laicos deberán aprender a moverse con la libertad propia de los hijos de Dios. No hay críticos, ni adictos a la televisión, no tiren la toalla y digan “¡No, de ninguna manera estoy haciendo eso!”. Cuando nosotros, católicos, no nos involucramos, adivinen quién lo hace: ¡el enemigo!²⁰. El mundo tiene una necesidad desesperada del verdadero y vibrante testimonio propio de los laicos católicos. Dependemos de ustedes para llevar a cabo el trabajo de la evangelización de la cultura.

* * * *

Para concluir, me gustaría ofrecerles un texto del Padre Nieto, IVE, que expresa más elocuentemente la importancia de nuestro trabajo como una Familia Religiosa a ser fieles en lo que Dios nos ha confiado.

“Siempre debemos tener presente que Cristo nos ha llamado individualmente, pero para formar una familia, la Familia Religiosa del Verbo Encarnado. Nuestro Instituto junto a las Hermanas Servidoras del Señor y la Virgen de Matará y a los numerosos miembros de la Tercera Orden dispersos en todo el mundo, conforma en la Iglesia una Familia espiritual peculiar con la misma espiritualidad y la misma misión para ayudarnos mutuamente en el cumplimiento de la vocación personal. Así nos pensó Dios y esa es nuestra identidad. Por tanto, nuestro seguimiento de Cristo se vive en fraternidad. Es decir, con espíritu de cuerpo²¹.

Ser parte de una Familia Religiosa implica, entre otras cosas, que debemos actuar siempre como familia y mostrarnos siempre como familia.²²

Simplemente porque nuestra vocación como religiosos del Verbo Encarnado trae implícito el vivir como familia: “Amar la vocación es amar al propio Instituto y sentir la comunidad como verdadera familia. Amar según la propia vocación es amar con el estilo de quien, en toda relación humana, desea ser signo claro del amor de Dios, no avasalla a

¹⁹ *Lumen Gentium*, 31.

²⁰ cf. P. CARLOS BUELA, “La Tercer Orden secular,” video conferencia.1

²¹ Cf. *Directorio de vida fraterna*, nro 25.

²² Cf. *Constituciones IVE*, n. 92.

nadie ni trata de poseerle, sino que desea y quiere el bien del otro con la misma benevolencia de Dios.”²³

Por eso, actuar como Familia Religiosa no es otra cosa que el trabajo constante y fiel de cada uno de sus miembros (...), de manera que todos los que nos vean nos reconozcan por ese estilo característico y particular del Verbo Encarnado. Este actuar como familia requiere además unidad en los criterios, para lo cual es importante la buena comunicación, pues esta contribuye a que todos se sientan corresponsables²⁴(...).

Todo esto nos lleva a un servicio generoso y desinteresado en la misión, inspirado en la comunión del mismo carisma. Y se manifiesta, entre otras cosas, en el luchar juntos en el empeño misionero, en el dar prioridad a las obras de la Familia Religiosa, en saber sacrificarse desde el propio lugar para que el Instituto pueda lograr obras de mayor envergadura, en mostrarse cercano y dispuesto a ayudar, en estar disponible siempre a tender una mano, etc. En una palabra, es vivir en el más y por encima de la locura de la cruz²⁵.

Lo anteriormente dicho debe ser el rumbo ordinario de nuestra conducta, y se vuelve particularmente significativo al considerar el momento crucial que atraviesa nuestra Familia Religiosa.

Lo importante es trabajar en un proyecto en común, dando prioridad a las obras de la familia y apostolados propios, potenciándolos con gran energía y magnánima generosidad, afanándonos conjuntamente por aquellos apostolados de mayor injerencia en la evangelización. La experiencia atestigua, y es patente en numerosísimos emprendimientos apostólicos, que el trabajo en equipo de todos los miembros –rama femenina, masculina y Tercera Orden– le da una gran fuerza a nuestra Familia Religiosa, le da una intensidad que de otro modo quizás no tendría y que, además de sostener y reforzar enormemente la vida y la misión de nuestra Familia entera, se convierte en un manantial de bendiciones que nos une aún más fuertemente. Dios se complació en otorgarnos la gran gracia y el privilegio de asociar el Instituto del Verbo Encarnado con las Hermanas Servidoras del Señor y con los miembros de la Tercera Orden por vínculos que son inseparables [...] Por lo tanto, es nuestro deber el

²³ Cf. *Directorio de Vida Fraternal*, 45; op. cit. CONGREGACIÓN PARA INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y ASOCIACIONES DE VIDA APOSTÓLICA, *Vida fraternal en comunidad*. “Congregavit nos in unum Christi amor,” 37.

²⁴ *Directorio de Vida Consagrada*, 388; op. cit. Cf. *Vita Consecrata*, 45.

²⁵ Cf. *Directorio de Vida Consagrada*, 398.

mostrarnos como una Familia Religiosa y orgullosos de ello con un orgullo santo, dando testimonio ante el mundo de lo que somos.

Dios podría habernos enviado a la misión, así sin más, como lo ha hecho con tantísimas congregaciones masculinas. Pero para mayor manifestación de su magnificencia y según su insondable benevolencia, nos ha dado en la segunda y tercera orden preciosos baluartes para ayudarnos en nuestra santificación y en la sublime tarea de la evangelización.

[...]Ciertamente que en el apostolado realizado como Familia Religiosa –siendo hombres y mujeres limitados como somos– naturalmente vamos a encontrar dificultades y desacuerdos. Pero, frente a eso, hay que tener mucha paciencia, caridad, magnanimidad y esforzarnos siempre por practicar el sabio consejo de san Juan de la Cruz: “donde no hay amor, ponga amor y encontrará amor”.²⁶

Déjeme decirlo así, lisa y llanamente: ¡Nuestra Familia Religiosa es un tesoro! y un grandísimo don del Cielo con que Dios ha querido enriquecer a su Iglesia. Debemos hacerlo fructificar y así compartir con el mundo entero la riqueza inmensa de la que gozamos: nuestro magnífico carisma. Démonos cuenta de que el mundo necesita de nuestro testimonio como Familia Religiosa.

Démonos cuenta de la importancia del papel que tiene nuestra Familia Religiosa en la misión de la Iglesia. Nosotros debemos ser la “buena noticia”, que a alta voz proclama que el mundo no puede ser transformado sino según el espíritu de las bienaventuranzas. ¡Cuántos bienes se seguirán de ello! ¡Cuántas vocaciones! ¡Cuántas almas van a ser interpeladas por el testimonio del verdadero amor sacrificial por la familia, que tanto necesita el mundo moderno!”²⁷.

26 SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras Completas*, Las cartas, a Madre María de la Encarnación, OCD, (6 de Julio de 1591).

27 PADRE GUSTAVO NIETO, Carta Circular 32/2019. “Dios le ha puesto al cuidado de su familia” Roma- 1 de Marzo de 2019.

Español

LA VIDA Y LA FAMILIA: CONCRETOS Y URGENTES
PUNTOS DE LA EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA

Autor: Dr. Eduardo y Clara Maggiora, terciarios del IVE.

Lengua original: español

Roma (Italia) 2 de agosto de 2019

1. Presentación Javier

Mi nombre es Francisco Javier María Maggiora, soy el menor de 15 hermanos. Tengo 12 años y mis padres, Eduardo y Clara, me adoptaron cuando tenía 2 años. Como pueden ver, nací con una malformación en mis brazos y piernas que no me permite hacer muchas cosas de la vida de todos los días y por eso mi familia me ayuda en casi todas mis necesidades.

Mi discapacidad es un gran desafío para mí. Cursé la escuela primaria en un colegio que queda a una cuadra de mi casa y a partir de este año, que empecé la secundaria, soy un homeschooler, estudio desde mi casa.

El esfuerzo que tengo que poner para vivir puede ser de gran aliento para muchas personas.

Estoy muy agradecido a Dios porque me adoptaron. Tengo una familia que con amor me ayuda en la vida cotidiana. Al ser una familia católica, conocí a Dios y puedo vivir mi discapacidad con alegría. Además es muy divertido tener muchos hermanos.

2. Presentación Familia

Somos Eduardo y María Clara y como habrán escuchado en la presentación, venimos desde Bella Vista, Buenos Aires, Argentina, a contarles nuestra experiencia como padres en una familia católica numerosa con hijos biológicos y adoptivos.

Tenemos 56 y 54 años, 15 hijos, 2 biológicos, las 2 mayores y 13 adoptivos, una de ellos la número 11 ya está en el Cielo, como nos dijo el sacerdote que celebró la misa el día de su entrada al Cielo “descansa eternamente en Dios”. María Victoria falleció a los 2 años y 10 meses de edad, y luego de sólo 8 meses de haber llegado a nuestra familia. Nació a los 5 meses de gestación por un intento de aborto provocado por su madre biológica, y como consecuencia de su nacimiento prematuro, sufría una parálisis severa que le dificultaba mucho caminar y hablar, a pesar de lo cual durante el tiempo que fue nuestra hija, aprendió a decir “papá” y tres días antes de entrar en coma dijo “mamá”. Falleció hace 18 años, por una meningitis provocada por la contaminación de la válvula encefálica que le colocaron al nacer. Por haber llegado a nuestra familia, recibió los sacramentos del Bautismo y la Confirmación. Por la adopción católica falleció rodeada de una familia y entró al Cielo.

Como les dijimos, nuestras dos primeras hijas son biológicas, la mayor, de 31 años, María de la Ascensión de Jesús, es religiosa en la rama femenina del Instituto del Verbo Encarnado, actualmente misionera en Ecuador, la que le sigue, María Agustina, de 30 años está casada y acaba de tener, el mes pasado, su cuarto hijo.

Además de esta hija religiosa, tenemos otras dos hijas en la rama femenina del Instituto, María Vera Luce, de 23 años, actualmente en Egipto y Juanita, de 17 años en el último año del Aspirantado Beata Laura Vicuña de San Rafael, Mendoza, Argentina.

De nuestros 13 hijos adoptivos, 7 tienen discapacidades sensoriales, mentales o motoras, Eduardo de 26 años, María Isabel de 24, María del Carmen de 22, María Victoria que actualmente tendría 20, Alfonso de 20, Camila de 20 y Javier de 12. Los otros 6 son hermanos biológicos de la misma madre, María de 26, Andrés de 25, María Vera Luce de 23, María Belén de 22, María del Pilar de 20 y Juana de 17. Los dos mayores de este grupo de hermanos llegaron a casa porque en la justicia no encontraban postulantes para ser sus padres adoptivos ya que padecían una enfermedad nueva,

poco conocida, y que producía incertidumbre respecto de su vida futura, hace 20 años. El resto de sus hermanos fueron nuestros hijos por nuestra decisión de mantener el vínculo entre ellos. Actualmente todos han superado el problema de salud con el que nacieron. Dos hijas de este grupo de 6 hermanos, cumplida su mayoría de edad, abandonaron la familia luego de muchos años de tratar por todos los medios posibles de establecer un vínculo a través de una comunión de valores que nunca quisieron aceptar. Fueron momentos de mucha tristeza, preocupación y angustia para todos, pero la familia, unida y con ayuda de Dios, logró superar esos tiempos muy difíciles.

Además, nos esperan en el Cielo 5 hijos que perdimos por dos abortos naturales y tres embarazos ectópicos, lo que sucedió durante la llegada de nuestros primeros hijos adoptivos.

Como pueden ver, por los 32 años que llevamos de casados, más 5 años de noviazgo, nuestra familia nace, prácticamente, junto al Instituto del Verbo Encarnado. Aceptamos la invitación del Padre Andrés Bonello para dar este testimonio, a pesar de nuestras limitaciones, por una deuda de gratitud con el Instituto y, especialmente, con su fundador, el Padre Buela, por lo que significaron y significan como apoyo y seguridad para nuestro matrimonio y la familia.

Tomando las palabras de San Juan Pablo II en el Directorio de Evangelización de la Cultura de las Servidoras, decimos que hoy requieren una atención especial y un compromiso extraordinario los grandes desafíos en los que amplios sectores de la familia humana corren mayor peligro, en especial la defensa de la vida humana en todas sus etapas, desde la concepción hasta la muerte natural, y a la promoción de la familia fundada en el matrimonio. Este es el ámbito de los laicos que tienen como vocación propia buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales, ordenándolas según Dios e informándolas con el espíritu evangélico.

Los laicos tenemos la misión de restaurar la familia en Cristo.

Es por esto que estamos convencidos que la defensa de toda vida humana es parte esencial e ineludible de la evangelización de la cultura.

3. Noviazgo

En nuestra juventud, hace ya varios años, estando de novios conocemos al Instituto a través de un gran amigo, Diego Ibarra, padre de muchos misioneros del Instituto, quien nos invita a hacer los ejercicios espirituales según el método de San Ignacio de Loyola, con el padre Carlos Buela. Era el año 1984.

Si bien llevábamos una vida de católicos practicantes y teníamos pensado formar una familia católica, la experiencia de los ejercicios espirituales según el método de San Ignacio, produjeron en nuestra alma una conversión que nos llevó a replantearnos nuestra vida y a tener por objetivo vivir el evangelio de una manera radical en lo personal y en nuestra futura vida matrimonial y familiar.

Esto produjo un cambio en nuestro noviazgo ya que empezamos a vivirlo con ese ideal de vida matrimonial

A partir de los Ejercicios Espirituales entendimos que el noviazgo católico debía ser una verdadera preparación para el matrimonio. Durante esos años teníamos que lograr una gran capacidad de diálogo, una profunda amistad, y lo más importante, mantener la comunión en la Fe, la que compartíamos pero debíamos profundizar para poder vivir una sólida vida personal y matrimonial sobrenatural que es lo que hace posible superar las dificultades, sacrificios, sufrimientos y disfrutar las alegrías y éxitos que se viven a lo largo de la vida de una familia.

Años más tarde, comprendimos la importancia de buscar permanentemente una sólida formación espiritual y lograr un gran conocimiento mutuo durante el noviazgo ya que eso nos permitió tomar la decisión, de una manera natural y sin dudar, entendiéndolo que era la voluntad de Dios, de recibir como hijos de nuestra alma, a nuestros 13 últimos hijos, que llegaron a nuestra familia entre el mes de agosto de 1993 y el mes de junio de 2009, con las discapacidades e inconvenientes que ya les contamos.

Es por todo esto que los padres debemos preparar a nuestros hijos desde pequeños en el conocimiento de sí mismos para que puedan cumplir la vocación a la que Dios los llame. Si es al matrimonio, cuando llegue el momento y conozcan a la persona que Dios ha elegido para compartir su vida, sepan y puedan vivir santamente ese tiempo de noviazgo católico.

Ese amor de los novios católicos es espiritual y libre, busca el bien del amado, es generoso hasta el olvido de sí mismo, busca en el otro al mejor amigo, es selectivo y por lo tanto, fiel, y finalmente, se completa con el sacramento del matrimonio. (P. Miguel A. Fuentes “Los hizo varón y mujer”).

4. Matrimonio

Nosotros recibimos el sacramento del matrimonio el 7 de noviembre de 1986, fiesta de María Medianera de todas las Gracias, con la vocación de tener una familia numerosa, inspirados por amigos un poco más grandes que ya la estaban formando. Ver la vida cotidiana de familias numerosas tuvo un efecto de contagio en nosotros. A los 11 meses de habernos casado nace nuestra primera hija, María de la Ascensión de Jesús y luego de un poco más de un año, nace la segunda, María Agustina, mamá de nuestros cuatro nietos. En ese momento Dios decide que tengamos nuestra primera cruz familiar.

María Clara queda parcialmente estéril como consecuencia de una mala praxis, luego de la cesárea por la cual nace nuestra segunda hija. Esto provocó que existieran bajas probabilidades de lograr un embarazo el que sólo era viable utilizando diferentes técnicas de fertilización, que descartamos. No fue fácil esa renuncia, ya que se nos ofrecía la posibilidad de poder seguir teniendo hijos biológicos, pero con la intervención de la mano del hombre.

Durante el noviazgo, en la preparación para el futuro matrimonio, la formación recibida por buenas lecturas, los ya mencionados ejercicios espirituales y los buenos ejemplos de otros matrimonios nos ayudaron a comprender que ese amor que nos iba a unir por el sacramento, debía cumplir ciertas características: ser total, o sea un amor en cuerpo y alma, unitivo, uniendo nuestras diferencias y complementándonos en una unión física, el acto conyugal: “serán una sola carne” (Génesis 2,24), en una unión afectiva, manteniendo cada uno su psicología pero acompañando afectivamente al otro, y en una unión espiritual, además debía ser fructuoso, ayudándonos a madurar como esposos y en la procreación de los hijos. (P. Miguel A. Fuentes “Los hizo varón y mujer”).

Sin tener aún la certeza médica de que no íbamos a poder tener más hijos biológicos, y movidos por la sed de cumplir con esta finalidad conyugal, comenzamos los trámites para adoptar un hijo, con cierta naturalidad ya que nuestra vocación a ser padres adoptivos es anterior

a la imposibilidad de tener hijos biológicos. Durante nuestro noviazgo de 5 años, habíamos conversado sobre la posibilidad de la adopción. Queríamos formar una familia abierta a la vida por el camino que Dios dispusiera. Con el tiempo, entendimos cómo Dios nos va preparando el alma para cumplir la vocación que eligió para nosotros, afrontando las cruces que ésta conlleva.

Así empezamos el camino nuevo y desconocido de la adopción.

5. La familia católica

El ideal de la familia procede de Dios. El catecismo de la Iglesia Católica nos enseña que “La familia cristiana es una comunión de personas, reflejo e imagen de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo. Su actividad procreadora y educativa es reflejo de la obra creadora de Dios” (CIC 2205). “La familia es la comunidad en la que, desde la infancia, se pueden aprender los valores morales, se comienza a honrar a Dios y a usar bien la libertad. La vida de familia es iniciación a la vida en sociedad” (CIC 2207).

El Directorio de la Tercera Orden del Instituto, en el número 95, nos dice que la vida de Jesús, de María y de José debe ser el espejo donde se miren todas las familias cristianas. Cada vínculo familiar debe imitar a la Sagrada Familia, imitar las virtudes de sus integrantes, con sus peculiaridades propias, y revivir sus ejemplos para que cada hogar reedite el de Nazaret. A semejanza del sagrado hogar, debemos lograr que Cristo sea el centro de toda familia humana. Sólo así nuestros hogares serán plenamente alegres y encontrarán la verdadera felicidad, pues imitan al matrimonio más feliz del mundo.

La vida sacramental a través, especialmente de los sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación, alcanzan para nuestras familias, la santidad a la que Dios nos llama. La Misa en familia, en lo posible, con todos presentes, los Domingos y fiestas de la Iglesia y también, fechas familiares importantes, fortalecen la vida familiar.

También a través de la oración familiar es que podremos ir acercándonos a la Sagrada Familia y así hacer el bien y poder salvarnos: “*Sin Mi nada podeis hacer*”(Juan 15,5).

Nos dice Jesús: “*Os digo la Verdad, que si dos de vosotros os uniereis en la tierra para pedir cualquier cosa, os lo dará mi padre que está en el Cielo. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre allí estoy yo en medio de ellos*” (Mateo 18,19).

El contenido de esa oración es la misma vida de la familia. La familia pide en su felicidad pero también pide en medio de su dolor.

Como les contábamos anteriormente, María Clara, luego del nacimiento de nuestra segunda hija, queda parcialmente estéril. Entonces, como sucede en esas situaciones, le hacen estudios, análisis, etc.

Antes de uno de los estudios en que se iban a definir las posibilidades que teníamos para seguir siendo padres, y así cooperar con Dios en el milagro que significa traer un nuevo hijo al mundo, y con la angustia que nos producía la posibilidad de no poder dar más vida y no poder continuar la vocación que teníamos a formar una familia numerosa, decidimos ir en familia al Santuario Nacional de la Virgen de Luján que queda a 40 kilómetros de nuestra casa. Allí, junto a nuestras dos hijas pequeñas y frente a nuestra Madre de Luján, patrona de nuestra Patria Argentina y del Instituto del Verbo Encarnado, pedimos el milagro de la solución de ese problema que nos impedía tener hijos o la resignación ante lo que Dios dispusiera que, como luego sucedió, no iba a ser el camino de la paternidad natural. Le pedimos poder aceptar la voluntad de Dios en los signos visibles y cotidianos, que fue lo que marcó las futuras adopciones de nuestros hijos.

El vivir atentos a esos signos nos permitió entender cuál era la voluntad de Dios en cada situación de adopción que se nos fue presentando. Y de esta manera se fue conformando nuestra familia numerosa.

La voluntad de Dios es nuestra santificación. En la primera carta a los Tesalonicenses (4,3), San Pablo nos llama a los cristianos y por ende a la familia, a la santidad. Por eso aquél que deja su vida por la santificación de su cónyuge y sus hijos, no ha perdido su vida a pesar de que a veces por sus resultados, parezca que sí. Por el contrario, la ha ganado porque: *“ha atesorado para el Cielo”* (Mateo 6,20).

Ese primer movimiento que Dios impulsó a nuestra alma de ir a pedirle a su Madre consuelo y auxilio ante una necesidad familiar, nos ayudó a entender que la fuerza y el sostén de nuestra familia solo la íbamos a encontrar en la unión con Cristo y su Madre, mediante la oración.

Cuando recibimos la triste noticia de las escasas posibilidades de seguir teniendo hijos, comenzamos una novena al Niño Jesús de Praga que rezábamos en familia, se transformó en permanente y duró varios años, e incluía varias intenciones que aún hoy nuestras hijas mayores recuerdan, entre las que se encontraba la más importante que era “tener muchos hermanitos”. Evidentemente esa oración dio muchos frutos.

Fue una oración hecha en familia que Dios escuchó dándonos hijos a nosotros y hermanos a nuestros hijos.

Muchas fueron las ocasiones en la vida familiar que sirvieron para hacer de la oración algo natural y necesario para la familia. Es reconfortante como padres ver que, ante alguna necesidad o agradeciendo un favor de Dios, un miembro de la familia recurra a la oración.

Esto nos demostró que los principales educadores en la oración somos nosotros, los padres, enseñándoles a rezar a nuestros hijos, pero además, dándoles ejemplo en la oración.

De esta manera la oración se transforma en algo propio de la familia y provoca frutos de pacificación, se vuelve parte de las actividades cotidianas de una familia: bendición de la mesa, rosario diario, adoración eucarística y la Santa Misa.

El abandono a la voluntad de Dios sostenido por la oración fue lo que transformó nuestro amor que se había quedado estéril, en un amor fructuoso.

Comprendimos que el amor así entendido es un mandato divino: Procread y multiplicaos. Llenad la tierra (Gen. 1,28).

Todo amor de los esposos debe dar frutos y el que no lo da es un amor muerto.

La pregunta es si ese fruto tiene que ser necesariamente la vida de los hijos.

La respuesta es, sí. La vida humana es fruto propio del amor conyugal. Dice el catecismo: “El niño no viene de fuera a añadirse al amor mutuo de los esposos; brota del corazón mismo de ese don recíproco (CIC. N°2366).

San Juan Pablo II dice que la fecundidad es fruto y signo del amor conyugal (Familiaris Consortio, 28).

La fecundidad es lo más sagrado que tienen el hombre y la mujer es aquello en lo que guardan semejanza con el poder creador de Dios.

Nosotros los padres, colocamos las condiciones para que se dé una concepción a través del acto conyugal, pero de cada acto no se sigue, necesariamente, una nueva vida. Este misterio es un marco esencial a todo nacimiento porque nos recuerda que no podemos programar un hijo ya que éste depende de nosotros y de Dios que creará e infundirá el alma.

Este misterio nos recuerda que el hijo es un don, un regalo de Dios.

La iglesia, que está a favor de la vida, enseña que todo acto matrimonial debe estar abierto a la transmisión de la vida (CIC 2366).

Esta finalidad y apertura a la vida se tradujeron, en nuestro caso, en las adopciones de nuestros hijos, que, por eso, tiene una base sobrenatural y consecuencias sobrenaturales.

El Salmo 26, dice “Si mi padre y mi madre me abandonan, Yahvé me recogerá”. Dios nunca nos abandona. Menos aún va a abandonar a un niño indefenso, un alma creada por El, un alma que tiene que cumplir el plan que Dios tiene dispuesto para ella desde toda la eternidad. Pero el alma de un niño necesita padres, y es allí donde aparecen los padres adoptivos, como colaboradores de Dios para el cuidado y la formación del niño.

De esta forma el padre adoptivo cumple con la misión procreadora y educativa de los padres biológicos que es reflejo de la obra creadora de Dios y esa es su misión (CIC N° 2205).

Esa colaboración con Dios, esa misión, tiene como finalidad educar al hijo para la salvación de su alma y de esta manera nosotros comprendimos que como padres adoptivos estábamos cumpliendo el fin que nos pide la Iglesia de formar una “familia cristiana evangelizadora y misionera”. (CIC 2205).

El ser padres adoptivos nos exigió concentrarnos en una dimensión de la paternidad que muchas veces no es tenida en cuenta.

Es la dimensión puramente espiritual de la paternidad, donde solo se encuentran dos almas. En el caso de la adopción, es lo único que une a padres e hijos, mientras que en la biológica debería ser lo principal y a veces no lo es.

Como nos enseña la Iglesia, son dignos de mención muy especial los que de común acuerdo, bien ponderado, aceptan con magnanimidad una prole más numerosa para educarla dignamente (Gadium et Spes, 50).

Es cierto que los padres debemos responder con responsabilidad, pero la responsabilidad no quiere decir pocos hijos, puede querer decir muchos. Dios no se deja ganar en generosidad. Es cierto que los padres de familia numerosa no podrán atesorar dinero, pero si forman una familia verdaderamente católica, esforzada en vivir las virtudes cristianas imitando a Nuestro Señor, nada les faltará.

“Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro padre Celestial los alimenta. ¿no valeis vosotros más que ellas ?. (Mt.6, 24-34). Y no vale más la familia donde crece física y espiritualmente el hombre creado por Dios?

Sucedió en nuestra familia que cuando teníamos 7 hijos nos avisan de una asesoría de menores que habían encontrado a 3 hermanas de 4, 2 y 1 año que eran hermanas de dos hijos adoptivos nuestros. El llamado lo recibí cuando María Clara acababa de entrar a hacer ejercicios espirituales. Cuando sale recibe la noticia, pero Dios ya había preparado su alma para la decisión que debía tomar, porque el sacerdote durante una de las prédicas les dijo a las ejercitantes que Dios, en la vida espiritual, nos pide que demos saltos. Él nos acompaña en esos saltos con su Gracia y que lo que para nosotros nos parece un salto al vacío, no lo es porque Dios siempre nos sostiene. Obviamente aceptamos el reto que Dios nos ofrecía, a pesar de algunos comentarios contrarios a nuestra decisión, como nos pasó también con otras adopciones.

De un día para otro, pasamos a tener 10 hijos. Dios se encargó, como siempre, de que nada nos faltara. Y por nuestra decisión, Dios nos bendijo con una hija religiosa, Vera Luce, la mayor de las tres nuevas hermanas que habían llegado y que está aquí presente. Vera Luce nos agradeció, el día en que hizo sus primeros votos, y nos dijo, “si ustedes no me hubieran adoptado, yo, posiblemente, no hubiera descubierto mi vocación”. La última de este grupo de 6 hermanas, que llegó tiempo después, siendo un bebé de 1 mes y medio, también está acá, es Juanita, que está cursando su último año en el Aspirantado de Argentina, como ya les hemos dicho. Otra bendición de Dios.

¿Podemos dejar de cumplir el fin del matrimonio por temor a la falta de dinero y decirle a nuestra alma “Descansa, come, bebe, banquetea”? No debemos tener el santo temor de escuchar: “Necios, esta misma noche te reclamarán el alma” (Lc.12, 13-21) ?

Dios nos da un determinado tiempo para tener hijos. No tenemos que especular, porque el tiempo que pasa, no vuelve.

El acto de los padres de dar la vida a un hijo no se agota en el momento del nacimiento. En cada momento de nuestra vida les damos vida. Desde que se es padre y madre se debe continuar con ese trabajo las 24 horas del día de todos los días que nos queden de vida. Se trata de una renuncia a nosotros mismos para cumplir la voluntad de Dios.

Mientras que estamos en época de crianza debemos estar atentos para evitar que nuestra vida social e intereses personales se queden con el tiempo que nuestros hijos necesitan de nosotros. Dar la vida por nuestros hijos consiste en resignar nuestros intereses para atender los de ellos. Cuando los hijos se hacen grandes e independientes y tienen su vida, los padres podremos nuevamente disponer de un tiempo que pensábamos haber perdido. De todos modos, en esta etapa, y con una responsabilidad diferente, pero también dando nuestro tiempo, podemos acompañar a nuestros hijos en la crianza de nuestros nietos. Y si Dios nos bendice con un hijo discapacitado, tendremos la oportunidad de compartir la cruz de Cristo que carga nuestro hijo por el resto de nuestras vidas.

¿Y cómo fue que nuestra familia adoptiva se transformó en numerosa?

Así como estábamos decididos a tener los hijos biológicos que Dios nos mandara, de la misma manera vivimos la adopción sin poner condiciones. Nuestros primeros hijos adoptivos tenían discapacidades físicas o enfermedades. Esto motivó que nuestra familia fuera una posibilidad concreta de un hogar para un niño que, por su salud o edad, tuviera menos posibilidades de ser adoptado. Así fue como empezamos a recibir llamados de juzgados de familia y equipos de adopción preguntándonos si queríamos adoptar estos niños o si conocíamos algún matrimonio católico que “pertenciera a nuestra parroquia” y que quisiera adoptar un hijo, como nos preguntó una vez una jueza. Muchos de estos llamados terminaron en adopciones nuestras, como en el caso de Javier, aquí presente.

La integración de nuestros hijos adoptivos con sus dos hermanas mayores, nuestras dos hijas biológicas fue inmediata. Para esto fue fundamental la formación religiosa que ellas fueron recibiendo desde muy pequeñas, comprendiendo que la felicidad del hombre se encuentra en cumplir con la voluntad de Dios.

Nos dice Santo Tomás que “a la virtud no llega el que sigue sus pasiones”. Por eso debemos formar virtuosamente la voluntad y la afectividad de nuestros hijos. Como padres estamos obligados a conocerlos profundamente para poder guiarlos en la adquisición de las virtudes necesarias, según el temperamento de cada uno.

Para lograr esto es esencial un ambiente familiar propicio. En nuestro caso, como suele suceder en las familias numerosas, la conformación de nuestra familia ayudó mucho para el crecimiento en las virtudes de algunos de nuestros hijos que supieron aprovechar ese ambiente.

La vida dentro de la familia numerosa, guiada por las enseñanzas de la Iglesia, es tierra fértil donde crece con naturalidad la generosidad y la austeridad de una manera particular, contrariamente al individualismo y consumismo que se observa cada vez con más intensidad y que nos ofrece el mundo. Esto lo pudimos comprobar en cientos de situaciones cotidianas que sucedían en nuestra familia. Recordamos una situación muy especial: teníamos 7 hijos que dormían todos juntos en el mismo dormitorio. Con gran esfuerzo pudimos ampliar la casa y hacer dos dormitorios más, lo que permitió que las dos hijas mayores que tenían varios años de diferencia con el resto y estaban cursando la escuela primara, pudieran tener su propio dormitorio, que era el más grande y que arreglaron con mucho esmero. Cuando apenas hacía 15 días que lo habían estrenado, nos llaman de una Asesoría de Menores para avisarnos que habían aparecido las tres hermanas de las que les hablamos antes. Como les contamos, las adoptamos y entonces, el nuevo cuarto grande de nuestras dos hijas mayores pasó a ser cuarto compartido por las 6 hijas mujeres más pequeñas y las dos mayores pasaron a ocupar el cuarto más pequeño de la casa con total naturalidad y sin ninguna protesta. Seguramente habrán sufrido, pero lo aceptaron, porque era algo natural, normal, dentro de la familia. Hoy tienen 31 y 30 años y siempre recuerdan esta anécdota y ahora les causa mucha gracia.

El hecho de que estas virtudes se den en la familia no quiere decir que todos sus miembros las acepten o las vivan. Aquí puede presentarse una cruz particular para nosotros, los padres con actitudes de algunos de nuestros hijos que no aceptan esta forma de vida.

El mundo no está preparado para la familia numerosa. Esto provoca incomodidades y obliga a una constante lucha, especialmente de los padres, para poder solucionar los problemas del funcionamiento de la familia en la vida cotidiana. Muchas veces la imaginación de los padres ayuda a solucionar estos problemas. Estas incomodidades familiares hacen que la austeridad sea una forma de vida familiar.

El hecho de que la familia numerosa esté formada por muchos miembros provoca que las necesidades también sean muchas. Esto la mayoría de las veces, mueve a los integrantes de la familia a estar atentos a esas necesidades.

En el caso de nuestra familia, las necesidades son aún mayores ya que varios de nuestros hijos tienen alguna discapacidad y necesitan aún más de la ayuda de sus hermanos.

Otro tema al que le queremos dedicar unas palabras, es al de la familia como formadora de vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa. Obviamente el ejemplo matrimonial de nosotros los padres ayudará a los hijos que son llamados por Dios al matrimonio a descubrir su vocación, pero no podemos descuidar la vocación de aquellos hijos que Dios llama a la vida consagrada. Esta vocación la debemos presentar con la naturalidad que provoca la cercanía a jóvenes que se han consagrado o que se preparan para ello. Estamos seguros que nuestras visitas frecuentes a San Rafael, Mendoza, que dista a 1.000 kilómetros de nuestro hogar situado en Bella Vista, con la participación frecuente de nuestros hijos desde pequeños en las actividades que el Instituto propone para los jóvenes o para la familia, ha sido para algunos de nuestros hijos semilla de su vocación. El esfuerzo de estos viajes en familia, en aquellos tiempos de muchos integrantes pequeños, dio sus frutos.

Decidida la vocación por nuestros hijos, no debemos obstaculizarla con razones puramente humanas. A nosotros nos sucedió que cuando María de la Ascensión de Jesús, a los 14 años, nos pide entrar en el Aspirantado, como sabemos sucede muchas veces, nos pareció que aún era pequeña y además era un muy buen ejemplo para el resto de sus hermanos como hermana mayor, entonces le dijimos que tenía que esperar unos años, que aún no podía entrar. A los pocos meses de esta decisión, fallece nuestra hija María Victoria, que en ese momento era la más chiquita de nuestros hijos, y tuvimos el mismo pensamiento: Dios se lleva los hijos cuando Él dispone. Por qué no entregarle una hija cuando Él la pide.

Luego de entregar ese hijo a Dios y especialmente si es pequeño, debemos acompañarlo, material y afectivamente por el resto de nuestra vida.

Nuestros hijos religiosos dejan su vida por Cristo eligiendo la incomodidad y el sacrificio. Esa decisión muchas veces nace de nuestras enseñanzas a lo largo de la niñez, por eso ese “acompañarlos”, solo es posible siendo consecuentes con nuestras enseñanzas, viviendo alejados del mundo y de la comodidad que este nos ofrece. Vivir como ellos, “eligiendo la incomodidad y el sacrificio” es un gran apoyo a su perseverancia.

Podemos decir: “pero a mí Dios no me pidió tanto”. Dios nos pide siempre un poco más, tenemos que estar atentos a escucharlo y dispuestos a darle todo lo que nos pida.

Estamos convencidos de que la familia católica, si se decide a vivir en forma radical el Evangelio, debe aceptar la misión que Dios le pida, aun cuando implique muchas cruces, del mismo modo que un consagrado acepta la misión en el lugar que Dios disponga, aun cuando implique muchas cruces. En definitiva, solo se trata de cumplir la voluntad de Dios, tanto para el religioso como para el matrimonio cristiano.

7. Caridad en la familia

Antes dijimos que como familia debemos cumplir la voluntad de Dios para nuestra santificación. Nuestras familias alcanzan la santidad si viven la Caridad. Pero no de cualquier modo, sino como caridad heroica vivida en plenitud, imitando a los primeros cristianos que se distinguían por el amor que se tenían.

Para vivir esa caridad cada familia debe encontrar el camino que Dios le marca.

En nuestro caso, como les estamos contando, fue formar una familia numerosa a través de la adopción.

Esta decisión es un acto de amor a Dios y al prójimo, es decir, un acto de caridad sobrenatural y por eso la adopción tendrá puestos los ojos en el cielo y todos los sucesos de la vida familiar buenos o malos encontraran sentido en Dios, y además el vínculo familiar crecerá por causa de la gracia de Dios.

Además, la adopción es un acto de caridad que nace por una cruz. Es consecuencia de esa cruz que significa la esterilidad, y por eso se trata de un pedido que Dios nos hace a un renunciamiento enorme, a todos los hijos que podríamos haber tenido.

Y esa decisión de ser padres adoptivos, tomada luego de asumir la cruz, es sobrenatural, lo que ayudará a sortear algunos problemas de difícil solución que pueden presentarse en la relación con el hijo adoptivo.

Para poder tomar la decisión de adoptar, primero hay que hacer el duelo de no poder tener hijos biológicos, con resignación a la voluntad de Dios. Se trata de una cruz que tiene que transformarse en tabla de salvación. A consecuencia de esta cruz estamos tomando una decisión difícil pero una decisión que, de la mano de Dios, servirá para el crecimiento espiritual y traerá alegría y felicidad a la familia.

Es muy importante que los padres adoptivos hayan aceptado la imposibilidad biológica de tener hijos y hayan podido vislumbrar, con visión sobrenatural, lo maravilloso de la adopción.

Es muy difícil ayudar al hijo adoptivo a entender su abandono, si no tenemos esto bien en claro. El abandono de sus padres biológicos, para el hijo adoptivo, es claramente una cruz, y una gran cruz, mucho más pesada que la de los padres adoptivos.

De todos modos, y más allá del peso y magnitud de las cruces, en ambos casos existe una solución para ambos, padres e hijo: que carguen juntos, la cruz de Cristo.

Es cierto que pueden existir casos de matrimonios que tomen la decisión de adoptar sin ser infértiles. Pero el llamado de Dios se ve con mayor claridad en aquellos que, con vocación matrimonial y, por ende, procreacional, ven impedida su paternidad biológica por causas que le son ajenas.

Los padres adoptivos son la garantía de una familia para aquellos niños que las madres desean abortar. Como dijo la Madre Teresa de Calcuta en Washington en 1994 ante la clase dirigente norteamericana: *"El niño es un regalo de Dios para la familia. Les pido por favor que no maten a los niños. Yo quiero a esos niños: ¡Dénmelos !*

Si al adoptar un niño nos transformamos en colaboradores de Dios al hacernos cargo de una paternidad que fue abandonada, si el niño abandonado es discapacitado, esta colaboración es especialísima.

Porque el dolor y sufrimiento de un niño inocente a causa de su discapacidad tiene un grado de afinidad con el sufrimiento de Cristo.

El Padre Gnocchi, en su libro "Pedagogía del dolor inocente", presenta su tesis que puede sintetizarse de la siguiente manera: "los niños son capaces de percibir, con una pureza sin igual, el sentido altísimo de sus sufrimientos cuando se unen a los de Jesucristo y al comprender este hondo sentido, el sufrimiento cobra para ellos una incalculable valía y canaliza hacia la Iglesia y al mundo entero un río de gracias sobreabundantes". El Padre Gnochi dice también que como los niños no son capaces de descubrir por sí solos este misterio, es necesario educarlos en el sentido del dolor. Es nuestra misión como padres, enseñar a los hijos pequeños que sufren, la finalidad de sus penas y el modo de injertarlas en Cristo.

Por lo tanto, la adopción de un niño con discapacidad nos otorga el privilegio de recibir a alguien a quien Dios ha escogido para que participe del sufrimiento inocente de su Hijo en la economía cristiana de la expiación de los pecados por el sufrimiento del inocente. Y al ser los padres adoptivos de ese niño elegido por Dios, podemos participar como padres, educándolo y formándolo para que su sufrimiento tenga sentido.

8. La Madre

El secreto para que la familia católica y numerosa sea posible, es la presencia constante de la madre en el hogar. Dice la Madre Teresa que la mujer ha sido creada para amar y ser amada, y ser el centro de la familia. Si hoy existen problemas graves es porque la mujer ha abandonado su lugar. Cuando el hijo regresa a casa, su madre no está allí para acogerlo.

Desde pequeñas las mujeres escuchamos en los ambientes en los que se realizan nuestras actividades, que debemos ser mujeres actuales y muy independientes, estudiar una carrera, y por lo tanto, es un desperdicio que una vez casada nos quedemos encerradas entre 4 paredes. Las mujeres que decidimos libremente y con el apoyo de nuestros esposos, entregarnos en cuerpo y alma a la crianza y educación de nuestros hijos, somos tomadas como pobres mujeres, alejadas del mundo, explotadas, desvalorizadas, que no nos arreglamos, y sólo salimos de casa para ir al supermercado. Si nos quedamos en casa es para hacer un trabajo rutinario y mediocre que cualquiera puede hacer igual o mejor que nosotros. ¿Qué va a hacer de nuestra vida cuando nuestros hijos se hagan mayores y no nos necesiten?

Muchas veces, la familia de la mujer que trabaja vive con un solo sueldo, ya que el de ella suele gastarse en viáticos, guardería y otras cosas que no serían necesarias si se quedara en su casa. En muchos trabajos, las mujeres se pasan todo el día encerradas en una oficina realizando trabajos que no implican ninguna creatividad, son rutinarios, salen de su casa de noche y vuelven también de noche, y cansadas, sin ganas para realizar las tareas de su casa y dedicar tiempo a su familia.

Mientras que la idea más generalizada en el mundo sea la de considerar los trabajos de la casa, la crianza y educación de los hijos, como algo servil y desvalorizado, muchas mujeres seguirán eligiendo el trabajo fuera de su casa, aunque esto sea en detrimento de sus familias.

Pero muchas otras hemos elegido como una posibilidad libre y responsable, muchas veces con una preparación académica, trabajar en lo escondido del hogar, donde no se nos ve ni se nos oye, criando y educando a nuestros hijos.

¿Queremos que la sociedad influya en nuestros hijos o que nuestros hijos influyan en la sociedad en la que viven para mayor gloria de Dios?

Al tomar distancia de la opinión que el mundo tiene del ama de casa y madre de familia, comprobamos en la experiencia de la vida cotidiana, que cuidar de nuestra casa y, sobre todo de los nuestros,

las 24 horas del día, a pesar de ser muchas veces un trabajo abrumador, una renuncia a la propia vida y llegar a ser muy estresante, vale la pena, es un estrés natural, el de la vida.

Así como el parto de los hijos produce un dolor lleno de esperanza, de alegría, de amor y de milagro, es el dolor de la vida que comienza, así el trabajo en casa, aunque duela y canse, construye un pedacito de Cielo en la tierra que es la familia cristiana. (Ideas tomadas del libro “Pequeños pasos” de Paloma Storch).

Vosotras las mujeres, tenéis siempre como misión, la guarda del hogar, el amor a las fuentes de la vida, el sentido de la cuna. Estáis presentes en el misterio de la vida que comienza, consoláis en la partida de la muerte. Nuestra técnica corre el riesgo de convertirse en inhumana. Reconciliad a los hombres con la vida y sobre todo, velad, os lo suplicamos, por el porvenir de nuestra especie. Detened la mano del hombre que en un momento de locura intentase destruir la civilización humana. Esposas, madres de la familia, primeras educadoras del género humano, en el secreto de los hogares. Transmitid a vuestros hijos las tradiciones de vuestros padres al mismo tiempo que los preparais para el porvenir insondable. Acordaos siempre de que una madre pertenece, por sus hijos, a ese porvenir que ella no vera probablemente. (Clausura del Concilio Vaticano II).

9. Conclusión

Podemos concluir diciendo que nosotros, los padres, como responsables de la familia católica, tenemos la gran responsabilidad y extraordinaria misión de evangelizar la cultura mediante la defensa de toda vida humana desde la concepción y hasta la muerte natural, en nuestro ámbito propio, la familia.

También queremos decir que nuestra vida familiar solo fue posible y seguirá siendo por Gracia de Dios. Él es el artífice de nuestra familia. Él la tenía pensada y diseñada desde siempre, nuestra función es estar atentos a los signos para poder ir cumpliendo su voluntad y que por nuestras miserias, errores y equivocaciones se haga visible la perfecta y poderosa mano de Dios sin la cual nada es posible.

Español

Homilias

EL AMOR POR LA IGLESIA

Autor: P. Diego Pombo, IVE.

Lengua original: italiano

Roma (Italia) 30 de julio de 2019

Español

Es el tema de esta primera homilía.
No queremos nada más que amar y servir a la Iglesia.

Nuestras Constituciones dicen: «Queremos amar y servir, y hacer amar y hacer servir a Jesucristo: a su Cuerpo y a su Espíritu. Tanto el Cuerpo físico de Cristo en la Eucaristía, como al Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia» (n.7).

I. QUEREMOS AMAR A LA IGLESIA:

1. Porque es el Cuerpo Místico de Cristo.

Que la Iglesia sea un cuerpo, lo afirma con claridad San Pablo. "Él es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia" (Col 1, 18).

Si la Iglesia es un cuerpo, es necesario que sea uno e indiviso, que tenga una cabeza y los miembros: "Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu" (1 Cor 12, 13).

"Pues, así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y no todos los miembros cumplen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada cual existe en relación con los otros miembros." (Rom 12, 4-5).

“¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?”
(1 Cor 6, 15).

Así como amamos a Cristo, a su única persona en dos naturalezas, divina y humana, así como amamos a Cristo realmente presente en la Eucaristía, lo amamos también en su Cuerpo Místico, que es la Iglesia.

2. Porque es nuestra Madre

a. Nos ha dado a luz: Nos ha dado a luz a la vida sobrenatural con el bautizo. Con el sacramento del Bautizo somos regenerados como hijos de Dios y configurados con Cristo e incorporados a la Iglesia.

b. Acompaña nuestro crecimiento y nuestra vida hasta el final: transmitiendo la Palabra de Dios y administrando los sacramentos, la Iglesia nos acompaña y nos asiste como una madre, desde el nacimiento hasta la muerte.

“Por medio de las aguas purificadoras del bautismo, renacen de la muerte del pecado y quedan constituidos en miembros de la Iglesia. Por otra parte, con el crisma de la confirmación se da a los creyentes nueva fortaleza, para que valientemente amporen y defiendan a la Madre Iglesia y la fe que de ella recibieron. A su vez, con el sacramento de la penitencia se ofrece a los miembros de la Iglesia caídos en pecado una medicina saludable. Por la sagrada Eucaristía los fieles se nutren y robustecen con un mismo manjar y se unen entre sí y con la Cabeza de todo el Cuerpo por medio de un inefable y divino vínculo. Y, por último, por lo que hace a los enfermos en trance de muerte, viene en su ayuda la piadosa Madre Iglesia, la cual, por medio de la sagrada unción de los enfermos, si, por disposición divina no siempre les concede la salud de este cuerpo mortal, da a lo menos a las almas enfermas la medicina celestial, para trasladar al cielo nuevos ciudadanos, que gocen de la bondad divina por todos los siglos. (Pío XII, encíclica *Mystici corporis*)

3. Porque es Santa

Entonces es amable, tiene que ser amada porque encierra en sí un conjunto de bondades y nos empuja a amarla; conjunto de bondades que hacen que la Iglesia sea santa.

Es Santa en virtud de su origen e institución divinas. Santo es el Cristo que instituyó la Iglesia, mereciendo para ella, con el sacrificio de la Cruz, el don del Espíritu Santo que es la fuente inagotable de la santidad de la Iglesia, así como es el principio y fundamento de unidad.

Es santa por su fin: la gloria de Dios y la salvación de los hombres.

Es Santa por los medios utilizados para este fin. Estos son: las enseñanzas de Cristo, resumidas en la revelación del amor de Dios por nosotros y en el doble mandamiento de la caridad; los siete sacramentos y todo el culto (la liturgia), especialmente la Eucaristía; la vida de oración.

Si es Santa tiene que producir santos y de hecho podemos constatar que muchos miembros de la Iglesia son santos. Muchos poseen, al menos, la santidad ordinaria que deriva del estado de gracia santificante en el que viven. Pero cada vez se muestra más grande el número de los que presentan signos de santidad en grado heroico. (JP II Aud. gral. 3-7-91)

II. QUEREMOS DEFENDER A LA IGLESIA

No tenemos que ser ingenuos frente a los que intentan difamar e infamar a la Iglesia.

Decía Pablo VI después del Concilio:

“Un espíritu de crítica destructiva se ha puesto de moda en algunos sectores de la vida católica: hay, por ejemplo, revistas y periódicos que parece que tengan otra función que aquella de informar sobre noticias desagradables acerca de hechos y personas del ámbito eclesiástico; no es raro que las presenten de modo unilateral y quizás también un poco alteradas y dramatizadas para hacerlas interesantes, y así acostumbran a sus lectores no a un juicio objetivo y sereno, sino a una suspicacia, a una desconfianza sistemática, a un rechazo preconcebido hacia personas, instituciones, actividades eclesiásticas; (...) es la complacencia de la denuncia o de la disputa que guían ciertos publicistas, sembrando inquietudes e indocilidades en las almas de muchos católicos buenos”. (Pablo VI, Aud. Gral miércoles, 18 septiembre 1968)

Hay que tener una visión de fe que vaya más allá del rostro terreno de la Iglesia.

Decía Pablo VI: “ha llegado la hora de amar a la Iglesia con corazón fuerte y nuevo”.

La dificultad que hay que superar es aquella de nuestra miopía espiritual, que concentra la mirada en el aspecto humano, histórico y visible de la Iglesia, y no ve el misterio de la presencia de Cristo, que esta pide y esconde al ojo profano y no iluminado por la fe y por la inteligencia profunda de su realidad mística; esta mirada exterior ve la Iglesia compuesta de hombres imperfectos y de instituciones temporales y limitadas, mientras querría verla en seguida toda espiritual, perfecta, es más, muchas veces idealizada según una imagen concebida de modo arbitrario. La realidad material de la Iglesia, aquella que aparece en el cuadro de la experiencia común, parece desmentir la belleza y la santidad que ella, por el carisma divino, contiene. Pero es justo en este punto donde se prueba el amor. Si nuestro deber es el amor al prójimo, sea cual sea la apariencia bajo la cual este se presenta; y si tanto más grande tiene que ser tal amor cuanto más sórdida y sufriente es esa apariencia, nosotros debemos recordar que también la Iglesia es el prójimo, es más, es nuestro prójimo por excelencia, compuesta por aquellos “hermanos de fe” (Gal 6, 10), a quienes debemos la preferencia de nuestro amor operante; de modo que los defectos y los males de los hombres de la Iglesia tendrían que hacer más fuerte y más solícita la caridad de quien en la Iglesia quiere ser miembro vivo, sano y paciente. Así hacen los hijos buenos, así los Santos. (Pablo VI, Aud. Gral miércoles, 18 septiembre 1968)

LA EXTENSIÓN DE LA ENCARNACIÓN

Autor: P. Emilio Rossi, IVE.

*Lengua original: portugués
Roma (Italia) 31 de Julio de 2019*

*Verbum caro factum est.
“El Verbo se hizo carne”
(Jn 1, 14)*

La Encarnación del Verbo en el seno de María nos anuncia la Eucaristía. Este hermoso sol de las almas, que las vivifica y regenera, se levanta en Nazareth y llega al medio día en la Eucaristía, que será la cumbre del amor de Dios en la tierra. El grano de trigo fue sembrado en las castas entrañas de María. Germinará y madurará y será molido, para con él hacer pan eucarístico. Tan unidas van en el plan divino la Encarnación con la Eucaristía, que las palabras de San Juan podrían traducirse así: El Verbo se hizo pan: *Verbum caro, Verbum panis*.

Apoyado sobre unos textos de San Pedro Julián Eymard, quisiera en esta nuestra solemnidad, meditar sobre la Encarnación, María Santísima, la Eucaristía y nosotros.

Todas las circunstancias del misterio de la Encarnación fueron gloriosas para María; y todo es también glorioso para nosotros en la Comunión, que nos hace participar del honor y gloria de la Santísima Virgen.

El prólogo del misterio de la Encarnación tuvo lugar entre el ángel y la Virgen Santísima. El ángel anuncia el misterio y pide el consentimiento de María. Nosotros, como miembros de la Familia del Verbo Encarnado, meditamos mucho sobre este episodio de nuestra salvación.

El ángel que nos llama a la Comunión es el sacerdote, es la Iglesia mediante su instrumento el sacerdote. ¡Qué misterio para nosotros! La Iglesia es reina y los ángeles la sirven; es esposa, y por eso no sólo anuncia al Verbo sacramentado, sino que también nos lo trae y nos lo da. Dice maravillosamente San Pedro Julián Eymard: *María no creyó en lo que le decía el ángel, sino en vista del prodigio que le anunciaba*. En cuanto a nosotros, podemos creer en la Iglesia, en su palabra. Ella es nuestra madre y nosotros sus hijos, y nadie dice a su madre: ¿esto es realmente pan? La Iglesia habla, y nosotros creemos en su palabra. El anuncio de la Comunión es, pues, glorioso para nosotros como lo fue para María la Encarnación.

La Encarnación supuso como condición la virginidad de María. Dios no quería más que una madre virgen, y esperó cuatro mil años para que le fuera preparado este sagrario purísimo. El Espíritu Santo bajó, pues, a María y preservó su virginidad, haciéndola fecunda: y entonces el misterio se hace realidad.

En cuanto a nosotros, Dios nos pide la pureza de corazón, esa pureza que es vida del alma. Como no tenemos virtudes dignas de Él (como fue el caso de Nuestra Señora en relación con la Encarnación), quiere que tengamos al menos un profundo respeto y una humildad sincera. -Señor yo no soy digno de recibirlos; antes aléjate de mí, que soy un pobre pecador-. Este sentimiento suple cuanto nos falta; con esto se contenta Nuestro Señor; así que, si poseemos esto, lo demás nos lo dará Él cuando venga en la Comunión, como una Encarnación.

Tengamos solamente fe, humildad y confianza, y dejemos que del resto se encargue Jesucristo.

El ángel, como prueba de su misión, anunció el prodigio de la fecundidad de Isabel: “Todo es posible para Dios”, dijo. El alma estéril como Isabel, se volverá también fecunda. Para esto, es necesario recibir el alimento que comunica la fecundidad. “La Eucaristía nos hará producir en un sólo día para la gloria de Dios más que toda la vida sin Ella”, expresaba con mucho entusiasmo San Pedro Julián Eymard a los adoradores del Santísimo Sacramento.

En medio de todas estas magnificencias que el ángel desdobra ante sus ojos, María no ve más que su pequeñez, su propia nada. Ahí está el modelo. Pobres creaturas, indignas a los ojos de Dios... pero ya que se digna a llamarnos y nos elige, digámosle con María: *Fiat*, hágase en mí según tu Palabra.

Algo del misterio que se realiza en María en la Encarnación se verifica también en nosotros. En el momento de la comunión, la Eucaristía tiene que ser una extensión de la Encarnación, una propagación del fuego de su amor, cuyo enfoque está en la Santísima Trinidad. En María, el Verbo se une a la naturaleza humana; mediante la Eucaristía, se une con todos los hombres.

Escuchen lo que dice San Pedro Julián Eymard:

Para redimirnos bastaba con que el Verbo se uniese numéricamente a una sola creatura humana; solo quería sufrir y expiar los pecados en su cuerpo y alma muriendo en nombre de todos entre inexpresables torturas. Pero cuando esta humanidad fue triturada, resultando manantial de toda justificación, Jesucristo la convirtió en sacramento, que ofrece a todos, para que todos puedan participar de los méritos y de la gloria del cuerpo que tomó en María. ¿Se entiende, entonces, que la Eucaristía es una prolongación de la encarnación? Y ahora solo queda recibirla.

Con la osadía que sólo tienen los santos, San Pedro Julián Eymard llega a decir: *¡Oh maravilla! Al comulgar, recibimos más de lo que María recibió en la Encarnación, pues María no llevaba más que el cuerpo pasible del Verbo, mientras que nosotros recibimos el cuerpo impasible y celestial. María llevaba el varón de dolores, mientras que nosotros poseemos al Hijo de Dios coronado de gloria. Aún más, nosotros lo recibimos de un modo más consolador; cada día que pasaba, María veía cómo se iba abreviando el tiempo que lo tenía que llevar en sus castas entrañas, y al cabo de nueve meses tuvo que separarse de este divino peso. A nosotros, en cambio, todos los días se nos renueva esta suerte, y hasta el fin de nuestra vida podemos recibir y llevar al Verbo sacramentado.*

Finalmente, y como último punto de reflexión, podemos decir que el Espíritu Santo, al formar en María la santísima humanidad del Verbo, dotó a su augusta esposa de dones más preciosos: el Verbo le trajo su gloria y todas las virtudes juntas en grado hasta entonces inaudito.

Es lo que ocurre con nosotros. Cada vez que esta extensión de la Encarnación, la Comunión, la Sagrada Eucaristía viene a nosotros, Nuestro Señor con todas sus gracias y todos sus dones nos enriquece incesantemente sin cansarse nunca, como otro sol que cada día vuelve a salir con su bello resplandor. Como si fuese la única y la última vez.

Verbum caro factum est. El Verbo se hizo carne: ahí está la gloria de María. El Verbo se hizo pan eucarístico: aquí está nuestra gloria. Nuestro Señor se entregó una vez para satisfacer su amor; se nos vuelve a dar sin cesar para saciar sus nuevos e infinitos ardores. Poca cosa es para su Corazón una limosna de gratitud. Él mismo se hace don, pan, y la Iglesia lo distribuye para nosotros. ¿Pudo hacer más, yendo tan lejos? Quizás pudo aproximarnos más a su madre, no digo en dignidad y virtud, pero sí en efusión de su amor. La santísima Virgen supo agradecer las gracias de Dios.

Por una gracia de Dios nosotros estamos en una cercanía especialísima al misterio de la encarnación y, al mismo tiempo, nuestro fundador nos ha enseñado un amor profundo a la Eucaristía; amemos, pues, como ella, también nosotros, ya que nos toca una parte en su honor.

VER A LA VIRGEN COMO JESÚS Y AMARLA

Autor: P. Ricardo Clarey, IVE.

Lengua original: italiano

Roma (Italia) 01 de Agosto de 2019

Español

¿**Q**ué podemos hacer para aprender a amar mejor a la Virgen? El Evangelio nos dice que antes que Jesús dijera a San Juan -y en él a todos nosotros- *Ahí tienes a tu madre (Jn 19,27)*, el Señor mismo hizo una cosa: *vio a su Madre (19,26)*. Repitamos hoy esta acción del Señor Crucificado: es decir, mirar a la Virgen con los ojos de Jesús, para descubrir cómo el Señor veía a su Madre y qué provocaba en Él esta mirada profunda.

1. ¿QUÉ VEN LOS OJOS DE JESÚS EN MARÍA?

a. Su belleza

La belleza de la Virgen es evidente. De hecho, no es ridículo pensar que Dios la haya hecho con gran delicadeza y perfección, como cuerpo santísimo en el cual debía formarse el Cordero para el sacrificio, y que tenía que convertirse en Templo de la Santísima Trinidad. Un cuerpo en el cual no habría huella del pecado original. Y esta belleza incomparable fue ciertamente observada por su Hijo, llenándolo de admiración y respeto. Pero la mirada de Jesús no se ha detenido en esta belleza maravillosa, sino que ha penetrado hasta el alma de su Madre, descubriendo una belleza mucho más profunda y escondida: la magnífica belleza de la gracia y de las virtudes que embellecían el corazón de María. De hecho, el ángel en la Anunciación saludó a María como *llena de gracia*, como un nombre propio,

un sobrenombre, algo exclusivo de Ella. Y esta unión tan estrecha con Dios creció día tras día, minuto a minuto, a lo largo de su vida, especialmente en los momentos fundamentales de la Redención. ¡Cuán deslumbrante habrá sido esta belleza del alma de la Virgen a los ojos de Jesús!

Y también las virtudes de su alma: la *fe*, a través de la cual creía sin ninguna duda todo aquello que Dios le había revelado; la *esperanza*, por la que confiaba alcanzar la vida eterna gracias a la misericordia y al poder divino; la *caridad*, por la cual amaba a Dios con todo su inmaculado Corazón y amaba al prójimo por Dios, un amor que no fue apagado ni por la ingratitud que la rodeaba, ni por la traición y cobardía de los más cercanos, ni por el odio constante de los enemigos. Jesús también veía la humildad abismal, la pureza brillante y la firme fortaleza, junto con todas las demás virtudes.

b. Su bondad

Muchos habrán sido testimonios de la bondad de esta mujer excepcional, veían su gentileza, su preocupación por ayudar a los necesitados, su laboriosidad aún en medio de la pobreza. Pero la mirada de Jesús iba más allá, y observaba claramente la bondad interior de su Madre, es decir su disposición constante para hacer el bien, siempre dispuesta a poner en práctica aquello que Dios quería de Ella, su simplicidad y rectitud de intención. Jesús veía cómo María quería siempre hacer aquello que Dios le mostraba en su conciencia que tenía que hacerse, sin dobles intenciones, sin intereses escondidos, sin pedir motivos a Dios.

c. Su dolor

Otra realidad sublime que los ojos de Jesús descubrían en el alma de la Virgen fue el sufrimiento que muchas veces tuvo que soportar. Algunos dolores eran ciertamente visibles a aquellos que la rodeaban: el temor de la fuga en Egipto y la inseguridad de su condición de extranjeros, la muerte de José, la preocupación por las maquinaciones de los fariseos contra Jesús, etc. Pero los ojos de Jesús llegan hasta el dolor más íntimo e intenso, en el fondo de su alma. Jesús veía el Corazón de su Madre: la soledad en la cual se encontraba al pie de la cruz, justamente ella que siempre había estado al lado de los necesitados; la tristeza de María ante el pecado de los hombres; y ante la separación de su Hijo. Recordaba Jesús la triste despedida con su Madre después de la Última Cena, antes de ir al Getsemaní.

Y el angustiante encuentro en la vía dolorosa, llevando Él la cruz. Y ahora, sufriendo los dos lentamente las tres largas horas del Calvario...

2. ¿QUÉ PRODUCE TODO ESTO EN CRISTO?

Sin duda, penetrar con tanta claridad y lucidez en el alma de su Madre, y conocerla tan profundamente no pudo dejar indiferente el Corazón del Redentor, no podía permanecer indiferente ante a una belleza, una bondad y un sufrimiento tan inmensos. Por ello, la primera reacción es aquella de un amor ardiente a Su Madre: si Ella no se reservó nada para sí y no había escondido nada a su Hijo, ¿cómo podría Jesús no amarla intensamente? Junto con esto, otra reacción en el Corazón de Jesús fue una enorme alegría y consolación: Él ve que sus esfuerzos y dolores en la Pasión no son vanos en María, es más, Ella aprovecha cada gota de sangre que cae de la cruz. Él ve que puede confiar plenamente en ella, que no lo decepcionará jamás, que es la única que entiende aquello que está sucediendo en aquellos momentos. Y, por lo tanto, este amor ardiente y esta consolación que le provoca el mirar interiormente a su Madre, hace surgir un deseo irresistible de recompensarla por tanta fidelidad y tanto amor desinteresado. Y por eso el Señor quiere que la preocupación de María por Él y por todos los hombres sea correspondida, y le da el título de Reina del cielo y administradora de la misericordia de Dios. Y en este deseo de recompensarla está también la voluntad divina de hacer que María sea siempre más conocida y amada, como dice el libro de los Proverbios: *Sus hijos se levantan y la felicitan* (31,28).

3. TAMBIÉN EN NOSOTROS

Del mismo modo que Jesús nos ha comunicado todo aquello que ha oído del Padre (cf. *Jn* 15,15) y nos ha prometido el Espíritu Santo para enseñarnos aquellas cosas que aún no podíamos recibir, también quiere comunicarnos su mirada penetrante y su conocimiento profundo del alma de María, y quiere que también en nosotros sean reproducidos los mismos sentimientos que surgían en su Sagrado Corazón cuando contemplaba la belleza, la bondad, el sufrimiento que se esconden en la santísima alma de la Virgen. Así podremos aprender a amar a la Virgen como Dios mismo quiere que sea amada.

Que la misma Reina del cielo nos lo obtenga para nuestra salvación eterna.

Español

SANTA MISA EN SAN PEDRO EN EL VATICANO

*Ser un laico del IVE es ser alguien que ama
y sirve de verdad a la Iglesia*

Autor: P. Gustavo Nieto, IVE.

Lengua original: español

Roma (Italia) 2 de agosto de 2019

Hoy estamos aquí reunidos en torno al altar levantado sobre el mismísimo lugar que atesora los restos del Príncipe de los Apóstoles, como miembros de una única Familia Religiosa unidos en un mismo amor a Dios y a su Iglesia.

Amor en el cual queremos destacarnos manifestando claramente con nuestro testimonio de vida que para nosotros el amor al Verbo Encarnado y a su Iglesia se identifican. Porque el Cuerpo Místico de Cristo es Jesucristo mismo “continuado, difundido y comunicado”¹. Por tanto, no hablamos de dos amores o servicios distintos sino que nuestro amor y servicio a Jesucristo se identifican con nuestro amor y servicio a la Iglesia.

Y del mismo modo que *Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella*² así también nosotros “queremos amar y servir, y hacer amar y hacer servir a Jesucristo... tanto al Cuerpo físico de Cristo en la Eucaristía, cuanto al Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia”³.

Ahora bien, “a Jesús se le ama y se le sirve en la Cruz y crucificados con Él, y no de otro modo”⁴. Y lo mismo podemos decir respecto de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo: A la Iglesia se la ama y se le sirve en la Cruz y crucificados con ella, y no de otro modo.

¹ Directorio de Espiritualidad, 227.

² Ef 5, 25.

³ Cf. Constituciones, 7.

⁴ Cf. Directorio de Espiritualidad, 143.

Lo cual tiene consecuencias prácticas en nuestra vida como lo vemos en la vida y en las enseñanzas del mismo Apóstol San Pedro en sus cartas.

Ya que Simón, hijo de Jonás, después de su confesión de Cristo como *el Hijo de Dios vivo* se escandalizó de la cruz que implicaba el seguimiento de Cristo. Y tan pronto como nuestro Señor les dice que va a tener que sufrir mucho y ser condenado a muerte Pedro trata de impedirlo, de alejarlo de la cruz diciendo: ¡Lejos de ti Señor! Eso no te sucederá⁵. A lo cual el Verbo Encarnado responde llamándolo *Satanás*⁶. Porque siempre será asunto del diablo el alejarnos de la cruz.

Pedro se escandalizó de la cruz. Como tantos cristianos hoy en día que abandonan la iglesia con la excusa de que “nunca podrán llegar a ser nada con una cruz a costas.” Y como tantos otros que mantienen su fe a puertas cerradas por el compromiso que demanda la amistad con Cristo.

Sin embargo, Pedro aprendió la lección y debemos aprenderla también nosotros. Por eso en una de sus cartas nos dice: *Resistid firmes en la fe*⁷; armaos también vosotros de la misma disposición que Cristo para padecer⁸. *Sirvan cada uno a los demás con el don que haya recibido, como buenos dispensadores de la gracia multiforme de Dios*⁹. Y claramente nos aconseja que no nos avergoncemos de ser Cristianos y de padecer algo por Cristo¹⁰; es decir que no nos avergoncemos de llevar bien en alto nuestra cruz.

Por este motivo, la misión de los laicos del Verbo Encarnado no puede reducirse al puro y simple ejemplo de honradez, competencia y fidelidad al deber. Todo eso se supone. Sino que además debe relucir en ustedes “un auténtico testimonio de vida cristiana”¹¹, un testimonio audaz y firme de Cristo, primordialmente por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad¹².

De Ustedes, la Iglesia y el Instituto mismo esperan “un testimonio *vivo y candente* de Cristo vivo en su Iglesia, esperan que hablen y obren *con el ejemplo*, que se caractericen ante los demás por la práctica *efectiva* de las virtudes cristianas, como hombres y mujeres que llevan a Jesús y a María

5 Mt 16, 13.

6 Mt 16, 23.

7 1 Pe 5, 9.

8 Cf. 1 Pe 4, 1.

9 1 Pe 4, 10.

10 Cf. 1 Pe 4, 16.

11 *Directorio de Tercera Orden*, 142.

12 Cf. *Ibidem*.

en la sangre, esperan que se esfuercen en llenar de *magnanimidad cristiana* su actividad doméstica social y profesional¹³.

Es decir, ser un laico del IVE es ser alguien que ama y sirve de verdad a la Iglesia, trabajando con ahínco por su santificación personal, luchando por ser ‘otro Cristo’¹⁴. Lo cual se traduce en seguir a Jesús pobre, sin abatirse por la escasez ni ensoberbecerse con la riqueza; imitando a Cristo humilde sin ambicionar glorias vanas, sino en todo procurar agradar a Dios antes que a los hombres, dispuestos siempre a dejarlo todo por Cristo; e incluso hasta padecer persecución por la justicia, recordando siempre las palabras del Señor: *si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*¹⁵. Ese será siempre el mejor servicio que Ustedes puedan brindar a la Iglesia. Porque —mis queridos hermanos— las palabras mueven pero los ejemplos arrastran¹⁶; como lo experimentó el mismo San Pedro y murió crucificado cabeza abajo en este preciso lugar.

Cierto es que estos no son tiempos fáciles para vivir y practicar nuestra fe. No es fácil a los padres de familia educar cristianamente a sus hijos en un mundo que busca erradicar a Dios. No es fácil para los jóvenes vivir castos en un mundo que predica una vida sexual sin responsabilidad. No es fácil para los profesionales que luchan por la primacía de Cristo en la sociedad cuando sus colegas piensan que el fraude es parte del negocio, y la codicia el motor de la sociedad. Sin embargo, lo propio de nuestros laicos es dar testimonio de Cristo en todas las circunstancias y situaciones. Testimonio que debe estar libre de todo temor. No hay que sorprenderse de *la violencia que se ha desatado contra ustedes para ponerlos a prueba, como si les sucediera algo extraordinario*¹⁷, nos advierte el Apóstol.

Porque fíjense Ustedes que “una de las observaciones más interesante hechas por nuestro Señor con respecto a Su Cuerpo Místico fue la de que sería odiado por el mundo, como Él mismo lo fue. El mundo ama las cosas del mundo, pero odia lo que es divino... *pero como vosotros no sois del mundo, antes os he elegido del mundo, por eso os odia el mundo*¹⁸”¹⁹.

13 Cf. *Ibidem*.

14 Cf. *Directorio de Tercera Orden*, 8.

15 Mt 16,24.

16 Cf. *Directorio de Tercera Orden*,

17 1 Pe 4, 12.

18 Jn 15, 9.

19 Cf. VEN. ARZ. FULTON SHEEN, *The Rock Plunged Into Eternity*, Cap. 3, Mensaje radiofónico pronunciado el 15 de enero de 1950. (Traducido del inglés)

Pero en eso mismo, dice el Príncipe de los Apóstoles, debemos alegrarnos: *Alégrense en la medida en que puedan compartir los sufrimientos de Cristo. Así, cuando se manifieste su gloria, ustedes también desbordarán de gozo y de alegría. Felices si son ultrajados por el nombre de Cristo, porque el Espíritu de gloria, el Espíritu de Dios, reposa sobre ustedes*²⁰. Noten ustedes que el apóstol menciona sufrimientos, ultrajes... todo eso es parte del programa.

Por eso hoy vuelve a decirnos San Pedro, con todo el poder de la verdad divina que subsiste en su palabra: *¿Quién puede hacerles daño si se dedican a practicar el bien? Dichosos ustedes, si tienen que sufrir por la justicia. No teman ni se inquieten; por el contrario, glorifiquen en sus corazones a Cristo, el Señor. Estén siempre dispuestos a defenderse delante de cualquiera que les pida razón de la esperanza que ustedes tienen. Pero háganlo con suavidad y respeto, y con tranquilidad de conciencia. Así se avergonzarán de sus calumnias todos aquellos que los difaman, porque ustedes se comportan como **servidores de Cristo**. Es preferible sufrir haciendo el bien, si esta es la voluntad de Dios, que haciendo el mal*²¹.

Hemos sido engendrados para una herencia que no puede corromperse, ni mancharse, ni marchitarse, y que está reservada en los cielos para nosotros²². Por eso, con la mirada fija en Cristo debemos lanzarnos a la épica misión de transformar el mundo para Cristo.

* * * *

Muy queridos todos: “La ley del Cuerpo es la ley de la Cabeza: Crucifixión y Tumba Vacía. [...] Ahora el cristianismo está sufriendo un ataque. Pero eso significa que *estos son días maravillosos para estar vivo*. Es fácil flotar corriente abajo. Los cadáveres flotan río abajo. Pero se necesitan cuerpos vivos para resistir la corriente. [...] La vida católica verdadera no está hecha de actos rutinarios de piedad, sino por una crisis que nos presenta una gran elección [...] *Es por eso que estos son días espléndidos para vivir*. Podemos tomar decisiones que tendrán una repercusión en la eternidad”²³.

Nos encomendamos a María Madre de la Iglesia.

20 1 Pe 4, 13-14.

21 1 Pe 3, 13-17.

22 Cf. 1 Pe 1, 4.

23 Cf. VEN. ARZ. FULTON SHEEN, *Those Mysterious Priests*, Chap. 10. (Traducido del inglés)

SANTA MISA CONCLUSIVA
*Lo que será la Iglesia en el futuro depende de su
libre colaboración con la gracia de Dios*

Autor: P. Gustavo Nieto, IVE.

Lengua original: español

Roma (Italia) 3 de agosto de 2019

Mt 13, 54-58

[Exordio] Al llegar al final de estos días de gracia que ha significado esta primera reunión internacional de los miembros de la Tercera Orden y amigos del Instituto queremos ofrecer esta Santa Misa en acción de gracias al Verbo Encarnado que se ha complacido en enriquecer a nuestra Familia Religiosa con cada uno de Ustedes. Todos, ustedes y nosotros, si bien venidos de países y de culturas tan diversas, estamos indisolublemente unidos como “una única Familia, unidos por la misma fe, los mismos fines, la misma misión, el mismo carisma y el mismo espíritu”¹. Y en eso mismo se halla la gran responsabilidad de trabajar sinérgicamente en la bellísima misión de evangelizar la cultura que Dios ha tenido a bien encomendarnos. ¡Estamos juntos en esto!

Por tanto, resulta de capital importancia el vivir en profundidad el ‘espíritu de familia’, la unión espiritual y pastoral entre todos nosotros a fin de que juntos colaboremos en la gran empresa de la evangelización; como sé que ya sucede en tantas de nuestras misiones en el mundo. Y por eso mismo les quiero agradecer personalmente, mucho. Sepan que el hecho de que Ustedes y tantos otros que no han podido venir, formen parte de nuestra Familia Religiosa, es una bendición para nosotros y, a decir verdad, es un honor.

1 Directorio de Tercera Orden, 5.

Pero además de esta ayuda tan valiosa, se les pide una adhesión amorosa y marcadamente fiel al carisma y fin propio de nuestro Instituto². La pertenencia al Instituto como Terciarios y amigos implica además estas cosas que nosotros denominamos los elementos no negociables adjuntos al carisma y que son como las insignias que deben relucir en la vida y en las obras de todos aquellos que quieran identificarse con nosotros, dondequiera que se encuentren.

Porque al decir no negociables queremos decir que son esencialmente integrales a nuestro carisma, a nuestra espiritualidad, a nuestra razón de ser. De modo tal, que si prescindieramos de ellos, estaríamos renunciando a la misión que nos ha sido encomendada, deformando nuestra identidad y, muy probablemente, sometiéndonos al *espíritu del mundo*³, traicionando con ello la preciosa amistad a la que nos ha llamado Cristo.

Por otro lado, si estos elementos son potenciados en su justa medida van a seguir siendo fuente de gran fecundidad sobrenatural para nuestra Familia Religiosa. Porque le dan a nuestra misión en la Iglesia una injerencia, una fuerza y una efectividad incalculable.

a. El primero de ellos “es la marcada devoción eucarística”⁴ como ya lo experimentaran todos Ustedes en sus respectivos lugares. La Eucaristía donde Cristo esta real y sacramentalmente presente debe ser siempre el centro de nuestra vida espiritual y apostólica. Cada uno de Ustedes debe ser adorador de Cristo en la Eucaristía y promotor de la adoración eucarística, de la Santa Misa. Pues precisamente nuestro obrar debe dirigirse a atraer a las almas a Él.

Pero no sólo eso, sino que todos nuestros laicos deben esforzarse por participar cada vez mas perfectamente de la misa, esto es: mas plenamente, mas activamente, mas conscientemente. Debe ser una participación piadosa, que eleve el alma hacia Dios; debe ser con toda el alma, con todo nuestro ser⁵.

b. Otro elemento característico es que la nuestra es una espiritualidad seria (no sensiblera), como se ve, por ejemplo, en el hecho de que practicamos los Ejercicios Espirituales ignacianos⁶.

² Cf. *Directorio de Tercera Orden*, 290.

³ Cf. 1 Cor 2,12.

⁴ *Notas del V Capítulo general*, 14.

⁵ Cf. P. CARLOS BUELA, IVE, *Ars Participandi*, Cap. 2.

⁶ *Notas del V Capítulo general*, 5.

La Iglesia recomienda muchísimo la práctica de estos ejercicios a todos los cristianos para ordenar la propia vida según Dios: ¡vuélvase apóstoles de los ejercicios espirituales! invitando a otros a hacerlos, colaborando en la manera que puedan y les permitan sus obligaciones con estos ejercicios, recen por sus frutos.

Pero también esta espiritualidad sería se manifiesta en que nosotros nos formamos según la doctrina de los grandes maestros de la vida espiritual no en espiritualidades vacías, atrayentes sólo porque están de moda. Por eso, conviene ¡y mucho! aprovechar el formarse bien y saber que no hay mejor escuela que la escuela de la Cruz.

c. El tercer elemento adjunto al carisma no negociable es la visión providencial que debemos tener acerca de toda la vida. Que no es otra cosa que el vivir según el axioma de San Pablo: *todas las cosas se disponen para el bien de los que aman a Dios*⁷. Es saber decir como San Pedro Julián Eymard (y estar convencidos de esto): “Dios me ama y dispone todos mis caminos según su bondad ... lo mismo si se trata de alegría como de pena, de consuelos como de desolaciones, de feliz éxito como de fracaso en una empresa, de salud como de enfermedad. Y como la Divina Providencia es quien dirige mi navecilla, mi deber es *confiarme* al Divino Piloto que me conducirá de un modo seguro al puerto de la patria celestial”⁸. Y con esa misma visión providencial saber reconocer y aceptar los designios misericordiosos de Dios sobre cada uno de nosotros y sobre nuestra querida familia.

d. Los dos elementos que siguen hacen referencia a la formación que deseamos para Ustedes y que los debe distinguir de entre los otros: El primero de ellos es “la docilidad al Magisterio vivo de la Iglesia”⁹ de todos los tiempos. Paternalmente el *Directorio de Tercera Orden* les recuerda que Ustedes tienen “la responsabilidad de confesar la fe católica acogiendo y proclamando la verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre, en la obediencia al Magisterio de la Iglesia, que la interpreta auténticamente... y de dar testimonio de una comunión firme y convencida en filial relación con el Papa, centro perpetuo y visible de unidad de la Iglesia universal”¹⁰.

7 Rom 8,28.

8 Cf. *Obras Completas*, IV Serie, Ejercicios Espirituales ante Jesús Sacramentado, día cuarto.

9 *Notas del V Capítulo general*, 5.

10 *Directorio de Tercera Orden*, 70.

e. Otro elemento es la importancia central que tiene Santo Tomás de Aquino en nuestra formación y en este marco, a los mejores tomistas, como el p. Cornelio Fabro: “Porque el bien de la persona consiste en *estar* en la verdad y *realizar* la verdad”¹¹. Lejos de nuestros laicos la superficialidad, la vana curiosidad, el enciclopedismo, la erudición vana que busca la extensión pero no la profundidad¹². Ustedes deben ser hombres y mujeres que sepan estar a la altura de los acontecimientos, que sepan juzgar las realidades temporales según las verdades sobrenaturales. Es fácil flotar río abajo, sólo los que están bien parados en la verdad y en la sana doctrina pueden resistir a la corriente.

En este sentido, tienen que apuntar a formar la conciencia, pura, sin falsedades y sin justificaciones. Y a serle fiel, ya que por ella se manifiesta la voz de Dios, actuando siempre con rectitud de intención, sin dobleces ni ambigüedades.

f. Respecto del apostolado, las insignias que deben relucir en el alma y en el obrar de nuestros laicos son varios. Uno de ellos es lo que nosotros llamamos “morder la realidad”: que no es otra cosa sino el afrontar la realidad con una visión sobrenatural para transformarla según el espíritu del Verbo Encarnado y según el modo de la Encarnación, esto es: asumiendo las culturas que deben ser evangelizadas¹³. Noten ustedes que nosotros encaramos la evangelización sin diluir la fe en lo racional, sin convertir lo sacro en profano, sin caer en espiritualidades insustanciales. Lo que perseguimos es que el Evangelio informe las culturas de los hombres¹⁴. Para lo cual es imperativo “una renovación de la vida bajo la influencia de la gracia”¹⁵. No como hacen otros “al abrazarse con la cultura actual renunciando a impregnarla del Evangelio”¹⁶.

g. Otro elemento que hace a lo pastoral es: La creatividad apostólica y misionera¹⁷. Miren: “El celo [apostólico] nace del amor”... Es imposible amar a Dios sin sentir arder en uno el fuego del apostolado. Un amor de Dios que permanezca indiferente a las inquietudes apostólicas es completamente falso e ilusorio¹⁸.

11 *Directorio de Tercera Orden*, 192; *op. cit.* SAN JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes del Congreso Internacional de Teología Moral* (10/04/1986), 1: *Insegnamenti IX*, 1 (1986), 970.

12 Cf. *Directorio de Tercera Orden*, 246.

13 Cf. *Directorio de Vida Consagrada*, 339.

14 Cf. *Directorio de Espiritualidad*, 29.

15 *Directorio de Vida Consagrada*, 339.

16 Cf. *Directorio de Espiritualidad*, 29.

17 *Notas del V Capítulo general*, 5.

18 Cf. *Directorio de Tercera Orden*, 132.

Y la caridad es creativa, es difusiva de sí y no desperdicia ocasión ni se ahorra esfuerzo para hacer el bien. Por eso yo quiero invitarlos a todos personalmente a involucrarse intensamente, creativamente en la aventura misionera. Que nadie vuelva a su casa sin estar resuelto a hacer algo más por la misión.

h. Otro elemento que nos caracteriza es la elección de puestos de avanzada en la misión. Ya que a imitación del Verbo Encarnado a nosotros nos urge a trabajar en los lugares más difíciles (aquellos donde nadie quiere ir)¹⁹. Por eso es muy importante el apoyo con la oración a nuestros misioneros y la ayuda concreta siempre que sea posible. Algunos están en zonas de guerra, otros donde la iglesia es muy perseguida... cuan importante es rezar por ellos como miembros que somos todos de la misma familia.

Pero aún más: yo los quiero desafiar, especialmente a los jóvenes de las Voces del Verbo aquí presentes, a “que por su voz hable el mismo Verbo de Dios, que sean el sonido vivo la Iglesia en los lugares más difíciles y recónditos”²⁰ y a que consideren seriamente el emplearse voluntaria y libremente a seguir con mayor libertad y más de cerca a Cristo por los caminos de la misión. ¡De cuanta ayuda serían un par de manos mas en tantas de nuestras misiones!

¡Cuántos de los 10 hogares que tiene el Instituto se beneficiarían de jóvenes generosos que se inclinen a mostrar la verdadera compasión de Cristo con el hermano que sufre en el cuerpo o en el alma! “Las obras de misericordia, sobre todo con discapacitados” son uno de las grandes campos de apostolado donde la ayuda de los miembros de la Tercera Orden ha sido fundamental y sigue siendo muy necesaria. Por eso les quiero agradecer públicamente y de corazón a quienes con tanto olvido de sí nos ayudan, nos asisten, nos proveen en ese apostolado que para nosotros es tan importante.

i. Hay también otro elemento que de alguna manera se halla presente en todo lo que dijimos anteriormente y es el espíritu de alegría que debe reinar en nosotros: La alegría es algo que ha caracterizado nuestro modo de vivir desde los inicios y es lo que quizás ha atraído a tantos de Ustedes. Del mismo modo, cada uno de los terciarios del IVE debe ser un instrumento que transmita alegría a los demás. Y muy especialmente “los padres de familia de la Tercera Orden han de tener la principalísima preocupación de que sus hijos vivan y crezcan en un clima auténticamente cristiano, donde florezca la alegría y la sana diversión”²¹.

¹⁹ *Directorio de Espiritualidad*, 86.

²⁰ *Directorio de Tercera Orden*, 169.

²¹ *Directorio de Tercera Orden*, 240.

j. Finalmente y como no podría ser de otra manera nosotros somos marianos. “La devoción a la Virgen es algo propio del carisma, no sólo por el cuarto voto, sino también por la presencia de la Virgen en todas nuestras actividades, desde la consagración que renovamos en cada Misa hasta la terminación de todas nuestras fiestas con un canto a la Virgen”²². No se puede ser del Verbo Encarnado y no amar a María. Cuan complacido estaría el mismo Cristo si al volver a sus países se preparan para consagrarse a la Virgen, si continúan el rezo del Rosario a diario, si se vuelven promotores de la Consagración a Jesús por María.

[Peroratio] Muy queridos todos, este es mi mensaje final y les pido que lo lleven con Ustedes y que lo compartan en sus casas con la familia, y en la escuela y en el trabajo con sus amigos: Dios tiene su plan para la Iglesia, pero necesita de Ustedes para llevarlo a cabo. Lo que será la Iglesia en el futuro depende de su libre colaboración con la gracia de Dios. Sepan que el Verbo Encarnado cuenta con Ustedes para plantar el estandarte de su cruz a lo largo y ancho de este mundo. Por eso, como decía San Pedro: *creced en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor*²³.

No tengan miedo cuando el amor se vuelva exigente, cuando el amor a Cristo requiera sacrificio. La cruz es el árbol de la vida y la única fuente de alegría verdadera y paz.

Que la Madre del Verbo Encarnado, que también es nuestra Madre, modelo de entrega al Señor y a su misión, los acompañe, les haga dulce toda cruz y les otorgue en cualquier circunstancia de la vida, esa alegría y paz inalterable que solo Dios puede dar. Que la Virgen los bendiga y los proteja siempre, a Ustedes y a sus familias. ¡Muchas gracias por todo!

²² Notas del V Capítulo general, 5.

²³ 2 Pe 3, 18.